

BLAS ROCA

**LOS FUNDAMENTOS
DEL SOCIALISMO
EN CUBA**



EDITORIAL "PAGINAS"
LA HABANA

23164

Copyright, 1943,

by

Editorial PAGINAS, S. A.

DEPOSITADOS LOS EJEMPLARES
QUE MARCA LA LEY

DEPOSITADOS LOS EJEMPLARES
QUE MARCA LA LEY

DEPOSITADOS LOS EJEMPLARES
QUE MARCA LA LEY



PRINTED IN CUBA * IMPRESO EN CUBA

TIPOGRAFÍA FLECHA. LUYANÓ, 13, LA HABANA (CUBA). TEL. N.3476

A Juan Marinello, es más destacado de los intelectuales cubanos, modelo de sinceridad revolucionaria, que ha fundido su vida con la causa de la Liberación de nuestra patria y del Socialismo.

La teoría marxista exige, de un modo absoluto, que para analizar cualquier problema social, se le encuadre dentro de un marco histórico "determinado", y después, si se trata de un solo país (por ejemplo, del programa nacional para un país determinado) que se tengan en cuenta las particularidades que distinguen a este país de los demás dentro del marco de una misma época histórica."

Lenin, "Sobre el Derecho de Auto-determinación de las Naciones".
Obras Escogidas, pág. 245, Ediciones en Lenguas Extranjeras,
Moscú, 1941.



"Cada país, si lo quiere, hará él mismo su revolución, y si no lo quiere, no habrá revolución."

Stalin, en su conversación con Roy
Howard el 1º de marzo de 1936.

Presentación

Las páginas que siguen han sido escritas —aprovechando los ratos libres de la lucha diaria y dejando de atender, a veces, lo que no parecía indispensable— sin otras pretensiones que las de presentar un resumen, breve y popular, de los fundamentos científicos de nuestro programa nacional-liberador y socialista, basado en el análisis de los elementos principales de la sociedad cubana.

Considero que ello puede ser realmente útil en la tarea de contrarrestar la desafortunada campaña de los agentes y espías nazis y falangistas que pretenden impedir la Unidad Nacional agitando el “fantasma comunista”; de facilitar a las masas la comprensión de los cambios que se están desarrollando en el mundo a consecuencia de la guerra y de capacitar sólidamente a los miles y miles de obreros y campesinos que diariamente ingresan en la lucha, que vienen a nuestro partido, que se organizan y unen en sus propias organizaciones sociales.

●

Para sostener la guerra justa que Cuba ha declarado, para cooperar a la derrota completa del Eje Roma-Berlín-Tokío y para hacer frente a los tremendos problemas de la post-guerra, hace falta la más completa Unidad Nacional.

Los agentes y espías del enemigo hacen todo lo posible por impedir esa unidad. Para ello, estimulan todos los motivos de división: rivalidades políticas, aspiraciones electivas, antagonismos sociales, prejuicios raciales o religiosos. Pero el principal motivo de su agitación es siempre el “coco” comunista con el cual pretenden asustar a las capas conservadoras de la sociedad, para obligarlas a servir a los fines esclavizadores del Eje hitlerista.

En su campaña contra la unidad nacional, los agentes nazis, falan-

gistas y trotskistas, se esfuerzan, sobre todo, por desfigurar los propósitos de nuestro partido, mediante una desesperada campaña de mentiras, insultos y provocaciones que, en cierta medida, logra impresionar a ciertas capas sociales y determina obstáculos y resistencias a la colaboración indispensable.

La mejor manera de destruir esta campaña es la de oponerle, en su conjunto y sistemáticamente, nuestros principios, nuestro programa, la relación existente entre lo que defendemos y proponemos hoy y nuestros propósitos para el mañana.

Sinceramente proclamamos en nuestro programa que defendemos la Liberación Nacional, que aspiramos al Socialismo como fórmula última de solución a todos los males de nuestra patria. Creemos servir de este modo a la Unidad Nacional porque en las páginas que siguen se verá que el Socialismo no es ni la cataplasma de los demagogos pseudo-revolucionarios, ni la catástrofe que anuncian los cavernícolas, ni la conspiración misteriosa y terrible con que sueñan algunos pusilánimes. Exponiendo las ideas básicas del Comunismo, aspiramos a eliminar el "coco comunista" de los reaccionarios; más aún, aspiramos a encontrar las bases de la coincidencia de todos los sectores sociales de la Nación en los empeños históricos de la época presente.

Estas páginas procuran ser esa exposición sistemática de nuestros principios y programa, destinadas a servir a la causa de la unidad nacional, a aclarar las dudas sembradas por los agentes del enemigo, a guiar a las masas populares hacia una justa comprensión global de los problemas de Cuba, en sus relaciones con el mundo, a fin de que comprendan mejor la necesidad de que todos los cubanos colaboremos estrechamente en esta hora decisiva de Cuba y la humanidad.

Al final de esta guerra, cualquiera que sea su desenlace, el mundo no podrá volver a vivir como en 1935.

No es posible precisar ahora las modalidades concretas y las formas de los cambios que se avecinan, pero sí podemos decir dos cosas: primera, que los cambios en la estructura del mundo a consecuencia de la guerra son inevitables y, segunda, que el triunfo de las Na-

ciones Unidas determinará que la tendencia general de estos cambios sea progresiva y tanto más progresiva cuanto más completa sea la derrota de Alemania y Japón.

Wallace y Welles, destacados dirigentes del Gobierno de los Estados Unidos, han reconocido la inevitabilidad de estos cambios y su tendencia general, declarando respectivamente que "los métodos del siglo diecinueve no serán eficaces en el Siglo del Pueblo que se inicia" y que "nuestra victoria debe traer como secuela la liberación de todos los pueblos... La era del imperialismo ha terminado".

Contra estos cambios inevitables se alzan furiosos y desesperados los representantes de las peores formas de opresión y de explotación, los fascistas y los reaccionarios simpatizantes del hitlerismo, que, aún frente a la derrota de la maquinaria militar alemana, defienden el triunfo de los métodos y de la ideología nazi.

A favor de estos cambios están los pueblos, las masas laboriosas y progresistas.

Cuanto mejor conozcan estas masas las leyes que rigen el desenvolvimiento de la sociedad actual, cuanto mejor conozcan el origen de las crisis, de la miseria, de la desocupación, tanto más consciente y ordenadamente participarán en el proceso del cambio progresivo de la estructura mundial, haciendo menos confuso y doloroso el ajuste de nuestras relaciones sociales a la nueva fisonomía del mundo.

Estas páginas, al explicar los rasgos esenciales de la sociedad cubana, al poner de manifiesto las causas de sus crisis y de la miseria de las masas, pretenden, sobre todo, contribuir a la mayor comprensión del pueblo, hacerle más fáciles las tareas históricas que vienen impuestas por esta guerra liberadora mundial.

Los que se preocupan por el progreso y el bienestar del pueblo cubano, como líderes o dirigentes en cualquier escala tienen responsabilidades históricas enormes en el presente y las tendrán aún mayores en el futuro inmediato.

Ellos tendrán la tarea de orientar y dirigir a las masas en los tiempos decisivos que se avecinan. Esta tarea no podrán realizarla ca-

balmente más que a condición de que hayan asimilado una teoría revolucionaria científica que presente una solución de conjunto a los males existentes que dé una explicación acertada de los procesos sociales.

Al escribir estas páginas he tenido la preocupación constante de poner al alcance de miles de nuevos comunistas un manual elemental, fácil y comprensible, que les diera los elementos indispensables para comprender toda la teoría científica que sirve de fundamento a nuestro programa. Pero, al mismo tiempo, he deseado hacerlo en tal forma, que fuera útil también a todos los elementos revolucionarios y progresistas y a todos los que, sin estar en nuestro partido, aspiran al socialismo como máximo ideal de redención humana.

Sabemos que miles y miles de trabajadores, de la ciudad y del campo, que han ingresado en Unión Revolucionaria Comunista en los últimos cuatro años, todavía ignoran muchos principios básicos del partido, lo que les impide seguir en todas sus partes la línea política que éste tiene trazada. Incluso en los cuadros dirigentes intermedios del Partido se encuentran grandes lagunas en lo que al conocimiento y expresión de los principios se refiere, lo que es más grave si tomamos en cuenta el atraso teórico del pueblo de Cuba en general y los áridos problemas con los que nos enfrentamos en la actualidad.

Estas páginas aspiran a poner al alcance de las masas simples de obreros y campesinos, de todos los elementos progresistas y revolucionarios, de todos los que están por el socialismo en una u otra medida, y de todos los militantes de Unión Revolucionaria Comunista, una exposición metódica de los principios teóricos que sirven de base a toda la actividad práctica de nuestro partido.

He puesto a este libro el título de LOS FUNDAMENTOS DEL SOCIALISMO EN CUBA porque creo que es el que más se ajusta a su contenido.

Antes de decidirme por ese título, he meditado bastante, teniendo en cuenta que la etiqueta socialista ha sido utilizada en Cuba por farisantes de toda laya que nada han tenido que ver con el Socialismo.

Como Socialismo se han presentado aquí las más absurdas y reac-

cionarias teorías burguesas y los más fantásticos "planes" para la "salvación de la humanidad". Y muchos ideólogos burgueses no han tenido empacho, en el propósito de combatir la influencia creciente del socialismo entre las masas trabajadoras, extendida a través de la actividad tenaz de los comunistas, de presentarse como socialistas.

Parecería, por esto, la palabra socialismo la menos indicada para presentar, por lo menos en el título, un trabajo destinado a exponer los fundamentos científicos en que basa su lucha el Partido Unión Revolucionaria Comunista. Pero yo he creído, por el contrario, que esto mismo obligaba a quitarles la palabra Socialismo a quienes la usan como etiqueta de fraude.

El socialismo, desde Marx, es la doctrina del proletariado en lucha por liberarse él mismo y liberar a la humanidad de todos los males del capitalismo.

El socialismo es el régimen que hoy existe en la Unión Soviética, construido por los obreros y campesinos de esa sexta parte del mundo bajo la dirección del Partido Comunista de la URSS. Gracias al régimen socialista, la Unión Soviética pudo forjar el formidable Ejército Rojo y construir una maquinaria industrial libre de crisis y de ruina, que están asombrando al mundo entero con sus gloriosos éxitos militares frente a las fieras nazis.

El socialismo, pues, debe ser reivindicado como un término propio de las masas trabajadoras.

Algunos especulan sobre la diferencia entre comunismo y socialismo, haciendo ver que son sistemas o teorías diferentes y opuestas.

Las tergiversaciones del socialismo, las teorías burguesas con etiquetas socialistas, sí son diferentes y opuestas al comunismo o sea el verdadero socialismo marxista obrero.

Fuera de eso no hay otra diferencia.

En otro orden de cosas, el socialismo es una etapa de la sociedad comunista. La sociedad comunista no se construye de golpe y porruzo por decreto. Hace falta establecerla a través de profundos y dilatados cambios económicos que se van efectuando, bajo la dirección del Estado, después de la abolición de la propiedad capitalista sobre los medios de producción. En su primera etapa, la sociedad comunista tiene como lema: "de cada uno según sus aptitudes, a cada uno según

su trabajo". Esta etapa se llama etapa socialista. En su segunda etapa, o sea la etapa puramente comunista, la sociedad tiene como lema: "de cada uno según sus aptitudes, a cada uno según SUS NECESIDADES".

Somos, pues, los comunistas, los propugnadores del Socialismo, del verdadero socialismo. Nuestro programa, en lo inmediato se propone conquistar la plena liberación nacional, y en lo mediano se propone el establecimiento del socialismo.

Están expuestos, en este libro, los fundamentos, las causas y las razones por las cuales propugna Unión Revolucionaria Comunista tal programa, sin extendernos en consideraciones sobre la etapa comunista de la sociedad cubana, demasiado lejana todavía para que podamos siquiera precisar sus contornos. Por ello el título que le ponemos.

Quizás este libro no pueda llenar las aspiraciones que he indicado antes.

Sé que muchas cosas quedarán sin ser tratadas en sus páginas y que otras sólo serán tocadas superficialmente.

De todos modos tengo la seguridad de que será un estímulo y una base para trabajos posteriores más completos y meditados, y esto, por lo menos, compensa el esfuerzo realizado al escribirlo.

CAPITULO I

Los Régimenes Sociales

En Cuba se han sucedido cuatro tipos fundamentales de sociedad: comunismo primitivo, esclavitud, feudalismo y capitalismo. No hay ningún régimen social eterno. El capitalismo será sustituido por el socialismo.

En Cuba —como en todos los países del mundo— no ha existido siempre el mismo REGIMEN SOCIAL, o, dicho de otro modo más comprensible, los habitantes de Cuba no han estado siempre organizados socialmente de la misma manera, ni han mantenido siempre las mismas relaciones económicas, ni han sido regidos siempre por las mismas instituciones.

Cuando los españoles llegaron por primera vez a Cuba, en 1492 se encontraron con que nuestra Isla estaba poblada por los indios.

Estos primitivos "cubanos" eran bastante diferentes de los cubanos de hoy: hablaban otras lenguas, adoraban a otros dioses, tenían otras ideas morales, otros gustos y otros juegos que los que tenemos ahora en nuestro país y estaban organizados socialmente de una manera muy distinta de la actual.

Entre aquellos primeros pobladores de Cuba no había ninguno que fuera propietario particular de las tierras, ni ninguno que fuera patrono de algún taller de casabe, ni, por tanto, había ninguno que tuviera que trabajar para otro a cambio de un jornal. Las tierras laborables, cercanas a los caseríos donde vivían los indios, eran consideradas de la propiedad de todos y en ellas todos cultivaban lo necesario para su subsistencia. Juntos, los hombres salían a pescar y a cazar, mientras las mujeres rayaban la yuca y tostaban el casabe. Los indios no vendían los productos de su trabajo. El maíz, la yuca, el boniato, las piñas, etc., que cosechaban, el casabe que hacían y los animales que pescaban y cazaban no eran mercancías, es decir no eran productos para vender, sino para satisfacer sus necesidades. Sólo de manera ocasional los grupos indígenas intercambiaban lo que producían. Los productos del trabajo colectivo eran de todos y todos se servían de ellos.

Los primeros "cubanos" vivían muy mal y carecían de las máquinas, los transportes y los adelantos que tenemos hoy, pero tenían una sociedad organizada en tal forma que no necesitaban ni comerciantes, ni prestamistas, ni banqueros, ni latifundistas, ni cárceles, ni policías, ni patronos, ni obreros explotados, ni campesinos sin tierras. Los indios cubanos, en una palabra, vivían en el REGIMEN SOCIAL del COMUNISMO PRIMITIVO.

Cuando Cuba fué descubierta, tal como lo atestiguan las diferencias entre taínos y siboneyes, es probable que en el seno del *Régimen del Comunismo Primitivo* de los indios hubieran surgido ya algunas instituciones de tipo esclavista, como síntoma de que el Régimen Social establecido comenzaba a desintegrarse. Pero cuando los conquistadores españoles llegaron aquí, lo acabaron de destruir brutalmente por medio de las armas, mediante una guerra inhumana, estableciendo, en su lugar, un Régimen Social distinto.

Los españoles, mejor armados y preparados, vencieron por la fuerza la escasa resistencia que los indios pudieron ofrecerles; los sometieron a su dominio, les destruyeron sus dioses, modificaron sus costumbres y su organización social, les impusieron el REGIMEN DE LA ESCLAVITUD y declararon a la Isla de Cuba Colonia de España.

El REGIMEN ESCLAVISTA, establecido por los primeros colonizadores españoles, era muy diferente del REGIMEN DEL COMUNISMO PRIMITIVO.

En el régimen esclavista, la tierra dejó de ser propiedad colectiva, para convertirse en propiedad particular, privada, de los conquistadores, que se transformaron de la noche a la mañana en propietarios de grandes latifundios.

Los indios, mediante una fórmula llamada de encomiendas, que los declaraba formalmente siervos, fueron convertidos, de hecho, en esclavos y obligados a trabajar en beneficio exclusivo de los propietarios. Los esclavos eran obligados a trabajar a latigazos y no tenían ningún derecho sobre el producto de su trabajo, ni percibían tampoco ningún jornal o sueldo. Una parte de los productos del trabajo forzado de los primitivos cubanos era destinada, por los amos, para el mercado, para venderla: esto es, bajo el régimen esclavista los indios comenzaron a producir mercancías, cosas que se venden.

Aunque por virtud de los malos tratos y de la escasa alimentación

los indios se murieron muy rápidamente, los españoles mantuvieron el régimen que habían establecido, trayendo a Cuba hombres y mujeres de Africa y de otros lugares para sustituir a los esclavos que morían.

En el régimen esclavista, todos los hombres no eran iguales, ni tenían los mismos derechos, como sucedía en el régimen del comunismo primitivo. Había distintas clases de hombres, es decir, era una sociedad dividida en clases.

En este régimen había hombres LIBRES y había ESCLAVOS. Entre los hombres libres estaban los AMOS; había ricos y pobres, nobles y plebeyos.

Los intereses de las diferentes clases del régimen esclavista eran distintos y contrapuestos, chocaban entre sí y provocaban toda suerte de luchas y conflictos. Es decir, en el régimen esclavista había una *lucha de clases* que no existía en el régimen del comunismo primitivo.

Los AMOS, para garantizar su dominio sobre los ESCLAVOS y sobre la tierra, necesitaban mantener constantemente la violencia y la vigilancia, puesto que los esclavos se sublevaban a la menor oportunidad o se huían para escapar de los malos tratos y del trabajo forzado. Para mantener en obediencia a los esclavos, para garantizar la propiedad de la tierra, y defender sus riquezas de los competidores de otros países, los colonizadores, al establecerse aquí, declararon a Cuba Colonia de España, esto es, pusieron a toda la Isla bajo el poder del ESTADO MONARQUICO ESPAÑOL y, a través de éste, nombraron un Gobierno para Cuba, trajeron tropas de España para formar un Ejército, construyeron cárceles, dictaron leyes represivas e instituyeron jueces y tribunales, todo lo cual era desconocido en el régimen social de los primitivos cubanos.

Además de la violencia, los esclavistas usaban otros métodos para mantener la esclavitud. Por ejemplo, le impusieron a los esclavos la RELIGION CATOLICA y los curas que los evangelizaban trataban de hacerles creer que los malos tratos que recibían y los trabajos que pasaban eran convenientes, porque así alcanzarían la gracia de Dios y ganarían el Reino de los Cielos... cuando murieran.

El REGIMEN ESCLAVISTA que se estableció en Cuba bajo la dominación española tenía ciertas particularidades en relación con los regímenes esclavistas clásicos de otras partes del mundo. Estas parti-

cularidades derivaron de que en España, cuando los conquistadores vinieron a Cuba, existía ampliamente desarrollado un REGIMEN FEUDAL; régimen feudal que se mantuvo después, mientras que en Inglaterra, Francia y Estados Unidos, primero, y, luego, en la mayor parte de Europa, se desarrollaba y triunfaba el sistema social capitalista. Los españoles, viniendo de un régimen feudal, impusieron, con la esclavitud, una serie de instituciones plenamente feudales, al mismo tiempo que el desarrollo económico de la Isla, en las condiciones mundiales de entonces, desenvolvía muchos elementos capitalistas. Todo esto contribuía a dar una gran complejidad a las características del Régimen imperante en Cuba y a complicar las contradicciones propias de los regímenes esclavistas.

Estas fueron las características esenciales del REGIMEN ESCLAVISTA que mantuvieron los conquistadores españoles desde que se apoderaron de la Isla de Cuba.

Pero este régimen no duró eternamente.

Con el tiempo se desarrollaron en Cuba ciudades, se establecieron fábricas de tabaco, talleres de artesanos y algunas manufacturas de jabón, velas, etc.; la agricultura se perfeccionó, destinando una mayor parte de sus productos al mercado; la fabricación del azúcar se extendió, la producción tomaba formas capitalistas. Al mismo tiempo que se efectuaban estos cambios económicos, aumentaban las luchas de los esclavos contra los amos y surgían las primeras conspiraciones y guerras por la independencia de Cuba.

Como consecuencia de todo esto, a través de un largo período de sublevaciones de esclavos, de conspiraciones armadas separatistas, de luchas pacíficas por reformas, de una intensa propaganda contra los males del régimen imperante, éste se fué modificando profundamente, hasta que finalmente fué sustituido por otro. Con el tiempo y como resultado de las luchas, aunque se mantuvo la esclavitud, se anularon muchos de los derechos de los esclavistas y las instituciones feudales, existentes desde los primeros tiempos, pasaron a un primer plano. Después de la guerra de los diez años incluso fué abolida la esclavitud y se introdujeron cambios tardíos e insuficientes en las relaciones entre Cuba y España.

Con la abolición de la ESCLAVITUD, los rasgos que predominaron en la sociedad cubana correspondían a los del REGIMEN FEUDAL,

aunque en franco proceso de disolución, aún acabado de nacer, mientras que los elementos capitalistas que se habían desarrollado desde la esclavitud acentuaban su presencia y su importancia.

Bajo el nuevo sistema, los antiguos AMOS conservaron a sus esclavos sujetos bajo el PATRONATO que era una especie de servidumbre que les permitía continuar apropiándose de su trabajo. Cuba se mantuvo bajo el dominio colonial español, la lucha de clases continuó desarrollándose y se mantuvieron todas las instituciones represivas propias del REGIMEN ESCLAVISTA.

Este régimen no duró mucho tiempo.

El sistema del PATRONATO fué abolido y los AMOS perdieron toda autoridad personal legal sobre los ESCLAVOS.

Las guerras de independencia continuaron, hasta que al fin, Cuba quedó libre del dominio que sobre ella ejercía el ESTADO ESPAÑOL.

Aunque limitada por la Enmienda Platt, Cuba, al fin, se constituyó en Estado propio y estableció un gobierno REPUBLICANO.

Los elementos y rasgos capitalistas, que venían desarrollándose en la Sociedad Cubana tomaron el primer lugar y le dieron fisonomía a ésta, aun cuando ciertos remanentes feudales —todavía presentes en la economía cubana— y la interferencia del imperialismo extranjero, les ha impedido alcanzar un pleno desenvolvimiento y un triunfo completo.

El nuevo REGIMEN SOCIAL, que sustituyó en Cuba a la esclavitud y al feudalismo, fué el REGIMEN CAPITALISTA, a pesar de que se mantuvieron y aún se mantienen algunas instituciones, métodos y costumbres feudales, que han tomado diferentes formas bajo las nuevas condiciones del dominio económico de las fuerzas imperialistas extranjeras.

Este es el régimen que tenemos hoy. En este régimen ya no hay esclavos, ni hombres sometidos al sistema del patronato. Ya los gobernantes y las leyes de Cuba no las imponen los monarcas españoles. Ahora los gobernantes se eligen, en parte, mediante el voto de los ciudadanos. Pero siguen existiendo los dueños particulares de las tierras, de las fábricas, de los transportes, esto es, la propiedad de los medios de producción sigue siendo, como bajo la esclavitud y el feudalismo, privada. En vez de esclavos ahora hay obreros que están obligados a trabajar en beneficio de los propietarios. A los obreros

de hoy no los obligan, como a los esclavos, a trabajar a latigazos; ahora, a los trabajadores, los obligan a trabajar bajo la amenaza constante del hambre y la miseria. Bajo este régimen siguen existiendo las clases antagónicas y la lucha de clases. Su funcionamiento está sujeto a catastróficas crisis de sobre-producción que provocan de tiempo en tiempo el cierre de las fábricas, la quiebra de los comercios, la ruina de los capitalistas más débiles, la desocupación, el hambre y la miseria más espantosa para millones de trabajadores.

Como puede verse, en Cuba —como en todos los países del mundo— no ha habido ningún RÉGIMEN SOCIAL eterno.

En la corta historia de nuestro país hemos tenido las cuatro formas fundamentales de relaciones de producción que se han desarrollado en el mundo hasta 1917: el comunismo primitivo, la esclavitud, el feudalismo y el capitalismo.

En 1917 los obreros y campesinos de la antigua Rusia zarista instituyeron la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas e inauguraron un nuevo régimen: el socialismo. En el régimen socialista es eliminada la propiedad monopolista de los medios de producción. Las fábricas, minas, ferrocarriles, bancos, tierras, etc., se convierten en propiedad colectiva de toda la sociedad y, por tanto, termina la división de la sociedad en clases antagónicas, desaparece la explotación del hombre por el hombre. La producción se realiza conforme a planes elaborados con vistas a las necesidades de la sociedad en su conjunto, las crisis económicas quedan eliminadas y para siempre la sociedad humana queda libre de las ruinas, de las quiebras, de la desocupación y el hambre.

Tanto como los regímenes, han cambiado las ideas, las costumbres, los conceptos sobre la sociedad, la moralidad, el arte, etc.

Lo que era moral para el régimen esclavista, fué inmoral para el régimen del comunismo primitivo.

En el régimen que hoy vivimos parece inconcebible la institución de la esclavitud, nos parece inmoral e inhumana. Pero en la época en que dominaba el régimen esclavista se sostenía el criterio de que Cuba no podría existir sin la esclavitud y que el tener esclavos y apalearlos cuando se negaban a trabajar era la cosa más natural del mundo.

Cada vez que un régimen fué destruído y sustituido por otro, se

sustituyeron con él las ideas dominantes, los conceptos de moralidad y los propios principios filosóficos y religiosos que lo justificaban.

El hecho de que cada régimen social haya sido destruído y sustituido al llegar a cierto grado de desarrollo las fuerzas productivas de la sociedad, quiere decir que el presente REGIMEN SOCIAL también será sustituido, porque está sometido a las mismas leyes de cambio que rigen a la sociedad humana en su conjunto.

Si el régimen social existente hoy en Cuba tiene contradicciones fundamentales, si sus instituciones obstaculizan ya el desenvolvimiento de las fuerzas productivas de la sociedad, si está condenado a desaparecer y a ser sustituido por un régimen social superior en el que las contradicciones actuales sean salvadas, conviene que estudiemos detalladamente los males y contradicciones del presente y las condiciones precisas del tránsito al nuevo régimen.

Si el hambre y la miseria, si la vida oscura en solares y bohíos anti-higiénicos, si la depauperación y el vicio, las crisis y la desocupación, las ruinas y las quiebras pueden ser eliminadas, si es posible lograr que todos los campesinos tengan tierras y que todos los obreros tengan trabajo, debemos procurar que los cambios para lograr esto se lleven a cabo lo más rápidamente y lo mejor posible, puesto que con ello estaremos ahorrando dolores y miserias innecesarias a la humanidad.

En la sociedad humana actúan fuerzas antagónicas a través de cuya lucha se realizan los cambios sociales indispensables. El progreso de la economía y de la sociedad imponen ya el cambio del régimen social, por otro más en consonancia con el grado de desarrollo que han alcanzado las fuerzas productivas. Pero las clases explotadoras, las que derivan sus privilegios de la miseria y la ruina de la mayoría, hacen cuanto pueden por impedir y retardar el cambio; mientras que las que sufren esas consecuencias se esfuerzan por abreviar el tránsito.

En la mano de los hombres está, pues, su propia historia, el futuro de nuestro país.

Mientras mayor sea el número de los que conscientemente tomen parte en el proceso del cambio social que se efectúa, mientras mejor conozcan esta sociedad actual, tanto más fácil y tanto menos costoso será el cambio impuesto por la historia.

El examinar la sociedad, conocer las leyes de su desarrollo y la dirección general de los cambios que se operan en su seno es un asunto de la mayor importancia. En los siguientes capítulos nos proponemos examinar el régimen social existente en Cuba, las relaciones entre las clases que lo componen, las leyes que lo rigen y la dirección general de su desarrollo, con el interés de que sea un aporte a los obreros, campesinos y clases medias de nuestro país para facilitar su lucha por una vida mejor y más digna.

CAPITULO II

La Dependencia Económica

Cuba no ha alcanzado su plena liberación. El imperialismo es el capitalismo en su etapa monopolista. El imperialismo fascista es una forma estatal de dictadura terrorista y de métodos de bandidaje político. Los capitalistas extranjeros monopolizan nuestras riquezas. Las ganancias se exportan. Las distintas clases sociales tienen diferentes actitudes frente a la liberación nacional y frente a la guerra contra el Eje Roma-Berlín-Tokío.

El régimen capitalista existente en Cuba no es igual en todos sus aspectos, al que existe en otros países.

Aunque el régimen capitalista tiene aquí y en todas partes las mismas características básicas, tales como la producción de mercancías, la anarquía de la producción, la división en clases sociales antagónicas, la propiedad privada de los capitalistas sobre los medios de producción, la explotación de los obreros, la lucha de clases, etc., hay también algunas diferencias, fundamentales y secundarias en la estructura económica, social y política de los países en que este régimen impera.

En algunos países el régimen capitalista está altamente desarrollado. En los Estados Unidos, por ejemplo, hay empresas formidables, donde trabajan decenas de miles de obreros, que producen toda clase de artículos: máquinas, locomotoras, vapores, aviones, tanques, cañones, telas, zapatos, substancias químicas, alfileres y palillos. En el campo se emplean modernos aparatos agrícolas tales como sembradoras, arados mecánicos, segadoras, etc. Allí los Bancos son entidades poderosas que controlan la vida económica del país a través de las compañías anónimas, los trusts y los monopolios. Una parte de los capitales inmensos que se concentran en los bancos es exportada e invertida en los países más débiles y atrasados, algunos de los cuales son, directamente, posesiones o colonias norteamericanas como Puerto Rico, Hawaii y Filipinas. Mediante esta exportación de capitales, los capitalistas norteamericanos no solamente explotan a los obreros norteamericanos sino también a países enteros.

En una palabra, el régimen capitalista, en los Estados Unidos, se

ha desarrollado plenamente hasta convertirse en IMPERIALISMO. El imperialismo es la etapa monopolista del capitalismo, y se caracteriza por el predominio de los trusts, de los bancos y de la oligarquía financiera en los países industriales; por la exportación de capitales hacia las fuentes de materias primas; por la lucha por la posesión monopolista de esas fuentes de materias primas y por la opresión y explotación de los países coloniales y dependientes.

Los países en los que el capitalismo se ha desarrollado hasta la etapa imperialista no tienen todos las mismas características.

En países como Inglaterra y Estados Unidos, a pesar de su estructura económica imperialista, el Estado se basa en los principios democráticos de las libertades públicas y, a veces, es influenciado fuertemente por las fuerzas progresistas del pueblo tal como ocurre en Norte América bajo la Presidencia de Roosevelt.

En países como Italia y Alemania el desarrollo del imperialismo condujo a la instauración de una nueva forma de Estado: el fascismo. El Estado fascista repudia abiertamente los principios democráticos de las libertades públicas y cierra toda posibilidad al pueblo de intervenir o influir en el Gobierno. El peor, el más agresivo y el más descarado tipo de Estado fascista es el Estado Nacional Socialista Alemán instaurado desde 1933 a través del fraude, la demagogia y la provocación. El Estado Nazi alemán es la dictadura terrorista descarada de los elementos más reaccionarios, más chauvinistas y más imperialistas de los capitalistas financieros. El sistema nazi, implantado en Alemania desde 1933 es "el sistema de gobierno del bandidaje político, un sistema de provocaciones y torturas contra la clase obrera y los elementos revolucionarios de la masa campesina, de la pequeña burguesía y de los intelectuales". En su política exterior es el sistema de la opresión bestial de los pueblos, de su esclavización bajo la absurda teoría de la superioridad de la raza germana y del desencadenamiento de la guerra más brutal de la historia, por el dominio mundial, amenazando, con ello, la libertad y la independencia de todos los pueblos, incluyendo a Cuba. Las atrocidades que las tropas nazis realizan hoy en todos los países ocupados, los asesinatos en masa decretados contra los judíos, rusos y polacos prisioneros o habitantes indefensos de las poblaciones ocupadas, demuestran que esta nueva forma estatal ha convertido al imperialismo alemán, en el peor

imperialismo, en el régimen más odioso, más brutal y más peligroso para todos los países del mundo sin excepción.

El capitalismo en Cuba, al revés que en esos países, está todavía poco desarrollado.

Cuba es un país carente de industrias fundamentales y aún de industrias ligeras plenamente desarrolladas. La única industria importante es la azucarera que en realidad no termina la elaboración del azúcar que se exporta, en su mayor parte, sin refinar. El azúcar representa aproximadamente el 80% del valor de todas las exportaciones cubanas. Como que Cuba carece de una fuerte producción nacional para el mercado interno, toda su economía depende del azúcar, del cultivo de la caña. Es decir, la economía cubana está sometida al sistema del monocultivo.

Cuba es un país agrario pero su agricultura está atrasada, sujeta por el sistema semifeudal del latifundismo improductivo, de los censos, del sistema de aparcería y del empleo de métodos primitivos de labranza.

En Cuba el capitalismo no solamente está poco desarrollado sino que, además, no está en manos nacionales. Las grandes empresas capitalistas, muchos grandes latifundios, los ferrocarriles, líneas de aviación, bancos, etc., están monopolizados por capitalistas de otros países que explotan a todo el país extrayendo ganancias cuantiosas y que impiden el libre desenvolvimiento de la vida y de la economía nacionales.

Como un índice de la importancia de este monopolio puede considerarse el dato de que las inversiones de los capitalistas extranjeros en Cuba suman alrededor de mil seiscientos millones de pesos sobre una riqueza total calculada de unos seis mil millones de pesos. Este dato, a pesar de su objetividad, podría sembrar confusión en los que no están muy al tanto de los problemas económicos. La riqueza nacional calculada en seis mil millones, comprende todas las riquezas de la Isla, desde los grandes edificios hasta las casas pequeñas, desde las minas hasta los manglares. Al decir que las inversiones de los capitalistas extranjeros suman mil seiscientos millones, no se quiere decir simplemente que controlan la cuarta parte de la riqueza nacional, pues es claro que la importancia de esas inversiones, depende del papel que jueguen en la economía nacional. Mil seiscientos millones invertidos

en casas y manglares no juegan el mismo papel ni significan el mismo control que cuando representan la propiedad de las minas, de las empresas, de los transportes, etc., de los cuales depende toda la vida nacional.

Y es precisamente en esas empresas básicas en donde están invertidos los mil seiscientos millones de pesos de los capitalistas extranjeros.

El 80% de los centrales azucareros —de cuya producción depende hoy la economía nacional— es propiedad de los capitalistas extranjeros, según las datos publicados en el *Anuario Azucarero de Cuba*.

Todos los ferrocarriles públicos pertenecen a empresas norteamericanas e inglesas.

Las empresas de Electricidad, Teléfonos, Tranvías y Aviación, que gozan de privilegiadas concesiones que les permiten explotar el negocio sin competidores, esto es, en forma monopolista amparada legalmente, son también propiedad de grandes compañías extranjeras radicadas fuera del país.

Las minas de manganeso, hierro, cobre, cromo, níquel, etc., que están actualmente en explotación y la riqueza mineral —incluyendo el petróleo— denunciada, pero sin explotar, pertenecen casi totalmente a los grandes consorcios del acero y del petróleo en los Estados Unidos. Aunque Cuba no ha explotado debidamente su riqueza minera porque a esos consorcios les conviene mantenerla como reserva, hoy se sabe que sus depósitos minerales son muy ricos, sobre todo los de hierro y manganeso. El mineral que se extrae en Cuba se exporta sin fundir a precios bajísimos, obtenido con salarios insignificantes y luego lo importamos en forma de cabillas, alambres, máquinas, etc., a precios subidísimos.

Las Compañías de Seguros y los Bancos que, mediante el crédito, tienen un control extraordinario de todas las actividades económicas del país, son, en su casi totalidad, extranjeros.

Aún el Comercio de Importación y los grandes Almacenes, están casi todos en manos de capitalistas extranjeros que envían la mayor parte de sus ganancias fuera del país.

Además de todo esto, los banqueros norteamericanos han contratado con los diversos Gobiernos cubanos cuantiosos empréstitos dedica-

dos casi siempre a obras improductivas o a pagar deudas interiores, con lo cual el país ha acentuado su dependencia de los capitalistas extranjeros, sin ningún beneficio para su desarrollo.

De este modo, los mil seiscientos millones de pesos que tienen invertidos en Cuba los capitalistas extranjeros, controlan, de hecho, el desenvolvimiento de la economía cubana en sus aspectos básicos.

Por su propio carácter, este control de la economía nacional por los capitalistas extranjeros se opone al desarrollo del país, obstaculiza la diversificación de la agricultura y el desenvolvimiento de las posibilidades industriales.

Hay defensores del imperialismo que niegan esto y proclaman que las inversiones de los capitalistas extranjeros en nuestro país han sido un factor de progreso porque “gracias” a ellas tenemos teléfonos, ferrocarriles, etc. Es verdad que, para explotar al país, los inversionistas extranjeros han tenido que construir los ferrocarriles que tenemos, han prestado el dinero para la construcción de la carretera central, han fundado la compañía de teléfonos, han abierto algunas minas a la explotación, han montado grandes centrales azucareros, etc., con lo cual han facilitado las comunicaciones y cierto desarrollo económico. Pero este desarrollo económico no se realiza de acuerdo con los intereses del país, sino de acuerdo y hasta el grado que conviene a estos inversionistas extranjeros.

De acuerdo con sus intereses, ellos luchan contra toda posibilidad de verdadero progreso del país. Si Cuba desarrollara una industria relativamente importante, si diversificara su producción agrícola de acuerdo con las necesidades nacionales, es claro que los obreros y los campesinos mejorarían su standard general de vida, dejarían de depender exclusivamente de la zafra, y los grandes capitalistas extranjeros que controlan la industria azucarera se verían privados de la posibilidad de seguir pagando jornales de hambre. Además, al desarrollarse otras industrias, el país cobraría independencia y ya no sería más el simple proveedor monocultista de una materia semi-elaborada y el comprador de todos los artículos industriales producidos en el extranjero. Lo que los inversionistas extranjeros necesitan es que Cuba sea un país atrasado, productor de materias primas a bajos precios y comprador de sus productos industriales. Por eso luchan contra su progreso. Un ejemplo de actualidad y muy concreto lo tenemos en

la lucha desesperada de las Compañías Petroleras extranjeras en contra de la producción del Carburante Nacional a base de alcohol —medida impuesta por las contingencias de la guerra— porque si esta producción se desarrolla convenientemente, las compañías perderán el control monopolista del mercado cubano de combustibles, que hoy ejercen.

El control que sobre nuestras principales fuentes de riqueza ejercen los capitalistas extranjeros se opone al progreso nacional no sólo porque éstos tengan esa voluntad de acuerdo con sus intereses, sino, además, por la propia mecánica de las fuerzas económicas.

Veamos por qué.

En los países capitalistas desarrollados, donde no existe un control tan agudo como aquí de parte de los inversionistas extranjeros, las ganancias acumuladas por los patronos establecidos en el país, han sido empleadas, generalmente, en ampliar los negocios, abrir nuevas fábricas, iniciar nuevas industrias, introducir nuevos cultivos, etc., lo que ha hecho progresar al país, hasta cierto punto.

En nuestro país ocurre un fenómeno distinto. Las ganancias obtenidas por los inversionistas, salen de aquí y van a acumularse en las arcas de bancos y trusts extranjeros. En forma de pago de intereses por los Empréstitos y de ganancias obtenidas por los capitalistas extranjeros, salen de Cuba anualmente unos 115 millones de pesos (unas veces más y otras menos, según la situación económica general) que si se invirtieran en nuevas empresas, en la diversificación y desarrollo de la agricultura, en la investigación y explotación de nuestras riquezas minerales, etc., en pocos años harían progresar considerablemente a nuestro país, aun cuando este progreso tuviera que realizarse dentro de los estrechos marcos capitalistas.

De tal modo, puede verse que Cuba no es solamente un país poco desarrollado, sino que, además, no es todavía independiente en el verdadero sentido de la palabra. Cuando dejó de ser colonia de España Cuba quedó sujeta, jurídica y prácticamente, a la tutela de los Estados Unidos, a través de la Enmienda Platt —que fué abolida en 1934— y quedó sometida al dominio de los imperialistas extranjeros, a través de los Empréstitos y de la posesión de las principales fuentes de riqueza y de las empresas fundamentales, dominio que aún no se ha abolido.

Estas particularidades del régimen existente en Cuba, determinan una serie de características muy importantes en la actitud de las distintas clases sociales.

En los países capitalistas altamente desarrollados, los obreros, como se sabe, se enfrentan directamente a los capitalistas en la lucha por el socialismo.

En Cuba —y en los países coloniales o dependientes como éste— en cambio, los obreros se enfrentan en primer lugar contra la quinta-columna nazi-falangista al servicio del Eje, constituida principalmente por los sectores colonialistas y más reaccionarios de los capitalistas extranjeros y, en segundo lugar, contra los que monopolizan sus principales fuentes de riqueza, luchando por completar la Liberación Nacional, por eliminar el latifundismo y desarrollar una fuerte industria nacional.

En los países de gran desarrollo capitalista la pequeña burguesía urbana, la llamada clase media de las ciudades, juega, en general, un papel de relativa importancia en las luchas entre el capitalismo y el Socialismo.

En Cuba —y, en general, en los países coloniales y dependientes— en cambio, la llamada clase media de las poblaciones, los profesionales, los intelectuales, los artesanos, empleados de categoría, etc., es muy numerosa y juega un papel de primer orden en la lucha por completar la liberación nacional, por eliminar el control de los capitalistas extranjeros y asegurar así el progreso del país.

En los países imperialistas la clase capitalista en su conjunto es enemiga de la revolución en todas sus etapas. Solamente bajo la amenaza de la dominación mundial hitlerista un sector de los capitalistas de esos países está jugando un papel progresista y patriótico.

En Cuba, por el contrario, la clase capitalista puede apoyar activamente el movimiento revolucionario por la Liberación Nacional, tanto bajo las condiciones de guerra contra el Eje, como en las condiciones de lucha directa contra el monopolio imperialista.

No todos los capitalistas cubanos adoptan esta actitud.

En la lucha por la Liberación Nacional las clases dominantes de Cuba se dividen, se oponen mutuamente.

Una parte de los capitalistas cubanos se une y se subordina completamente a los imperialistas, traicionando las ansias de libertad de

su país. Tal es el caso, por ejemplo, de los que, como la Empresa Ba cardí, se fusionan con los capitalistas extranjeros compartiendo con ellos las ventajas de la opresión del país y de la explotación de los obreros. Tal es, también, el caso de la burguesía comercial importadora, de los grandes almacenistas que derivan su posición preponderante y sus grandes ganancias del atraso del país, del monocultivo y de la falta de industrias, lo que les hace unirse con los peores sectores imperialistas, trabajar por la vuelta del sistema colonial.

Otra parte de los capitalistas cubanos, agobiada por el monopolio y la competencia imperialista, busca el modo de desarrollar al país fuera de su control, procura diversificar la agricultura e iniciar nuevas industrias y, en determinada etapa, se une a los campesinos, pequeña burguesía y clase obrera en la lucha revolucionaria por la completa Liberación Nacional, por la plena libertad de nuestra patria. Su aspiración, aunque muchas veces no sea consciente, es la de ser ellos los que exploten al país, la de que los superbeneficios que hoy se llevan los capitalistas extranjeros se queden aquí, en los bolsillos de los capitalistas cubanos. Esta aspiración es progresiva, por cuanto, objetivamente se opone a la opresión nacional y favorece el desarrollo general del país, el desenvolvimiento de su industria y de su agricultura y, en definitiva, su plena liberación.

La mayoría de los latifundistas también, como los grandes comerciantes, se pondrán del lado del imperialismo por la sencilla razón de que el fin de la opresión nacional, el desarrollo del país, lleva implícita la destrucción del latifundismo, el progreso de la agricultura.

En cambio los campesinos que sienten con fuerza especial la opresión de las grandes compañías y la persecución de los latifundistas ligados a ellas, son ardientes partidarios de la Liberación Nacional.

De todas las clases y grupos sociales que luchan por la liberación nacional, esto es, que se oponen al dominio de los capitalistas extranjeros sobre nuestro país, la que lo hace con más patriotismo, decisión y energía es la clase obrera. La clase obrera es la que más directamente sufre la opresión de los capitalistas extranjeros, en las minas, centrales y grandes empresas que ellos dominan. En estas empresas las compañías son omnipotentes, tienen sus propios guarda jurados y su cuerpo de espías, establecen regulaciones que son algo así como leyes

propias en el territorio dominado por la empresa, desafían las leyes y sobornan a los funcionarios públicos, monopolizan el comercio y emplean métodos represivos, de verdadero terror, contra los obreros. Los obreros, luchando contra estas expresiones del imperialismo, se levantan patrióticamente en defensa de los intereses de todo el país, de todas las clases sociales y encabezan el movimiento por completar la liberación nacional, iniciada con las guerras del 68 y del 95.

La guerra mundial desatada por el Eje Roma-Berlín-Tokío, que amenazó a Cuba y a todos los países del mundo con la esclavización colonial imperialista en sus peores formas, ha puesto de manifiesto esta actitud de las diferentes clases sociales y de las distintas capas de la burguesía frente a la cuestión de la liberación nacional.

Esta guerra es hoy, mundialmente, una guerra de los Pueblos por su Liberación.

¿Cómo reaccionan ante ella las distintas clases y capas sociales?

La gran burguesía comercial importadora, opuesta a la liberación nacional, anhelante de revivir las viejas formas de la opresión nacional, influida por el falangismo —la agencia española de Hitler— hace todo lo posible por sabotear el esfuerzo de guerra, ataca la colaboración de las Naciones Unidas, conspira contra la estabilidad económica del país y actúa siguiendo las líneas de la quinta-columna del Eje.

La parte de los capitalistas fusionados con el imperialismo apoyan a las Naciones Unidas y desean su triunfo, pero como quieren al mismo tiempo impedir que la terminación de la guerra traiga más libertad a Cuba, hacen cuanto pueden por impedir que nuestro país colabore más activamente en ella; apañan y defienden a la quinta-columna falangista pidiendo que se la trate con tolerancia; se oponen al servicio militar obligatorio, a la reorganización de la economía nacional sobre una base de guerra, al envío de soldados cubanos a los frentes de batalla y, en fin, a todo lo que pueda significar avance hacia la independencia nacional. Quieren que estemos en guerra pero subordinados, sujetos a la opresión económica actual.

Los campesinos, las clases medias urbanas, la parte nacional de la burguesía y la clase obrera, en cambio, apoyan la guerra con todas sus fuerzas, quieren que Cuba entre seriamente en ella y que se apliquen medidas más enérgicas contra la quinta-columna.

La clase obrera, sobre todo, se esfuerza persistentemente porque el Servicio Militar Obligatorio se aplique en una escala más amplia, porque se envíen fuerzas militares cubanas a los frentes de combate, porque se apliquen métodos de guerra en la producción nacional y porque se reorganice toda la economía con vistas a las necesidades bélicas.

La razón de estas diferentes actitudes es bien clara.

La clase obrera, los campesinos, las clases medias de las ciudades, la burguesía nacional, que anhelan la liberación de la patria se enfrentan vigorosamente al peligro de esclavización nazista.

Siendo enemigos de todas las formas del imperialismo lo son más aún del imperialismo nazi. El imperialismo, bajo la forma estatal democrática, domina especialmente a través de los bancos y las empresas, permite cierto grado de independencia y ciertas libertades y derechos democráticos.

El imperialismo bajo la forma estatal fascista establece la esclavitud colonial a través de la ocupación militar, asesina en masa a las poblaciones ocupadas, obliga a trabajar bajo el látigo y pone en vigor las formas más crueles e inhumanas de represión.

Por esto, defendiendo la libertad nacional a través de la guerra contra el nazismo, estas clases y capas sociales, han puesto en primer término la lucha contra el Eje, apoyando la alianza de Cuba con Estados Unidos, la Unión Soviética, Inglaterra, China y las demás Naciones Unidas.

Por las mismas razones los enemigos de la liberación nacional combaten y sabotean la guerra anti-hitlerista y trabajan para que, aún cuando Hitler sea derrotado militarmente, triunfen sus principios anti-democráticos y opresivos.

CAPITULO III

Las Características del Capitalismo

En Cuba existe el régimen capitalista. En el régimen capitalista predomina la producción de mercancías. Todas las cosas se convierten en mercancías: la tierra, las máquinas, las ideas, la fuerza-trabajo humana, etc. Bajo el capitalismo existe el monopolio capitalista de los medios de producción que se formó históricamente en Cuba mediante la usurpación de las tierras, la explotación feroz de indios y negros, la desposesión de los campesinos y artesanos y en la competencia entre la grande y la pequeña industria que conduce a la concentración y centralización del capital. El capitalismo se basa en el trabajo asalariado y la explotación de la clase obrera y en la producción para obtener ganancias. Otra característica del capitalismo es la anarquía de la producción.—Nuestros males sólo hallarán remedio definitivo bajo el Régimen Socialista.

Ya hemos visto, en el capítulo anterior, uno de los rasgos determinantes del sistema social existente en Cuba; el del predominio de los capitalistas y banqueros extranjeros sobre la economía del país.

Hace falta que nos dediquemos ahora a examinar más de cerca todas las características de este régimen, que, en su conjunto, corresponden a lo que conocemos como sistema capitalista.

Los demagogos y falsos revolucionarios que pretenden engañar a las masas presentándose, a veces, como socialistas —aunque son los peores enemigos del progreso social de nuestro país— hacen todo lo posible por “ignorar” la existencia del capitalismo en Cuba, pasándola por alto en todas sus peroratas sobre los males de la sociedad cubana.

Algunos de esos señores millonarios que se dicen socialistas, no hacen otra cosa que desgañitarse gritando contra el Gobierno actual, acusándolo de ser el responsable de todas nuestras desventuras y pidiendo, en consecuencia, que fulano o mengano sea Presidente, mientras justifican, apañan y defienden a los explotadores que, día a día, aumentan sus cuantiosos capitales a costa de la miseria de las masas trabajadoras.

Otros de estos farsantes se presentan como anti-imperialistas y, en el nombre del anti-imperialismo, plantean las cosas como si en Cuba

no hubiera capitalismo, como si aquí no hubiera más que, de un lado, imperialistas extranjeros y, del otro, "trabajadores, clases medias y campesinos", como si todos los problemas de aquí se resolvieran simplemente con cambiar la nacionalidad de los capitalistas: con hacer que los dueños de las minas, ferrocarriles, plantas eléctricas, etc., en vez de ser extranjeros fueran cubanos.

Es preciso aclarar que algunos verdaderos anti-imperialistas adoptan, muchas veces, una actitud semejante o se refieren sólo de un modo muy confuso a medidas para evitar los "males" del capitalismo, porque, partiendo del punto de vista pequeño-burgués, su visión se hace limitada, incompleta, no viendo más que las desastrosas consecuencias del dominio extranjero de nuestra economía.

Los trabajadores, por el contrario, son anti-imperialistas consecuentes que abarcan, en su visión, toda la complejidad del problema cubano.

Los trabajadores, ya lo hemos visto, conceden una importancia primordial a la lucha por lograr la completa liberación nacional, a la lucha por evitar el triunfo del fascismo y por librar a nuestra economía del control de los capitalistas extranjeros, por lograr que los ferrocarriles, minas, centrales azucareros, plantas eléctricas, etc., pasen a manos nacionales, cubanas. Pero los trabajadores saben que eso, con ser un paso muy importante para el progreso y el desarrollo de nuestra patria, para el elevamiento del standard de vida de nuestro pueblo, no es, sin embargo, el remedio definitivo a nuestros males: a las crisis, a la desocupación, a la miseria de los campesinos, etc. Estos males provienen, no sólo del dominio imperialista de nuestra economía, sino de la propia estructura del régimen social cubano, basado en la explotación de unos hombres por otros.

Por muchos esfuerzos que hagan los defensores del capitalismo que se encubren con la máscara revolucionaria, no pueden ocultar los hechos. Y los hechos dicen, sin lugar a dudas, que el régimen existente en Cuba es similar, en sus rasgos esenciales, en sus vicios y en sus contradicciones, a lo que conocemos por capitalismo.

El capitalismo se caracteriza por el predominio de la producción de mercancías, por el monopolio que ejercen los capitalistas y terratenientes sobre los más importantes medios de producción, por la explotación de la clase obrera mediante el sistema del trabajo asalaria-

do, por el hecho de que la producción tiene como finalidad la obtención de ganancias y por la anarquía de la producción en su conjunto.

Veamos, esquemáticamente, cómo se manifiestan esas características del capitalismo en Cuba.

En Cuba, como en todo sistema capitalista, domina la producción de mercancías, es decir, que aquí, la generalidad de los productos del trabajo, están destinados al mercado, a ser cambiados entre sí o, lo que es lo mismo, a ser vendidos y comprados.

Aquí nadie produce principalmente para el consumo propio o para el consumo colectivo sin cambio. Los Hacendados, por ejemplo, no producen miles y miles de sacos de azúcar para consumirlos ellos y sus familiares o para consumirlos colectivamente con la totalidad de los obreros y campesinos que intervinieron en su elaboración, sino para el Mercado, para cambiarlos por otros productos como máquinas, sacos, cañas, etc., con los cuales producir nuevamente azúcar y obtener nuevas ganancias. El azúcar, pues, adopta la forma de una mercancía, esto es, de un producto que se cambia en el mercado por otros productos, que se compra y que se vende. Los campesinos, para poner otro ejemplo, cultivan plátanos, piñas, malanga, café y otros frutos y destinan una parte pequeña a su propio consumo, mientras que el resto de su producción lo venden al acaparador, al almacenista, para comprar, en cambio, las cosas que les hacen falta. De este modo, los plátanos, las piñas, las malangas y el café adoptan también la forma de MERCANCIAS.

Esto no ha ocurrido siempre. Antes de que se desarrollara el capitalismo, la parte principal de la cosecha de los campesinos estaba destinada al consumo familiar, y sólo una pequeña cantidad de productos era destinada al mercado. En el sistema esclavista, por ejemplo, una buena parte del trabajo de los esclavos estaba destinada solamente al consumo del amo y sus familiares, es decir, que no se convertía en mercancía.

Ahora, por el contrario, todo se vende y se compra, pues el capitalismo se distingue precisamente porque bajo su dominio todos los productos, desde el azúcar hasta las poesías, desde las máquinas hasta la habilidad y la capacidad de los obreros que las mueven, desde los chorizos hasta las ideas, desde los sarcófagos hasta las "oraciones, san-

tos y novenas", toman la forma de mercancías, esto es, de cosas que se compran y se venden.

Vemos, pues, que el predominio de la producción de mercancías que es una de las características del capitalismo, es también uno de los rasgos del régimen social imperante en Cuba.

En Cuba también podemos ver que los medios decisivos de producción como las fábricas, las minas, los transportes, las tierras, son la propiedad particular de un reducido número de capitalistas y latifundistas, mientras que la enorme mayoría de la población carece en absoluto de ellos. Es decir, en Cuba, los medios fundamentales de producción constituyen un monopolio de los capitalistas y latifundistas.

Este monopolio comenzó a formarse en Cuba con la llegada de los conquistadores españoles. Estos, al llegar aquí, se adueñaron de las tierras, sometieron a los indios y a los africanos a la esclavitud, les obligaron a trabajar brutalmente por medio del látigo y se apoderaron durante siglos del producto de su trabajo, gracias a lo cual acumularon grandes riquezas con las cuales pudieron desarrollar ingenios azucareros, fundar fábricas de tabaco, fomentar cafetales, etc.

Con el predominio del capitalismo la riqueza fué pasando a manos de los más poderosos, mientras los pobres de todos los colores, blancos y negros, se convertían en asalariados, en proletarios.

En el campo, las haciendas comuneras, herencia de los primeros colonizadores, fueron sometidas a violentos juicios posesorios, robadas y acaparadas por una docena de latifundistas, mientras miles de campesinos de pobres y medianos recursos que se asentaban en ellas, despojados de sus tierras, se vieron obligados a buscar trabajo como asalariados del Central.

En las ciudades, el desarrollo de algunas empresas fuertes y la competencia de las mercancías extranjeras, arruinaron totalmente a los artesanos más o menos acomodados e independientes que, después de empeñarse hasta lo último con los usureros, no tenían más remedio que cerrar sus pequeños talleres y buscar empleo como obreros.

El desarrollo de la industria azucarera en su forma moderna completó el despojo de los pocos campesinos que todavía tenían considerables extensiones de tierra a principios de este siglo. En forma violenta los campesinos independientes fueron desalojados de sus tierras que pasaron a manos de compañías poderosas.

De esta manera, con la desposesión violenta de los indios, con el trabajo brutal de los esclavos, con el robo descarado de las tierras de los campesinos, con la ruina de los artesanos, se acumularon en Cuba las primeras fortunas y surgieron los capitales que hoy se nos quieren presentar como el producto de la laboriosidad, del espíritu de ahorro y del trabajo honrado de sus dueños.

Al desarrollarse el capitalismo, surgió en Cuba la lucha entre la grande y la pequeña industria sobre la base de la competencia, de la libre concurrencia, de la lucha por el mercado. En esta lucha, muchas veces, la gran industria ha sido la gran industria extranjera colocada fuera de nuestro país, pudiendo, sin embargo, vender sus productos, mejor terminados, a más bajos precios que los hechos aquí en talleres o fábricas pequeñas. En la lucha entre la gran industria y la pequeña, las empresas más fuertes, las que han podido instalar las máquinas más modernas, hacer mejor propaganda y dar mayores facilidades de venta, han acabado por triunfar, arruinando a las más débiles que han desaparecido y, como consecuencia la producción y el capital se han ido concentrando y centralizando, cada vez más, en unas pocas empresas y grandes propietarios.

Un ejemplo muy claro del proceso de concentración y centralización del capital en Cuba, lo tenemos en la industria de jabones, polvos y perfumes.

Hace unos veinte años, aún había en Cuba, diseminadas por todas las poblaciones de alguna importancia, un número considerable de pequeñas fábricas de jabón y de manufactureros de perfumes, alcoholados, aguas perfumadas, etc., desarrolladas muchas de ellas como industrias domésticas. Las dos o tres grandes fábricas de jabones y perfumes establecidas en la Habana, abrieron la competencia, mejoraron el producto, lo presentaron más agradablemente, concedieron mejores condiciones de créditos a los comerciantes, organizaron una campaña formidable de propaganda y derrotaron totalmente a las pequeñas fábricas, eliminándolas del mercado. Los propietarios de las pequeñas fábricas de jabones y perfumes se arruinaron en la competencia, su producto dejó de venderse, sus fábricas desaparecieron. La producción está ahora acaparada por un corto número de fábricas, que se han hecho más poderosas, gracias a la ruina de las pequeñas.

En la industria del calzado ocurrió un fenómeno singular. Aproximadamente

madamente entre 1920 y 1927 se desarrollaron en Cuba algunas grandes fábricas de calzado, montadas con maquinaria moderna. Unos años después, hacia 1931, con el inicio de la crisis económica, estas grandes fábricas comenzaron a decaer, mientras que los pequeños talleres se multiplicaron por toda la Isla. A primera vista parecería que en el caso de la industria del calzado, no se producía la centralización y concentración del capital, que en este caso, los pequeños propietarios triunfaban sobre los grandes industriales. Examinando más de cerca el problema vemos en seguida que no es así.

El fenómeno ocurrido en la industria del calzado ha sido el de que la concentración y centralización del capital no fueron acompañados de la concentración y centralización de la producción, sino de su disgregación y degradación.

En la industria del calzado, como en la industria de jabones, la competencia entre los grandes propietarios y los artesanos y pequeños fabricantes terminó en 1927 con la derrota y la ruina de estos últimos. Pero en la industria del calzado, los medios elementales de producción (máquina de coser, hormas, banquillas, etc.) son tales, que resultan de una relativa fácil adquisición. El pequeño fabricante de zapatos arruinado en 1927, pudo aún mantener su pequeño taller y, a base de trabajar él personalmente hasta 16 horas diarias y hacer trabajar a su mujer y a sus hijos, pudo sostenerse frente a la competencia de los más poderosos, extrayendo jornales miserables de su trabajo. Los grandes fabricantes, se aprovechaban de esta situación para comprar el calzado de los pequeños talleres a precios tan bajos que en ocasiones resultaban menores que el costo de producción obtenido en la fábrica. La crisis de 1930 aceleró este proceso. Por donde quiera surgieron "chinchales" de zapatería organizados a base del trabajo de toda la familia, de mujeres, y de muchachos contratados como aprendices. Los fabricantes se convirtieron en acaparadores que facilitaban a los "chinchaleros" hormas, pieles, etc., y que les "compraban" los zapatos a precios miserables. A los fabricantes les resultaba más negocio cerrar la fábrica, donde se veían obligados a pagar alquileres, luz, impuestos, salarios más o menos a tono con el nivel general de vida, cumplir las leyes sociales, etc., y contratar el trabajo de los "chinchaleros" que se reventaban trabajando 16 horas diarias, que hacían los zapatos en sus casas burlando todos los

impuestos, que utilizaban el trabajo de toda la familia y de los aprendices y que, al final de cuentas, entregaban los zapatos al "acaparador" por una miseria. El "triunfo" de los "chinchales" en la industria del calzado no significa el triunfo de los pequeños fabricantes y artesanos contra los grandes propietarios, sino su derrota. Ya no hay pequeños fabricantes o artesanos independientes en el calzado. Los "chinchales" son una rueda del acaparador, una especie de trabajo a domicilio que significa la más inhumana explotación del trabajo humano. Ya las máquinas, hormas, etc., que utiliza, casi nunca son propiedad efectiva del "chinchalero": son dadas a crédito por el "acaparador" con quien nunca se salda la deuda. De este modo se cumple también, en la industria del calzado, la desposesión de los pequeños fabricantes y artesanos en beneficio de los grandes capitalistas.

A través de estos pasos se han ido formando en Cuba, en el proceso del desarrollo del capitalismo, de un lado, el pequeño grupo de capitalistas y grandes terratenientes que tienen en sus manos el monopolio de las fábricas, minas, tierras, transportes, etc., y, del otro lado, la enorme mayoría de la población desposeída, que está obligada a alquilarse, a vender su fuerza-trabajo, a someterse a la esclavitud asalariada para no morir de hambre.

Vemos, pues, que el monopolio de los medios fundamentales de producción en manos de los capitalistas y latifundistas, que es otra de las características del capitalismo, es también un rasgo del régimen social de Cuba.

En Cuba la producción, en general, se realiza mediante el trabajo asalariado, a través del cual es explotada la clase obrera.

La producción realizada mediante el sistema de salario es uno de los rasgos que distingue al capitalismo de todos los regímenes anteriores. Bajo el sistema del salario los hombres no se venden ni se compran personalmente, sino que se alquilan o, mejor dicho, venden su fuerza-trabajo a los capitalistas.

Ya hemos visto cómo el monopolio de los medios fundamentales de la producción en manos de los capitalistas y grandes terratenientes conduce a la ruina y a la desposesión de los artesanos, pequeños fabricantes y campesinos que se unen a la masa de los esclavos declarados libres para convertirse en asalariados.

La gran masa de la población privada de tierras y de medios de

producción, que no tiene más capital que su fuerza-trabajo, su habilidad y capacidad de trabajar, se ve obligada a vender diariamente su único capital, su fuerza-trabajo, para poder vivir, pues de otro modo moriría de hambre.

Muchas veces, basándose en esto, los propagandistas reaccionarios defienden al *capital* y dicen que lo hacen en interés de los propios obreros, porque éstos “viven del capital”.

Lo que hace el capital es explotar al trabajo, a los obreros.

El argumento de los reaccionarios de hoy es el mismo de los que defendían la esclavitud diciendo que lo hacían en interés de los propios esclavos, pues como los amos mantenían a éstos, al no tenerlos morirían. Los amos no mantenían a los esclavos sino que los obligaban a trabajar brutalmente, se apropiaban del producto de su trabajo y les daban una parte para que se mantuvieran y pudieran seguir trabajando, lo mismo que hacen hoy los capitalistas con los obreros.

Los capitalistas no montan fábricas ni desarrollan la producción con el propósito de que los “obrerros vivan”, sino con la finalidad de obtener ganancias. Lo que a ellos les interesa no es la vida de los obreros, sino el montante de lo que ganan.

Para esto, para obtener ganancias, los capitalistas invierten su capital, construyen fábricas, instalan máquinas, contratan obreros, producen artículos y los llevan al mercado, con lo cual crece su capital, obtienen beneficios.

¿De dónde provienen las ganancias?

Algunos “economistas” vulgares aseguran que la ganancia es el interés lógico que produce el dinero por su inversión.

Pero ésta es una afirmación falsa y tonta.

El dinero no se aumenta por sí mismo. Si alguien entierra una cantidad cualquiera de dinero y la saca al cabo de un año, o dos, o tres, ese dinero no se habrá aumentado en lo más mínimo, no habrá producido ni un solo centavo de interés.

La verdad es que lo único que hace aumentar los capitales es el trabajo humano, porque el trabajo humano es lo único que le incorpora valor a las mercancías.

Es verdad que las mercancías son cosas útiles, que satisfacen alguna necesidad humana y, en ese sentido puede decirse que tienen un *valor de uso*, pero no es este valor precisamente el que determina su

precio en el mercado y, por tanto, la posibilidad de obtener ganancias con ellas.

Las cosas que no contienen alguna forma de trabajo humano, por muy útiles y necesarias que sean, carecen de *valor de cambio*, esto es, no pueden convertirse en mercancías.

El agua lluvia, por ejemplo, es muy necesaria en la agricultura, tiene valor de uso, porque satisface una necesidad humana. Pero nadie puede vender el agua que cae de las nubes y obtener ganancias con ella, porque es imposible incorporarle trabajo.

El agua del manantial, en cambio, que se puede embotellar y distribuir después a domicilio, se convierte en una mercancía y se pueden obtener ganancias con ella porque se le ha incorporado trabajo humano.

Siendo el trabajo humano lo único que le incorpora valor a las cosas y siendo, por tanto, la única fuente posible de ganancias ¿cómo es que produce en realidad estas ganancias?

Ya hemos visto antes que bajo el capitalismo, todas las cosas se transforman en mercancías, incluso el trabajo humano o, dicho con más propiedad, la fuerza-trabajo de los obreros.

La fuerza-trabajo es una mercancía que los capitalistas compran a los obreros, en términos generales, por el precio que cuesta producirla. Producir la fuerza-trabajo cuesta tanto como lo que el obrero y su familia necesitan consumir para mantener su vida y su capacidad de trabajar. Esto es precisamente lo que paga el capitalista, como promedio, a los obreros por su fuerza-trabajo.

Ahora bien, un obrero puede producir siempre muchísimo más de lo que cuesta mantener su fuerza-trabajo. Supongamos que un hombre trabajando cuatro horas, con las máquinas modernas a su disposición, produce lo suficiente para mantenerse él y su familia, en una palabra, para reponer la fuerza-trabajo gastada. Como él trabaja para el capitalista 8 horas, resulta que durante cuatro horas trabajará sin recibir nada en cambio, puesto que el capitalista sólo le paga un salario equivalente a lo que necesita para mantener su existencia. El exceso de valor que produce el obrero —o plus valía— se lo apropia el capitalista y de él extrae las ganancias.

Las ganancias, por tanto, salen del trabajo que los capitalistas dejan de pagar a los obreros.

Para que se aumente el capital, los capitalistas necesitan poner a trabajar muchos obreros para ellos, puesto que mientras mayor sea la cantidad de trabajadores, mayor será la cantidad de trabajo no pagado y, por tanto, mayores serán las ganancias que obtengan.

De la plus valía o parte no pagada del trabajo de los obreros no solamente salen las ganancias de los capitalistas, sino también los impuestos, las ganancias de los comerciantes, los gastos de propaganda, etcétera.

Vemos, pues, que el régimen social existente en Cuba se caracteriza por el trabajo asalariado y la explotación de la clase obrera que son, también, rasgos fundamentales del régimen capitalista en todas partes del mundo.

La finalidad que persiguen los capitalistas de Cuba al producir los distintos artículos es obtener ganancias.

La producción no tiene como finalidad satisfacer ésta o aquella necesidad de la sociedad. A los capitalistas no les importa lo que necesita o lo que le conviene consumir a la sociedad y solamente lo toman en consideración en la medida en que esto puede influir en la demanda del mercado, hacer caer los precios y disminuir las ganancias. Cuando se trata de obtener ganancias los capitalistas no vacilan en adulterar la leche, vender sebo o margarina por manteca o ponerle cartón a los zapatos donde deben llevar suela. La única finalidad de la producción capitalista es obtener ganancias.

Cada capitalista o grupo de capitalistas combinado produce por su cuenta, sin tomar en consideración cuánto y qué necesita la sociedad. Es decir, bajo el capitalismo, la producción se realiza anárquicamente, sin sujeción a planes científicos previamente elaborados. Las restricciones de las zafras azucareras en Cuba y la adopción internacional del llamado Plan Chadbourne, no eliminó la anarquía de la producción en la industria azucarera puesto que restricciones y plan se han llevado a la práctica, no con vistas a las necesidades reales de azúcar que tiene la sociedad, sino con el propósito de provocar la escasez y obligar a que aumenten los precios, para soltar nuevamente la producción, lo que, independientemente del plan o dentro de él, han venido haciendo los azucareros de distintos países.

Tenemos, pues, que la producción para la ganancia y la anarquía

de la producción, que son dos características del sistema capitalista, son también dos rasgos del régimen existente en Cuba.

Lo fundamental de las relaciones sociales existentes en nuestro país corresponden al Régimen Capitalista. Nuestros males son, pues, los mismos males del sistema capitalista en su conjunto y no tendrán un remedio completo y definitivo más que con la superación de éste, con la sustitución de las normas sociales, ya caducas, por las nuevas normas que surgen del proceso histórico y que han sido reveladas por el análisis científico, las normas del Socialismo.

CAPITULO IV

Clases y Lucha de Clases

La actual sociedad está dividida en clases antagónicas con intereses opuestos que luchan entre sí. Los capitalistas y latifundistas son clases explotadoras. Los obreros, campesinos, artesanos, intelectuales, etc., forman parte de las clases explotadas. Las clases fundamentales de la sociedad actual son la clase capitalista y la clase obrera. A través de la lucha de clases las masas se organizan, se unen y adquieren conciencia de sus intereses. La clase obrera se revela como la clase dirigente del proceso de transformación social.

Una de las características más destacadas del régimen capitalista, imperante en Cuba, es la de que es un régimen en el que existen clases sociales que tienen intereses opuestos y que, por esto, luchan entre sí, aunque ésta no es una particularidad exclusiva del capitalismo. Las clases antagónicas y la lucha de clases existieron y se desarrollaron en todos aquellos regímenes anteriores que estuvieron basados, como el capitalista, en la propiedad privada de los medios de producción, en la explotación de unos hombres por otros.

No todo el mundo reconoce la existencia de las clases y de su lucha en la actual sociedad cubana. Por el contrario, muchos escritores y políticos defensores del capitalismo niegan la existencia de las clases y afirman que la lucha de clases es una consigna inventada por Marx y agitada por los comunistas.

Tal afirmación es, desde luego, una de las tantas mentiras descaradas de los enemigos de los trabajadores. Marx no inventó la lucha de clases porque no se puede inventar lo que ya existe. Los comunistas no provocan, con su agitación, la lucha de clases, por el simple hecho de que la lucha de clases ha existido muchísimos miles de años antes de que los comunistas existieran.

La lucha de clases existió bajo la esclavitud y el feudalismo y se manifestó a través de las luchas de los esclavos contra los amos, de los siervos contra los señores, de los burgueses contra los nobles. La lucha de clases existió bajo el capitalismo antes de que naciera Marx y de que hubieran comunistas.

En Cuba hubo luchas de clases mucho antes de que hubieran siquiera soñado en organizarse los comunistas. Las insurrecciones de

esclavos, la protesta de los vegueros de Jesús del Monte, las reclamaciones de los hacendados ante los monarcas españoles, la huelga de la moneda en 1902, no son más que expresiones de la lucha de clases a lo largo de la historia de Cuba.

Algunos escritores y políticos, que también son defensores del capitalismo, pero que quieren hacerse aparecer como muy revolucionarios y a veces hasta como marxistas, reconocen la existencia de las clases y de la lucha de clases... aunque sólo en los países europeos, es decir, fuera de Cuba.

¿Por qué los defensores del capitalismo niegan la existencia de la lucha de clases?

En primer lugar porque si se reconoce la existencia de las clases y de sus luchas no hay más remedio que reconocer la explotación de la clase obrera por parte de los capitalistas. Los capitalistas y sus defensores no quieren reconocer este hecho para no despertar la conciencia de la clase obrera, para mantener a ésta ignorante sobre su verdadera situación en la sociedad.

En segundo lugar porque la existencia de las clases antagónicas y de la lucha de clases revela que este régimen social está mal constituido, que no funciona bien, que tiene contradicciones capaces de provocar su destrucción.

Y, en tercer lugar porque el reconocimiento de la existencia de las clases y de la lucha de clases entre capitalistas y obreros conduce a la conclusión de que la única clase capaz de libertar a toda la sociedad es el proletariado a través del establecimiento de la propiedad colectiva sobre los medios de producción, lo que determinaría la eliminación de las clases antagónicas y, por tanto, de la resultante lucha de clases.

Ahora bien, por mucho que los defensores del capitalismo quieran, no pueden ocultar hechos tan evidentes como la existencia de las clases y de la lucha de clases.

Tan evidente es, que los fascistas ya no la niegan sino que tratan de explicarla diciendo que las clases sociales fueron instituidas por Dios y que no se debe aspirar a suprimirlas, pues en el caso de que lo fueran, los falangistas y los capitalistas morirían de tedio ante la uniformidad de la sociedad.

A poco que miremos a nuestro alrededor o recordemos la situa-

ción de las personas de nuestro conocimiento, comprobaremos que es imposible negar que la actual sociedad cubana está dividida en CLASES diferentes desde el punto de vista económico y desde el punto de vista de sus funciones, de sus relaciones y de sus actividades con respecto a la PRODUCCION.

Sabemos que en Cuba unos cuantos viven ricamente, en casas lujosas, con criados, automóviles y toda clase de comodidades.

Son los ricos.

Sabemos también que otros muchos viven pobremente, en casas pequeñas, en "solares", en bohíos antihigiénicos, llenos de miserias y de dificultades.

Son los pobres.

Estas gentes que viven bajo condiciones sociales tan diferentes, pertenecen a CLASES SOCIALES distintas. Los cubanos, a pesar de la declaración de igualdad formal que hace la CONSTITUCION, no son iguales en cuanto a las condiciones de vida, oportunidades, privilegios, derechos y deberes.

Entre los ricos encontramos a los presidentes y administradores de las compañías, a los gerentes de los bancos, a los dueños de los centrales azucareros, de las fábricas, de las minas, de las empresas de transportes, de los almacenes, de los grandes edificios, etc.

Todos éstos pertenecen a una CLASE SOCIAL, a la clase de los CAPITALISTAS.

Los capitalistas, a los que también se les llama burgueses, son los dueños del capital, son los dueños de los medios de producción, esto es, son los dueños de las fábricas, de las máquinas, de los transportes, etc., lo que les permite EXPLOTAR a los obreros.

En la clase capitalista existen diferentes capas o sectores.

Hay un sector de los capitalistas que sólo se ocupa de manejar el crédito, de juntar los depósitos de miles de pequeños burgueses y de los capitalistas individuales para prestarlo a otros capitalistas que los necesitan para ampliar la producción o los negocios. Estos constituyen la burguesía financiera, a la cual se le asimilan generalmente los usureros y prestamistas.

Hay otro sector de los capitalistas que sólo se ocupa del Comercio, de comprar mercancías ya terminadas para venderlas a los consumidores o a otros comerciantes. Estos constituyen la burguesía comercial.

Los que se entienden directamente con la producción, los que manejan las fábricas y las empresas constituyen la capa de la burguesía industrial que es regularmente en Cuba, hablando en términos generales, el sector más progresivo de la burguesía.

Otra clase de la sociedad actual son los latifundistas o grandes terratenientes. Estos tienen en monopolio la mayor parte de la tierra laborable, concentrada en fincas enormes. Gracias a este monopolio los latifundistas explotan y oprimen inhumanamente a los campesinos carentes de tierras, cobrándoles rentas altísimas, arrebatándoles, mediante el sistema de la aparcería, la mayor parte de sus cosechas. Muchas empresas capitalistas, como los centrales azucareros son, al mismo tiempo, latifundistas, mientras que muchos latifundistas se convierten en capitalistas, fundiéndose con esta clase.

Tanto los capitalistas como los latifundistas pertenecen a las clases explotadoras.

Entre los pobres encontramos a los trabajadores de los puertos, ferrocarriles, centrales azucareros, transporte motorizado, de la industria del tabaco, del calzado, etc. Estos constituyen la CLASE OBRERA o proletaria.

La clase obrera se caracteriza porque carece de propiedad sobre los medios fundamentales de producción (máquinas, fábricas, etc.); porque gana su subsistencia mediante la venta de su fuerza-trabajo (esto es, alquilándose por un tiempo determinado a cambio del salario) y porque sus condiciones de existencia y su existencia misma dependen de la demanda de fuerza-trabajo y, por tanto, de la competencia y de las crisis periódicas del sistema capitalista.

Esto último distingue, desde el punto de vista económico, al obrero del esclavo. La existencia del esclavo no dependía en absoluto ni de la competencia ni de la demanda de trabajo. El amo, para no perderlo, estaba obligado a mantenerlo, a proporcionarle lo indispensable para su subsistencia. El capitalista actual le proporciona al obrero los medios de subsistencia sólo cuando necesita su fuerza-trabajo, cuando puede obtener ganancias de su empleo.

Fuera de los obreros, de los capitalistas y de los grandes terratenientes, encontramos a los que trabajan la tierra por su cuenta, bien sea arrendándola a los latifundistas, bien sea recibéndola a partido o

disfrutándola como propietarios. Estos son los campesinos. Los campesinos no forman una clase homogénea como la de los obreros, pues entre ellos encontramos algunos cuyas condiciones de vida son tan pobres como las de los obreros peor pagados y otros que son ricos y tienen medios suficientes para contratar asalariados. Pero los campesinos, en su conjunto, resultan explotados y oprimidos dentro de las condiciones prevalecientes en el sistema capitalista, empeoradas por el predominio económico de los imperialistas extranjeros.

No se debe confundir a los campesinos con los obreros agrícolas que, aunque también trabajan la tierra, lo hacen como asalariados, como obreros.

Hay en las poblaciones muchos individuos relativamente pobres, empleados en muy diversas ocupaciones, que no pueden considerarse comprendidos propiamente en ninguna de las clases que hemos mencionado antes. No son ni obreros ni campesinos, ni tampoco pueden ser calificados como capitalistas o terratenientes. Son personas que ocupan, generalmente, una posición intermedia en la sociedad, como los empleados de ciertas categorías, los profesionales, los artesanos, los intelectuales, los dueños de pequeños comercios, etc. Todos estos elementos forman lo que se llama corrientemente *clase media* o pequeña burguesía, que es también una clase explotada y oprimida por el gran capital, por los trusts, los monopolios y los bancos.

Por último, en todas las poblaciones de Cuba hay algunos individuos pobres y aún miserables, que no trabajan ni realizan ninguna función productiva, ni tampoco aspiran a trabajar. Son los vagabundos, los "habitantes", los pordioseros, jugadores profesionales, aventureros de todas clases formados por burgueses arruinados, por vástagos degenerados de todas las clases sociales. A éstos se les denomina regularmente "lumpen-proletariado".

Así, con sólo mirar a nuestro alrededor, hemos podido reconocer la existencia de diferentes clases, con sus características propias, con diversa situación económica y con distintas relaciones con respecto a los medios de producción. Unas clases que monopolizan la propiedad de todas las riquezas fundamentales, otras clases que carecen de toda riqueza. Unas clases explotadoras rodeadas de todo género de comodidades y disfrutando de todos los privilegios y otras clases explotadas, oprimidas, careciendo, a veces, hasta de lo más necesario para

vivir. En unas clases el lujo y el despilfarro, en otras clases la miseria, la necesidad y la ignorancia.

He ahí el cuadro que nos ofrece el conglomerado social cubano.

De todas las clases sociales que existen en Cuba las dos más definidas y fundamentales son la clase capitalista y la clase obrera.

Estas son las clases ligadas al proceso fundamental de la producción actual: la industria capitalista que domina progresivamente a todas las otras formas de producción, eliminándolas o convirtiéndolas en sus apéndices.

Alrededor de la clase capitalista y de la clase obrera se debaten actualmente los problemas más ardientes de Cuba. En los programas de los partidos políticos, en las columnas de los periódicos, en los libros de sociología, en todos los pronunciamientos de las gentes de todas las ideologías los dos polos que aparecen siempre son el capital y el trabajo, es decir, la clase obrera y la clase capitalista a cuyo alrededor giran las demás clases intermedias inclinándose unas veces a un lado y otras al otro. La clase capitalista, defendiendo el régimen actual, aparece apoyando todas las formas de opresión y explotación no sólo de la clase obrera, sino de todas las otras clases de la sociedad. La clase obrera, defendiéndose de la explotación capitalista, lucha contra todas las formas de opresión y de explotación y se convierte en defensora de los intereses y reivindicaciones de todas las otras clases de la sociedad.

Hemos dicho que estas clases existentes en la sociedad cubana tienen intereses opuestos y luchan entre sí, pese a todos los sermones y a todas las declamaciones de los defensores enmascarados del capitalismo.

Ya hemos comprobado que la sociedad está dividida en clases. Veamos ahora cómo se manifiestan los antagonismos de clases.

A poco que queramos podemos ver que, por ejemplo, los Hacendados procuran siempre pagar a los obreros el menor salario que pueden y, para ello, los engañan con el peso de las romanas, se burlan de las leyes sociales, los amenazan con dejarlos sin trabajo y procuran destruir sus sindicatos cuando han podido organizarlos.

Es claro que hablamos de la generalidad de los hacendados. Esto no excluye el que haya algunos respetuosos de los sindicatos y de las leyes sociales, pero aún esos, obligados por la competencia del

mercado mundial, procuran siempre pagar lo menos posible y lograr que los obreros trabajen más, puesto que sólo así aseguran la ganancia.

Y lo mismo que decimos de los hacendados, podríamos decir de la generalidad de los patronos: henequeneros, mineros, fabricantes de ron, etc.

Esto no lo hacen los patronos porque sean personalmente malos. Lo hacen porque su principal interés es obtener ganancias, aumentar su capital. Como hemos visto en el capítulo precedente las ganancias se forman exclusivamente con el trabajo de los obreros, con la parte del trabajo que los capitalistas dejan de pagar a sus empleados. El capitalista para obtener más ganancias *tiene* que procurar siempre pagarles a los trabajadores lo menos posible y obligarlos a trabajar al máximo de su capacidad.

Aun los capitalistas más honrados y de mejor corazón tienen que seguir esta ley inexorable del sistema capitalista, pues sin explotación de la clase obrera no hay ganancias ni hay capitalistas. Esta tendencia de los capitalistas es contraria a los intereses de la clase obrera que sostiene, precisamente, la tendencia opuesta.

Los obreros azucareros, henequeneros, mineros, licoreros, etc., encuentran que cada día los salarios de que disfrutaban alcanzan menos para atender a sus necesidades y a las de sus familias, encuentran que el trabajo con los métodos modernos es cada día más agotador y por esto se ven empujados —fuera de su propia voluntad— a luchar porque les aumenten el salario, porque les disminuyan la duración de la jornada y porque les mejoren las condiciones de trabajo.

Los obreros no hacen esto porque personalmente sean revoltosos o tengan ganas de molestar al patrono ni porque estén influidos por la propaganda comunista. Los obreros se ven empujados a esa lucha por la necesidad, por el imperativo de sus propios intereses.

Vemos, pues, como, en las simples relaciones de trabajo de todos los días se manifiesta el antagonismo entre los intereses de los capitalistas y los intereses de los obreros.

Los capitalistas tienen como supremo interés el mantener el REGIMEN actual que les permite explotar a los obreros, obtener ganancias y disfrutar de todo género de comodidades y privilegios.

Por el contrario, los obreros están fundamentalmente interesados en sustituir este REGIMEN SOCIAL por otro en que no haya explota-

ción y sus condiciones de vida sean mejores y más humanas.

Los intereses de los campesinos y de los latifundistas también chocan, y se oponen continuamente, en problemas como la renta, precio de la tierra, parte de productos que corresponden al gran terrateniente, etc.

Estos intereses opuestos conducen a la lucha de clases.

Los obreros luchan CONTRA los capitalistas reclamando mejores condiciones de trabajo y de vida.

Los capitalistas luchan CONTRA los obreros para mantenerlos sometidos al yugo de su explotación.

Los campesinos luchan contra los latifundistas, contra los acaparadores y demás explotadores por sus mejoras y reivindicaciones.

Del mismo modo los latifundistas luchan contra los campesinos para despojarlos de sus tierras y del fruto de su trabajo.

Esa es la lucha de clases en la sociedad actual.

Esta lucha de clases es el motor de la sociedad actual, es la que empuja hacia adelante el proceso de cambio y modificación del régimen presente.

A través de esta lucha, las clases explotadas se unen contra los explotadores, adquieren la conciencia de sus intereses, comprenden la necesidad de destruir todos los intentos fascistas de dominar nuestra patria, se hacen cargo de la tarea de lograr la completa independencia nacional, descubren en los elementos más reaccionarios de los capitalistas y latifundistas criollos a los aliados del fascismo y de los peores imperialistas extranjeros y, finalmente, se convencen de que sólo cambiando el régimen capitalista, solamente modificando la organización capitalista de la sociedad pueden lograr su completa liberación, su verdadera seguridad y su pleno bienestar.

A través de esta lucha de clases se pone de manifiesto que la clase obrera, por no estar atada a ninguna forma particular de propiedad, por desarrollarse al mismo tiempo que la gran industria y ligada a esta forma más progresiva de la producción, por su concentración en el trabajo, que cultiva su espíritu de organización y facilita su unidad, está llamada a jugar el papel dirigente, a la vanguardia de todo el pueblo, en las luchas contra los enemigos de la libertad, de la independencia y el bienestar de los pueblos, en las luchas por la transformación socialista de la Sociedad.

CAPITULO V

Las Crisis Económicas

Periódicamente se presentan en Cuba, y en todos los países capitalistas, las crisis económicas. En las crisis económicas se paraliza la producción, cierran las fábricas, quiebran los comercios, desaparecen las pequeñas empresas, se generaliza la desocupación de los trabajadores. Las crisis son una consecuencia inevitable del sistema capitalista. La causa fundamental de las crisis económicas se encuentra en la contradicción entre el carácter social de la producción y la apropiación privada capitalista, bajo las condiciones de la anarquía de la producción. Bajo el Socialismo no puede haber crisis económicas.

Cada cierto tiempo se presenta en Cuba una crisis económica.

Cuando esto ocurre, los negocios comienzan a ponerse malos, los banqueros se niegan a dar más crédito, el comercio se estanca, las fábricas reducen su producción o se cierran, miles y miles de nuevos obreros son lanzados a la desocupación, los almacenes se abarrotan de mercancías que no encuentran compradores, los precios bajan de golpe, los campesinos se arruinan, se cargan de deudas y pierden sus tierras, muchos comerciantes medianos quiebran y liquidan sus negocios, mientras que los usureros, prestamistas y banqueros se aprovechan de la situación para rematar las propiedades hipotecadas y venderlas luego al mejor postor. Como consecuencia de todo esto, el pánico se apodera de la sociedad, el hambre y la miseria de las masas trabajadoras aumenta hasta límites inconcebibles mientras que masas enormes de productos son destruidos, los suicidios se multiplican y la inquietud social se manifiesta agudamente.

Estas crisis económicas de Cuba coinciden, casi por lo regular, con los períodos de crisis económica mundial, (como pasó en 1920-21 y en 1929-35) porque nuestra economía nacional está íntimamente relacionada y dependiente de la economía capitalista mundial.

La crisis económica mundial de 1921 comenzó en Cuba a fines de 1920. En el tiempo precedente a la crisis, Cuba parecía el país más rico de la tierra. El dinero corría en abundancia. Los bancos prestaban cualquier cantidad, por grande que fuese, a los hacendados y a los colonos. El azúcar llegó a cotizarse a mediados de mayo de 1920

hasta 22½ centavos la libra en el mercado de Nueva York. Los centrales azucareros y las colonias se vendían a las compañías formadas por capitalistas extranjeros a precios fantásticos. En las provincias de Oriente y Camagüey, sobre todo, se destruían sembrados, se talaban bosques, se expulsaba violentamente a los campesinos de sus tierras para sembrar cañas e instalar nuevos centrales modernos. Los comerciantes y los especuladores levantaban fortunas fabulosas en pocas semanas, vendiendo los artículos a precios exorbitantes. Era la época que todos recordamos con el nombre de "la danza de los millones".

En mayo de 1920 parecía que la prosperidad no se iba a acabar nunca. Pero en septiembre estas ilusiones se habían esfumado. Los Bancos se negaron a dar nuevos créditos. El volumen general del comercio cayó violentamente en unas pocas semanas. El precio del azúcar descendió hasta 7 centavos a principios de octubre y a mediados de diciembre ya había llegado a 3¾ centavos. El dinero pareció haberse esfumado. Los bancos no tenían billetes suficientes para pagar a sus depositantes y el Gobierno decretó la Moratoria de pagos. Muchos propietarios se arruinaron. Las fábricas restringieron su producción y se desarrolló violentamente la crisis económica en todas las ramas del comercio y de la producción.

Como consecuencia de esta crisis económica quebraron y se disolvieron el Banco Nacional de Cuba y los otros Bancos importantes que se habían fundado aquí, dejando el campo libre para el monopolio de los Bancos extranjeros más poderosos: National City, Chase National y Royal Bank. Muchos Hacendados y Colonos que habían contraído con los Bancos deudas que no podían pagar con los nuevos precios del azúcar, entregaron a éstos la propiedad de sus centrales y colonias. De este modo los capitalistas extranjeros lograron el predominio absoluto en la industria azucarera que, en 1920, se convirtió en la casi única fuente de riqueza nacional acentuando el carácter monocultor de la economía cubana.

Luego vino un nuevo período de florecimiento relativo, de la prosperidad. Pero ya en 1927 el azúcar llegó a venderse a 2½ centavos la libra. El gobierno decretó entonces la primera restricción de la zafra, disminuyendo la producción hasta 4 millones 500 mil toneladas. En 1929 el Gobierno autorizó la molienda mayor de la historia de Cuba para en el próximo año de 1930 entrar de lleno en la crisis con una

restricción drástica que llegó, en 1932, a 2.700.000, en tanto que el precio del azúcar con restricciones y todo bajó al punto mínimo de todas las épocas, hasta 0.57 centavos la libra.

En 1929 se inició, con el "crack" bancario de Estados Unidos, la crisis económica mundial más profunda que ha sufrido el capitalismo.

En 1930 esta crisis alcanzó a Cuba con una fuerza particular debido a la crisis que venía sufriendo la industria azucarera desde 1926 y que condujo a la política de restricción de las zafras azucareras.

Como un índice de la marcha de la crisis económica de 1930 a 1935 puede darse el dato de que el comercio general de importación y exportación ascendió, en 1929, a 488 millones de pesos; en 1930 bajó bruscamente 161 millones de pesos quedando reducido a 327 millones de pesos y en 1933 llegó a su punto mínimo con 126 millones o lo que es lo mismo, ¡362 millones menos que en 1929!

La producción azucarera pasó de 5 millones de toneladas en 1929 a menos de 2 millones de toneladas en 1933.

En las industrias ligeras de consumo interno la producción sufrió un colapso parecido. Numerosas fábricas de zapatos que se habían desarrollado en diferentes lugares de la Isla entre 1923 y 1929, cerraron sus puertas y la producción de calzado volvió a la forma manufacturera primitiva, a base de la explotación de los aprendices y de todos los miembros de la familia en los llamados "chinchales". Muchos talleres de tabaco se desbandaron y en su lugar surgieron los numerosos vendedores de tabacos de a kilo.

Esta crisis provocó una miseria nunca vista en Cuba. La desocupación de los trabajadores alcanzó cifras aterradoras calculándose que en 1933 por lo menos 500 mil obreros se encontraban permanentemente sin trabajo. Aún entre los mismos profesionales, médicos, abogados, ingenieros, farmacéuticos, etc., la falta de trabajo se acentuó pasando muchos de ellos a ocupar empleos que nada tenían que ver con su especialidad.

Los salarios y los sueldos bajaron a límites extremos.

Era tanta la miseria que cientos de miles de trabajadores del campo y la ciudad tuvieron que limitarse a comer harina de maíz y viandas, mientras que en diversos lugares del mundo se quemaban millones de toneladas de trigo, se destruían las cosechas y se cerraban las fábricas. Los obreros y campesinos de Cuba se encontraron con la pa-

radójica situación de que no podían comer trigo, ni carne, ni arroz, ni usar zapatos, ni cambiar sus trajes, porque en el mundo se habían PRODUCIDO demasiado AZUCAR, DEMASIADO TRIGO, DEMASIADOS TRAJES, DEMASIADOS ZAPATOS, para la capacidad relativa de consumo que permite el capitalismo. Tal es el efecto de la crisis de sobre-producción en el régimen capitalista.

Muchos pequeños propietarios, colonos y campesinos, al no poder pagar sus hipotecas, perdieron sus casas, sus colonias y sus tierras. Unas cuantas fábricas de jabón, velas, fideos, refrescos, etc., existentes en diversas poblaciones del interior de la Isla desaparecieron definitivamente, dejando el campo libre a las pocas empresas fuertes que hoy están ligadas a los capitalistas extranjeros. Millares de familias no pudieron pagar los alquileres y muchas se vieron obligadas a refugiarse en las cabañas de los barrios de "Llega y Pon", "Las Yaguas", etc., que surgieron y se extendieron en los alrededores de todas las poblaciones de alguna importancia. Como un índice de la desesperación y el desequilibrio mental creado por la crisis puede señalarse el hecho de que en 1930 hubo 1232 suicidios, 1217 en 1931 y 1004 en 1932.

Esta crisis no sólo provocó una gran miseria en las masas, sino que, además, dió origen a un potente y prolongado movimiento huelguístico. En 1929 se iniciaron las primeras huelgas en la Habana, Manzanillo y algunas otras poblaciones. En 1930 las huelgas se extendieron a otras industrias y a nuevas poblaciones. En 1931 las huelgas se combinaron con potentes luchas y demostraciones de masas de los desocupados que, en algunos lugares, adquirieron características de extrema violencia. Los sindicatos surgían por donde quiera y en 1932 el movimiento huelguístico y organizativo alcanzó a los obreros de las industrias fundamentales: transporte urbano, azucareros, puertos, etc., teniendo su culminación en la famosa huelga general de agosto de 1933 que fué el factor fundamental para determinar la caída de la tiranía machadista. Además de los obreros entraron en la lucha activa los estudiantes, los intelectuales y profesionales y considerables masas campesinas. Entre los estudiantes, profesionales e intelectuales, la lucha tomó la forma concreta de oposición a Machado y al sistema político imperante y de una creciente conciencia nacional anti-imperialista.

En 1933 la crisis mundial pasó de su forma más aguda a una depresión económica de tipo especial, durante la cual la situación económica mejoró, pero sin que se produjera un nuevo período de prosperidad que permitiera alcanzar los niveles de producción anteriores a 1929.

En Cuba, durante todos estos años de la depresión económica, la producción azucarera se ha mantenido sujeta, bajo el régimen de la restricción oficial, oscilando entre 2½ y 3 millones de toneladas de azúcar a un precio entre 1.50 y 2 centavos.

La guerra comenzada en 1939 ha producido una cierta reanimación de la economía mundial debido a la gigantesca producción de material bélico que se consume sin fines reproductivos. Como que los países totalitarios (Alemania, Italia y Japón) reorganizaron su economía con vistas a la guerra mundial por lo menos desde fines de 1936 los síntomas de reanimación económica se manifestaron primero en ellos, mientras que la prolongación de la guerra está agotando rápidamente sus reservas y provocando una quiebra estruendosa de toda su economía. En Cuba, sin embargo, por sus condiciones particulares, por su atraso industrial y por su propia posición geográfica, la producción no ha logrado más que una expansión muy relativa, desigual e inestable. En la industria azucarera tenemos que, por ejemplo, la zafra de 1941-42 llegó a los cuatro millones de toneladas, mientras que la de 1942-43, se redujo a menos de tres millones. En la minería en cambio la producción y exportación ha crecido considerablemente, así como el cultivo del arroz, la fabricación de aceite de maní, etc.

A consecuencia de estas crisis y de la depresión económica siguiente, la desocupación se ha hecho endémica. Miles de obreros de todas las industrias y oficios han pasado a convertirse en desocupados permanentes que cada día tienen menos esperanzas de conseguir empleo y que, empujados por la miseria, recurren al "clandestinaje industrial", a la producción manufacturera de los "chinchales", a los comercios miserables del café de a "kilo", etc. Aún hoy, a pesar de la reanimación económica producida por la guerra, hay miles de jóvenes que arriban a la mayoría de edad sin oportunidad ni esperanzas de encontrar trabajo en alguna fábrica.

Estas crisis periódicas manifiestan, cada vez con mayor intensi-

dad, que las fuerzas productivas de la sociedad moderna son capaces de producir infinitamente más que ahora solamente con que se eliminen las trabas que supone el sistema capitalista. Por ejemplo, las fuerzas productivas de la industria azucarera, esto es, los obreros azucareros, los técnicos y empleados, las tierras y los centrales podrían hoy inmediatamente elevar la producción a cinco o seis millones de toneladas de azúcar, además de otros sub-productos que pudieran extraerse de la caña. Esto no puede hacerse porque, como veremos después, la capacidad de consumo de azúcar está ahora limitada por la existencia de la apropiación privada y por la explotación de la clase obrera, es decir, por las relaciones de producción basadas en el capitalismo. Esto demuestra que las relaciones de producción en que se basa el capitalismo constituyen ya un obstáculo para el desarrollo de la producción y que, por tanto, deben ser sustituidas por nuevas relaciones de producción más acordes con la capacidad de producción alcanzada por la sociedad.

Estas crisis periódicas, además, agudizan todas las contradicciones de clases dentro del sistema capitalista; empujan a la clase obrera a la lucha contra los efectos de las crisis y la llevan a chocar con los fundamentos mismos del régimen; conmueven a todas las clases oprimidas por el capitalismo, a los campesinos, a los empleados, a los artesanos, a las capas medias de las ciudades cuyas condiciones de vida son empeoradas violentamente. Las crisis empujan objetivamente a las masas hacia la convicción de que sólo sustituyendo el régimen capitalista pueden encontrar salida a su situación miserable.

¿Cuáles son las causas de estas crisis que de tiempo en tiempo quebrantan toda la economía cubana?

Algunos pretenden explicar estas crisis económicas como un efecto del monocultivo, como una consecuencia de las variaciones que los Estados Unidos imponen en la tarifa arancelaria azucarera.

Es evidente que el monocultivo imperante en nuestra economía es un factor que hace más graves y catastróficas las crisis que de tiempo en tiempo nos azotan y que las variaciones en las tarifas arancelarias azucareras en los Estados Unidos son capaces de provocar serios trastornos en el desenvolvimiento económico de Cuba. Es más, esto podría ser causa de crisis particulares en la industria azucarera cubana, con sus naturales repercusiones en toda la economía nacional.

Pero es claro, asimismo, que esos factores no pueden ser la causa de crisis como las de 1920 y 1930, porque, como hemos visto, éstas alcanzaron a todos los países capitalistas sin excepción, lo mismo a los más fuertes que a los más débiles, lo mismo a los que padecen el monocultivo que a los que cultivan y exportan toda clase de productos, lo mismo a los altamente industrializados que a los puramente agrarios. La crisis que nos alcanzó a nosotros en 1930 comenzó en los Estados Unidos en 1929 con un "crack" bancario que sacudió al mundo hasta sus cimientos. Los Estados Unidos no son un país de monocultivo, ni dependen de las tarifas arancelarias de un mercado para sus enormes exportaciones. Allí, a pesar de eso, la crisis se presentó con extrema violencia: quebraron muchos bancos, millares de campesinos se arruinaron, más de 15 millones de obreros, empleados y profesionales quedaron sin trabajo, las huelgas se extendieron, los veteranos de la Primera Guerra Mundial rodearon el Capitolio, etc.

Si las crisis se presentan al mismo tiempo y con características y efectos similares en países de monocultivo y en países de gran desarrollo y variedad industrial, es claro que sus causas no pueden ser explicadas teniendo en cuenta principalmente el monocultivo del azúcar y las relaciones de dicho producto con el mercado de Nueva York.

Algunos que se titulan economistas serios han tratado de explicar las crisis diciendo que se deben al "sub-consumo" y que, puesto que los capitalistas sufren también de las crisis, deben tomar el acuerdo de aumentar los salarios para evitarlas.

Ya vimos, sin embargo, como la crisis de 1920 se presentó precisamente en la época de los millones, cuando se estaban pagando los salarios más altos de toda la historia de Cuba. Los salarios altos de 1920 no pudieron evitar las crisis porque la teoría del "sub-consumo" es falsa porque, como explicaremos detalladamente más adelante, las crisis surgen por la contradicción entre la capacidad limitada de consumo de las masas bajo el capitalismo y la tendencia a desarrollar ilimitadamente la producción. Las crisis capitalistas son pues, crisis provocadas por el exceso de producción (claro que sólo con relación al limitado poder adquisitivo del pueblo).

Estas son crisis de sobre-producción que se manifiestan en el hecho de que, en determinado momento, hay más mercancías producidas de las que la sociedad puede adquirir con el limitado poder de compra

que la apropiación privada capitalista permite a las masas. Son paradójicas crisis de abundancia en que se da el contrasentido de que las masas no pueden comprar azúcar, café o zapatos, porque hay "demasiado" azúcar, "demasiado" café y "demasiados" zapatos.

Estas crisis son inherentes al Régimen Capitalista, son una consecuencia inevitable del desarrollo de sus contradicciones internas y han venido produciéndose en todos los países capitalistas periódicamente, desde hace un siglo, cada diez años más o menos.

Estas crisis no han podido evitarse desde hace un siglo porque para evitarlas haría falta eliminar el sistema capitalista puesto que sus causas resultan del funcionamiento mismo del capitalismo, de sus contradicciones fundamentales.

¿Cuáles son, pues, las causas directas de estas crisis, dentro del capitalismo?

Antes de entrar a considerar el funcionamiento de las causas directas de las crisis económicas, digamos algunas palabras sobre algunas características básicas del capitalismo que son la clave para entender la razón e inevitabilidad de las crisis dentro de este sistema de producción.

La anarquía de la producción es una característica general del capitalismo. Esto es, bajo el sistema capitalista no se produce de acuerdo con un plan general trazado con vistas a las necesidades de la colectividad, sino que los capitalistas producen por su cuenta con vista a sus particulares intereses, a su ambición de obtener ganancias. Cuando un capitalista o un grupo de capitalistas producen algo no les importa si la sociedad necesita eso, si es dañoso o beneficioso para la salud, etc. Lo único que a ellos les importa es la ganancia que puede producir. Aún en los casos en que una industria o una rama de la producción es sometida a control —como pasa en la industria azucarera desde que se iniciaron las restricciones— este control no supone la eliminación de la anarquía de la producción general ni la elaboración de un plan de producción con vistas a las necesidades de la sociedad.

En el capitalismo existe, por otra parte, una aguda contradicción entre el carácter social de la producción y la apropiación privada capitalista.

Explicaremos esto.

En el sistema capitalista ya el trabajo no es individual como en la época en que predominaba la producción artesanal, sino que es social, es decir, que en cada fábrica trabajan coordinadamente, dependiendo unos de otros, decenas, cientos y hasta miles de obreros. Cada artículo lleva el trabajo combinado y colectivo de muchos obreros de tal modo que nadie puede decir que hizo tal artículo o el otro. Nadie puede decir, por ejemplo: Yo hice esta cajetilla de cigarros, porque en su producción han intervenido colectivamente decenas de obreros. Y no sólo el trabajo de unos obreros depende del trabajo de otros dentro de las fábricas, sino que unas fábricas dependen de otras para su producción, es decir, que la producción es el resultado del esfuerzo combinado de los obreros de muchas fábricas e industrias. Por esto se dice que en el capitalismo la *producción tiene carácter social*, no individual.

Por otro lado, los productos creados socialmente pasan a ser propiedad privada, individual, del capitalista, es decir, la apropiación es individual, capitalista, en abierta CONTRADICCIÓN con la producción que es social, colectiva.

El funcionamiento de estos factores, bajo las condiciones de la anarquía de la producción en su conjunto es la causa fundamental de las crisis económicas, puesto que el desarrollo de la contradicción entre el carácter social de la producción y el carácter privado de la apropiación llega, inevitablemente, a un punto en que la masa de mercancías producida no tiene quien la compre, es demasiado grande para el poder de consumo de la sociedad.

Veamos un poco más detalladamente como ocurre esto.

Cada capitalista, en su afán de obtener mayores ganancias, de aumentar su capital, se ve impulsado a producir más y más y siempre más. Para producir más cada capitalista emplea mejores máquinas que hacen más productivo el trabajo de cada obrero y combina mejor la actividad de cada trabajador acentuando el carácter social de la producción. Cada capitalista aumenta la producción por su propia cuenta, sin tomar en consideración lo que producen los otros capitalistas, luchando por desalojarlos del mercado, a base de presentar sus productos mejor o más baratos para el comerciante o para el consumidor.

A la vez que con el mejoramiento de los sistemas de producción cada obrero puede producir mucho más en el mismo tiempo,

los capitalistas le siguen pagando, en conjunto, los salarios que simplemente les permiten mantener su existencia, es decir que sólo les permiten consumir un volumen X de mercancías que siempre es mucho menos que el total de lo que la sociedad puede producir.

Así se crea la contradicción de la que surgen las crisis económicas periódicas que sufre la sociedad capitalista.

Allí donde no existe capitalismo no existen estas crisis económicas. Tal ocurre en la Unión Soviética donde existe un régimen socialista. Allí no hay crisis económicas; allí los comercios no quiebran, ni los campesinos se arruinan, ni las fábricas se destruyen, ni los obreros quedan desocupados. Allí, por el contrario, la producción aumenta de año en año, se levantan nuevas fábricas y se perfecciona el cultivo de los campos al mismo tiempo que el poder adquisitivo de toda la sociedad aumenta también incesantemente. Bajo el sistema socialista que impera en la Unión Soviética no puede haber crisis porque allí no existe ninguna contradicción entre el carácter de la producción y la apropiación. Allí la producción es social y la apropiación es también social, puesto que no hay capitalistas privados que se apropien el trabajo de los obreros. **Allá no hay anarquía de la producción. Todo se produce de acuerdo con planes perfectamente elaborados con vistas a las necesidades de toda la Sociedad.** Por eso, bajo el sistema socialista, no puede haber las crisis económicas que sufrimos aquí.

CAPITULO VI

La Explotación de los Campesinos

La supervivencia del latifundismo es uno de los males más graves de Cuba y la base de la opresión y explotación de los campesinos. La tierra está concentrada en pocas manos. Miles de campesinos carecen de tierras. Miles más son desalojados. Los campesinos son víctimas de las altas rentas, censos, acaparadores y refaccionistas. La mitad de la población de Cuba vive en el campo. Los campesinos son pobres, medios y ricos. Todos marcharán con los obreros por la Liberación Nacional. En la lucha por el Socialismo los campesinos pobres se unen a los obreros, los medios vacilan y la mayoría de los ricos se pasa a los capitalistas. Sólo bajo el Socialismo los campesinos pueden ser realmente libres.

Una de las características más inmediatamente negativas del régimen social existente en Cuba es la supervivencia del latifundismo, de los censos y de otras formas semi-feudales de explotación de la gran masa campesina.

No tenemos a la mano, ni sabemos que la haya, alguna estadística completa sobre la distribución de la tierra, que se ha ido concentrando ostensiblemente en las manos de un puñado de latifundistas omnipotentes, mientras que la inmensa mayoría de los campesinos son arrojados a la miseria.

“Una de las más sorprendentes características del desenvolvimiento económico cubano —se dice en la página 54 de “Problemas de la Nueva Cuba”— ha sido la creciente concentración de tierras cultivables en las manos de las grandes compañías y la correspondiente disminución del número de sitios de labor. Hoy en día Cuba tiene unos 38,105 sitios de labor (un tercio de los cuales tienen menos de dos caballerías de tierra) en comparación con los 60,711 que había en 1899”.

En el Censo de 1931 se publican algunos datos que, a pesar de lo incompletos que son y de los cambios que necesariamente tienen que haberse producido en estos turbulentos diez años, pueden servir como un índice de la situación actual en cuanto a la distribución de las tierras se refiere.

Este Censo de 1931 registra la existencia de 87,396 fincas con un área total de 853,370 caballerías.

De estas 87,396 fincas aparecen 62,512, es decir, poco más o menos el 71%, con una extensión de menos de una hasta 3 caballerías, a las que, calculando por lo alto se les puede suponer un área total de 92 mil caballerías lo que vendría a resultar el 11% de la tierra comprendida en las fincas.

Las fincas con extensión de tres a diez caballerías suman, en dicho Censo, 16,403, o sea, aproximadamente, el 18% del total anotado, con un área probable de unas 72 mil caballerías que representan el 9% de la tierra.

En el Censo aparecen 7,409 fincas de 10 a 50 caballerías que representan tan solo el 8% de todas las fincas, pero que, según mis cálculos, tiene el 22% de toda la tierra, o sea, unas 183 mil caballerías.

Y, por último, aparecen 1,072 fincas de más de 50 caballerías con unas 494 mil caballerías en total, lo que representa el 58% de toda la tierra.

Según se puede ver por estos datos, las fincas pequeñas que constituyen el 71% de las fincas no tienen más que el 11% de la tierra, mientras que mil setenta fincas, solo un poco más del 1% de las fincas, tienen el 58% de toda la tierra. El verdadero número de grandes propietarios es mucho menor que la cifra de 1,070, puesto que no son más que un puñado los propietarios que, como la antigua Cuban Cane, controlan hasta 23 mil caballerías, o que, como la United Fruit Company poseen hasta 8,431 caballerías. Por estos datos podemos ver que mucho más de la mitad del área total de las fincas de Cuba está concentrada en las manos de un puñado de propietarios omnipotentes, mientras que millares de campesinos vagan por los caminos o piden limosnas en las ciudades después de haber sido desalojados de sus predios.

Una gran parte de la tierra en manos de los latifundistas se mantiene sin cultivar, en reserva, como un medio de, con la escasez de tierras dedicadas a la producción, encarecer las rentas y asegurar la existencia de mano de obra barata, puesto que si ellos repartieran esas tierras o las dieran en arriendos razonables, muchos semi-proletarios se convertirían en campesinos independientes y los salarios subirían.

Veamos algunos datos que ponen de relieve este carácter improductivo, negativo para el desarrollo de la economía cubana, del latifundismo.

Según los datos publicados en el *Anuario Azucarero* de 1940, los Centrales, entre tierras propias y arrendadas controlan 227,804 caballerías. En la zafra de 1940 se cortaron las cañas de 47,456 caballerías, aunque según cálculos, los centrales dedican normalmente unas 70 mil caballerías de tierras al cultivo de la caña. Esto quiere decir que más de 157 mil caballerías de tierras en manos de los centrales, que estos no necesitan para caña, no son cultivadas en ninguna forma.

En la ganadería el fenómeno se reproduce.

Según datos oficiales de la Secretaría de Agricultura, en 1938 había en Cuba unas 248 mil caballerías de tierra dedicadas a ganado. En esa misma época había un total de 5.754,579 cabezas de las distintas clases de ganado correspondiendo unos 24 animales por caballería, mientras que, en Uruguay, por ejemplo, la proporción es de 160 animales por caballería. Aun considerando que, con el sistema de cría extensiva que aquí se realiza, cada caballería no admitiera más que el doble de ganado que alimenta ahora, de todos modos resultaría que los grandes ganaderos tienen bajo su monopolio 124 mil caballerías de tierra que no explotan.

Los latifundistas y las compañías mantienen y extienden por todos los medios este monopolio criminal de las tierras productivas.

Cuando desean extender algún cultivo o cría lo hacen siempre a costa de la tierra ya mejorada por los trabajos de los campesinos. Cientos y miles de arrendatarios, aparceros y precaristas son violentamente desalojados, cada año, de las tierras que laboran. Aun más, los mismos campesinos propietarios que, debido a su atraso e incultura, no saben cumplir todos los preceptos formales de los códigos para justificar su derecho, son despojados de sus tierras a través de toda suerte de medios inicuos, de juicios simulados, de expedientes posesorios promovidos al amparo de la "Orden 62" dictada por el Gobierno Interventor Americano, etc. Por los mismos medios tortuosos y violentos se están desalojando a miles de campesinos, ocupantes de tierras del Estado que pasan al monopolio de los latifundistas y compañías.

De este modo se realizó la gran expansión azucarera de 1918-24. En las provincias de Camagüey y Oriente, sobre todo, los campesinos fueron violentamente despojados de sus tierras, desalojados en masa, incendiadas sus casas, destrozadas sus cosechas, cercados y perseguidos por el cañaveral, echados al camino sin techo y sin pan.

De esta misma forma se está extendiendo la ganadería desde 1935. Miles y miles de campesinos, dedicados a los más variados cultivos, han sido desalojados de sus predios y sustituidos por reses, tan sólo porque éstas representan una ganancia mayor para los grandes señores, para los latifundistas y las compañías.

No es cierto, como aseguran los latifundistas y sus defensores, que si ellos desalojan a los campesinos lo hacen porque no les pagan las rentas o porque estos no trabajan. Lo cierto es que desalojan lo mismo a los precaristas que a los arrendatarios o partidarios y, cuando pueden, hasta los propietarios, porque lo que ellos quieren es aprovechar esas tierras desmontadas, limpias y en cultivo, para echar ganado. Fincas donde han vivido hasta 300 familias que libran el sustento con su trabajo productivo, son desalojadas bárbaramente, arrasando las siembras, destrozando las casas, dejando morir, por falta de agua, las aves de corral, sembrando el terror, la desolación, la ruina. En lugar de las familias "van a vivir" a esas tierras 600 ó mil reses, atendidas por tres o cuatro empleados, mientras cientos de mujeres, niños, viejos y jóvenes van al camino, a refugiarse en la casa del pariente o a pedir limosnas por las ciudades y a dormir en los portales.

Aun en las épocas más "normales", el campesino, arrendatario o aparcerero, está amenazado por la terminación del contrato o por la decisión del latifundista de hacer uso de su derecho de echar al campesino de su tierra. Esto es un freno terrible a la expansión y mejoramiento de la producción agraria, pues ningún arrendatario o aparcerero se atreve a sembrar árboles frutales o emprender obras de regadío ó de otro carácter en una finca que sabe que tiene que abandonar el día que menos lo espera, dejando en ella, para otros, el fruto de sus trabajos y de sus inversiones.

El monopolio latifundista de la tierra es, pues, la base principal, aunque no única, de la explotación y opresión del campesinado y,

además, la causa del retraso terrible de la agricultura y uno de los obstáculos principales al desarrollo de una fuerte industria nacional.

El monopolio permite a los latifundistas el cobrar a los campesinos rentas superiores a las que estos pueden pagar. Cuando los contratos son de aparcería los campesinos se ven obligados a entregar la mitad o la tercera parte de lo que producen. En ocasiones le venden la tierra al campesino sujeta a censo, esto es, que eternamente y aun cuando la tierra se considera suya, está obligado a pagar una renta o contribución al propietario.

Aprovechándose de la miseria en que viven la mayoría de los campesinos y de la falta de crédito oficial, los acaparadores y refaccionistas les facilitan víveres y semillas a precios escandalosamente altos y les compran sus productos a precios míserables. A veces los acaparadores compran por adelantado toda la cosecha aprovechando el momento en que los precios del mercado son más bajos, cosecha que después los consumidores se ven obligados a pagar a precios exorbitantes.

Esta es la situación que confronta la enorme masa campesina, cuya importancia puede juzgarse por el hecho conocido de que la mitad más o menos de la población total de Cuba, vive en las regiones rurales.

Es claro que una gran parte de la población rural está formada por los obreros agrícolas que, aunque trabajan la tierra y son explotados por las compañías y los latifundistas, no deben ser considerados bajo la denominación general de campesinos.

Pero, aún así, los campesinos constituyen un altísimo tanto por ciento de la población cubana.

Los campesinos, aunque son explotados y oprimidos de la manera que hemos visto, no constituyen, como los obreros, una clase social homogénea en la que todos sus componentes están situados en el mismo plano.

Los obreros, aun cuando algunos reciben salarios muy altos y otros los reciben muy bajos, están todos en la misma relación con respecto a la producción. Todos pueden ser descriptos diciendo que son individuos que no tienen ningún derecho de propiedad sobre los medios fundamentales de producción con los cuales trabajan, tales

como máquinas, fábricas, ferrocarriles, etc., y que diariamente tienen que vender al capitalista su fuerza de trabajo a cambio de un salario o sueldo.

Entre los campesinos no pasa lo mismo.

Es verdad que todos trabajan la tierra como productores independientes de mercancías, —esto es, no sujetos a salario o sueldo—, pero entre ellos hay grandes diferencias en sus relaciones con la producción, es decir, en las relaciones que guardan con respecto a los medios fundamentales de producción y a las otras clases sociales.

A poco que nos fijemos veremos que entre los campesinos hay, en realidad, tres clases: los campesinos pobres, los campesinos medios y los campesinos ricos que se distinguen perfectamente entre sí aunque a veces no resulte fácil determinar a cuál de las tres clases pertenece un campesino dado.

Entre los campesinos encontramos muchos que una parte del año trabajan como asalariados en las cosechas de tabaco, de piña, de tomate, o en la zafra azucarera, etc., y en el resto cultivan un pequeño terreno que la mayoría de las veces es arrendado o a partido. Estos que forman parte de la clase de campesinos pobres, son llamados semi-proletarios, casi proletarios. Entre los campesinos pobres hay muchos que no trabajan nunca como asalariados, sino que se pasan todo el año trabajando de sol a sol en su sitio, que cuando no es pequeño está mal situado o su tierra es poco productiva. Las condiciones de vida de estos campesinos pobres son, muchas veces, peores que las de los obreros asalariados, pues viven aislados, fuera de los beneficios de la civilización, morando en bohíos anti-higiénicos, acosados por enfermedades endémicas como el parasitismo intestinal y el paludismo, y por los insectos más molestos: mosquitos, moscas, jejenes, guasasas. Para poder ganar su sustento y el de sus familias tienen que trabajar sin descanso con un arado y una guataca por todo instrumento, exactamente en las mismas condiciones en que se trabajaba hace 300 años. Los precios que los acaparadores y almacenistas les pagan por sus productos son ruinosos aunque estos, a su vez, se los cobren carísimos a los consumidores.

Los latifundistas y grandes terratenientes los explotan cobrándoles rentas super-elevadas por las tierras u obligándolos a entregarles la

mitad o la tercera parte de la cosecha cuando el contrato es de aparcería. Los refaccionistas, que casi siempre son a la vez acaparadores, les cobran precios abusivos por los víveres y por las semillas que les facilitan a crédito sobre la cosecha. En la ganadería el campesino pobre es explotado por el gran criador, que le compra a precios bajísimos el ganado joven —que la ley prohíbe matar y que el pequeño ganadero no puede mantener hasta su completo desarrollo— para, después de engordado, venderlo a los más altos precios del mercado.

Los campesinos pobres, cualquiera que sea el cultivo o la crianza a que se dediquen, viven al día, sin poder guardar ni un centavo como reserva para “cualquier novedad”. De este modo, en los años de malas cosechas o de precios particularmente bajos, se llenan de deudas, hipotecan y pierden la finquita si son propietarios o quedan para siempre sometidos a un solo acaparador usurero.

Los campesinos medios, a base de un trabajo agotador de toda la familia, logran crearse una mejor situación que los campesinos pobres.

Cuando disponen de terrenos de cierta extensión o se dedican a cultivos como el del tabaco y el café, utilizan ocasionalmente el trabajo de uno que otro asalariado. Como los campesinos pobres, sufren la explotación de los latifundistas, de los acaparadores y usureros y en las épocas de crisis un gran número de ellos se arruinan, pierden sus tierras y se transforman en campesinos pobres o en asalariados agrícolas. Algunos en cambio, cada vez menos y cada vez con menor frecuencia, logran hacer buenos negocios en las épocas de prosperidad y se convierten en campesinos ricos.

Los campesinos ricos hacen—por lo regular—todos los trabajos mediante obreros asalariados, limitándose ellos a vigilar y dirigir las labores y vender las cosechas. Estos viven en casas mejores que el resto de los guajiros, con mayores comodidades y a veces, en las poblaciones, fuera del campo. Algunos mandan sus hijos a las escuelas superiores y a la Universidad.

Los campesinos ricos, aunque sienten la opresión de los latifundistas y de las compañías y, en menor escala que los pobres, de los grandes acaparadores, explotan al mismo tiempo a los obreros agrí-

colas y, a veces, hasta a los campesinos pobres. Entre los caficultores, por ejemplo, los campesinos ricos, que pueden instalar descascadoras, se convierten en sub-acaparadores que explotan a los cosecheros más pobres en alianza con los grandes almacenistas y comerciantes.

Vemos, pues, que, a pesar de las diferencias en su situación, todos los campesinos, pobres, medios y ricos son víctimas, en mayor o menor medida, de las grandes compañías, de los latifundistas y de los grandes acaparadores.

Todos los campesinos, por eso mismo, están interesados, aunque en diferente medida, en terminar con el latifundismo, con los censos y con todas las formas semif feudales de explotación que todavía subsisten en la economía agraria y en romper el poderío de las grandes compañías y de los acaparadores.

De este modo, los campesinos pobres, medios y ricos son, por su misma situación, los principales aliados de los obreros en la lucha por la liberación nacional cuya forma actual es la de cooperación a la guerra de las Naciones Unidas contra el Eje Roma-Berlín-Tokio.

La clase obrera, en la lucha que libra junto con las otras clases por ayudar a derrotar al Eje hitlerista y completar la liberación nacional, y en su lucha por abrirle paso al Socialismo, apoya enérgicamente la lucha de los campesinos contra los desalojos, contra los abusos de las compañías y de los acaparadores, y sostiene la demanda de la nacionalización y el reparto de las tierras como una de las principales medidas para terminar con el latifundismo y con las formas feudales de explotación; para facilitar el desarrollo y perfeccionamiento de la agricultura y, con el incremento del mercado interior, el desenvolvimiento de una industria nacional fuerte.

Sólo los obreros apoyan resueltamente estas demandas de los campesinos.

Las otras clases sociales y sus representantes políticos combaten estas demandas o vacilan ante ellas.

Los latifundistas son enemigos declarados de estas reivindicaciones puesto que su satisfacción representa el fin de sus privilegios.

No hay dudas de que algunas de las medidas reclamadas por el campesinado y firmemente apoyadas por la clase obrera, tales como

la paralización de los desalojos, la rebaja de las rentas, la disminución del costo de los fletes y la destrucción del latifundismo mediante la nacionalización y el reparto de la tierra, favorecerían a la burguesía puesto que facilitarían el desarrollo capitalista de la agricultura y aumentarían considerablemente el poder de consumo de las masas campesinas, dando base, con un fuerte mercado interno, al desarrollo de la producción industrial.

Sin embargo, ni la burguesía ni sus representantes políticos se atreven a apoyar decididamente ninguna de esas medidas. Aún ante problemas como el de los desalojos, cuya prohibición emergente es una medida que las necesidades de la guerra contra el Eje hacen indispensable y urgente, vacilan sin atreverse a colocar resueltamente al lado de los campesinos.

En vez de la nacionalización y del reparto de la tierra, la burguesía y sus representantes políticos proponen toda clase de reformas agrarias y de planes de colonización, cuidándose de no disgustar a los latifundistas y de no rozar siquiera los principios sagrados de la propiedad privada, con lo cual resulta que todas las reformas y planes agrarios dejan las cosas en el mismo estado.

Esto hace que los campesinos, sobre todo los campesinos pobres, vean, cada día más objetivamente, que sólo los obreros son capaces de defender sus reivindicaciones, que sólo los obreros con su unidad y su formidable organización, con su valentía y su firmeza, son capaces de luchar y de dirigirlos en la lucha, por sus más sentidas demandas. De este modo, la clase obrera y los campesinos se alían en su lucha común contra los latifundistas, las grandes compañías y los acaparadores y almacenistas, lucha que desemboca en la gran aspiración de completar la Liberación Nacional.

La paralización de los desalojos, el crédito agrícola oficial, las rebajas de los fletes, la nacionalización y el reparto de la tierra, etc., son medidas que mejoran inmediatamente la situación de los campesinos pero que no le brindan una solución definitiva a sus problemas.

La realización de todas estas medidas, que constituyen una parte fundamental del programa de la Liberación Nacional, abre las posibilidades del desarrollo capitalista en la Agricultura y crea la base del desenvolvimiento de nuevas contradicciones en el campo.

Las crisis inherentes al sistema capitalista, y que ya hemos analizado, se manifiestan también en la producción agraria perjudicando sobre todo a los campesinos de escasos medios económicos. La finquita pequeña *no puede*, aun contando con crédito oficial, aplicar la maquinaria y métodos agrícolas modernos en la misma medida que las grandes fincas. Esto conduce a que después del reparto de tierra y de la destrucción del latifundismo aún sea posible la ruina de los campesinos pobres, su esclavización a la pequeña parcela.

Sólo el Socialismo, eliminando para siempre las crisis económicas, puede brindarle al campesinado una efectiva solución de todas sus dificultades.

Bajo el régimen socialista, los campesinos, poseedores a perpetuidad de la tierra socializada, se liberan de la esclavitud de la pequeña parcela y de los métodos atrasados de cultivo mediante el sistema de las cooperativas agrícolas que les permite emplear las mejores y más modernas máquinas y métodos de cultivo.

El sistema socialista, eliminando todos los grupos explotadores, libera al campesino de los acaparadores y refaccionistas que hoy le oprimen y explotan.

En la lucha por el Socialismo los campesinos pobres se unen estrechamente con los obreros, puesto que, por sus condiciones de vida, se identifican plenamente con la causa de la sustitución del capitalismo; los campesinos medios vacilan o se mantienen neutrales, puesto que se hallan en el punto intermedio entre la burguesía y el proletariado y los campesinos ricos, en su mayoría, se pasan al lado de las grandes compañías y de los capitalistas, porque sólo bajo el capitalismo pueden conservar su posición de explotadores de los obreros agrícolas y de los campesinos pobres.

Constituyendo los campesinos una masa considerable de nuestro país, su actitud es de la mayor importancia para el éxito o el fracaso de la lucha por la derrota de Hitler, por garantizar el derecho a nuestro libre progreso, por la consecución del Socialismo.

Si los obreros saben apoyar sus reivindicaciones y demostrarles en los hechos que ellos son sus más decididos defensores, los campesinos tendrán confianza en la clase obrera y en sus dirigentes y organizaciones, considerándolos como la vanguardia de su lucha. Si los

campesinos saben marchar unidos con los obreros harán posible que Cuba contribuya más eficazmente a la derrota de Hitler, que logremos más rápidamente la plena Liberación Nacional y que el Socialismo se implante con el mínimo de desórdenes y quebrantos.

CAPITULO VII

La Discriminación de los Negros

Los negros son discriminados social, económica, política y culturalmente. La discriminación racial es preconizada por los capitalistas y latifundistas como un medio de dividir al pueblo y mantenerlo en la esclavitud. Los blancos pobres que tienen prejuicios raciales, son gente engañada. La teoría de la inferioridad de los negros es falsa. La quinta-columna utiliza hoy los prejuicios raciales para provocar y dividir, para obstaculizar el esfuerzo de guerra. La lucha contra la discriminación racial es una necesidad de la guerra. Para eliminar la discriminación racial hay que sancionar sus manifestaciones y desarrollar una amplia labor educacional. Bajo el régimen socialista no hay discriminación racial.

Dentro del régimen capitalista existente en Cuba los negros, que forman aproximadamente una tercera parte de la población total del país, son discriminados; esto es, son diferenciados y tratados como pertenecientes a una raza inferior.

Los negros, que en su casi totalidad son pobres, obreros, campesinos y profesionales, sufren, como los trabajadores en general, la explotación de los capitalistas, de los latifundistas, de los usureros, etc. Pero, además de esta explotación común a todos los pobres, los negros, por su condición de tales, sufren un trato particular, discriminatorio en lo social, económico, político y cultural.

Los negros son sistemáticamente excluidos de ciertas posibilidades económicas y de los empleos mejor retribuidos y más fáciles, mientras que se les destina a los trabajos más rudos y peor pagados.

No hay—o casi no hay—negros empleados como administradores, gerentes, contadores, oficinistas, etc., en las oficinas de los Centrales Azucareros, Bancos, Ferrocarriles, Minas, etc., mientras que forman la mayoría de los cortadores de caña, peones, conserjes y otros oficios igualmente penosos y retribuidos con salarios o sueldos miserables.

No hay negros empleados como dependientes de ropas, telas, joyerías y otros comercios por el estilo, ni como conductores de tranvías o trenes de pasaje, mientras que forman la mayoría de los vendedores de periódicos, limpiabotas, retranqueros, etc., donde se gana muy poco y se trabaja excesivamente.

Los negros han sido excluidos sistemáticamente de las formas

principales de propiedad. En Cuba el cese de la esclavitud no condujo a la creación del siervo al que se le entregaba la tierra, sino que los esclavos pasaron, casi sin transición, a la situación de asalariados, de proletarios.

Los pocos negros que aún dentro de la esclavitud fueron capaces, una vez libertos, de adquirir alguna pequeña propiedad, de desarrollarse como artesanos independientes, se vieron despojados de sus propiedades en cada oportunidad propicia: "Conspiración de la Escalera", insurrección del 95 y ya, bajo la República, la revolución de 1912.

En el Censo de 1931 se encuentran algunos datos interesantes sobre la propiedad rural en relación con el color.

En este Censo podemos ver que el 74% del número total de fincas existentes en Cuba en ese tiempo estaba en posesión de blancos cubanos; el 14.3% de las fincas estaban en posesión de blancos extranjeros y solamente 9,769 fincas, o sea, el 11.2% del total en posesión de negros cubanos. Esto ya de por sí refleja el grado de falta de cualquier forma de posesión (pues en esa cifra van incluidos propietarios, arrendatarios, partidarios y administradores) de los negros. Pero aún el cuadro es más objetivo si se considera el valor de las tierras, pues, en este orden tenemos que las fincas en posesión de blancos cubanos representan el 70.77% del valor total; las fincas en posesión de blancos extranjeros tenían el 21.1% del valor total y las fincas en posesión de los negros cubanos representaban tan solo el 7.79% del valor total.

Todo esto, y muchos ejemplos más que pudieran ponerse, es la expresión práctica de la discriminación de los negros en el terreno económico.

Algunas gentes, empeñadas en negar la existencia de la discriminación racial de los negros, han pretendido explicar estos hechos como simples casualidades o como una cuestión de competencia personal.

Pero esto es una explicación ridícula y totalmente falsa.

El hecho de que no haya negros empleados en las Oficinas de los Bancos ni de los Centrales, ni en los comercios de ropas, ni en los cargos de conductores de tranvías no se debe a ninguna casualidad ni tampoco a que no haya negros suficientemente competentes para desempeñar esas labores.

Hay miles de negros que poseen títulos universitarios y certificados de capacidad de diversas escuelas, demostrativos de su competencia para desempeñar cualquier cargo en cualquier oficina importante. Para despachar telas, contar botones o marcar los níqueles de los pasajeros de los tranvías no hace falta ninguna habilidad especial que no puedan adquirir los negros.

La verdad es que si no hay ningún negro ocupando tales empleos ello se debe, enteramente, a una política establecida, consciente y organizada de los propietarios, de los capitalistas, de los que dan y quitan los empleados, que excluyen sistemáticamente a los negros de los altos puestos y de ciertos oficios mejor pagados, empujándolos a la desocupación, al artesanado, a los trabajos más pesados que casi siempre son los retribuidos con salarios más bajos.

Los negros son, asimismo, excluidos de los altos cargos públicos y de los puestos de dirección política de la Nación.

En cualquier Ministerio se encontrará, por regla general que los negros no aparecen entre los altos funcionarios, mientras que los puestos de conserjes, barrenderos, etc., parecen destinados casi exclusivamente para ellos.

Asimismo aparecen casi excluidos del cuerpo diplomático, de los Tribunales de Justicia y de los mandos militares superiores, donde, aún con la renovación efectuada desde el 4 de septiembre de 1933, los negros no pudieron lograr una consideración basada en la igualdad, en la apreciación del mérito, independientemente del color y de la raza.

En los Ejecutivos Nacionales de los Partidos Políticos, en la Cámara y en el Senado, debido al carácter electivo de estos cuerpos que obliga a sus componentes a atraerse a la enorme masa de votantes negros, se encuentran incluidos algunos, pero en cantidad insignificante.

Entre los Ejecutivos Nacionales de los partidos el ejemplo más destacado es el del Partido Revolucionario Cubano, pues entre los 25 miembros de su Comité Ejecutivo solo hay uno que pueda considerarse negro.

En el Senado sólo hay dos senadores que se consideran negros de un total de 54, y en la Cámara de Representantes, de un total de 138, tenemos 11 representantes negros pertenecientes todos a los partidos de la Coalición Socialista Democrática, pues entre los 32 represen-

tantes que componen la Oposición no hay ninguno que se considere negro o mulato.

La discriminación racial de los negros, que se ejerce en el campo económico y en el campo político, se manifiesta también en cuanto a la Cultura.

En los Centros Superiores de Enseñanza, además de los naturales obstáculos que supone la falta de medios económicos, los negros encuentran dificultades, creadas deliberadamente por directores y claustros, para ingresar, cursar los estudios y resultar aprobados. En los principales Colegios privados la exclusión de los negros es total porque simplemente se les niega la entrada con cualquier pretexto.

Incluso en actividades de simple cultura física como el Deporte, los negros son consciente y sistemáticamente excluidos, a pesar de los brillantes records alcanzados por aquellos que han tenido una oportunidad cualquiera de competir.

En lo social la discriminación racial es más aguda y promueve, casi siempre, mayor escándalo y protesta, porque es donde la voluntad discriminativa se manifiesta más ostensiblemente.

La existencia de barrios y propietarios que no les alquilan casas a los negros, la negativa de algunos hoteleros de darles alojamiento; las barberías, cafés y otros establecimientos públicos donde no se les da servicio; los paseos separados para negros y blancos en algunos parques; la "prohibición" de que los negros y los blancos puedan divertirse juntos en bailes y actos sociales; la condenación de la opinión pública a los matrimonios entre personas blancas y negras; la existencia de sociedades separadas de blancos y de negros, son expresiones irritantes de la discriminación de los negros en el orden social.

Estas formas sociales de la discriminación racial al alcanzar a las clases medias y pobres de la población, que las aplican bajo el engaño y la coacción moral, crea las situaciones más ridículas e incomprensibles. Los que trabajan juntos, los que sufren la misma explotación, luchan en la misma organización o militan en el mismo partido y defienden conjuntamente un mismo programa o un mismo candidato, no pueden, sin embargo, divertirse en el mismo baile, ni entrar en la misma sociedad, ni pasear por el mismo lugar del parque y, a veces, ni pelarse en la misma barbería.

Algunas de estas formas sociales de discriminación han sido ela-

boradas de tal manera que son justificadas y defendidas por los mismos que las sufren. Esto es, por ejemplo, el caso de las sociedades separadas de blancos y negros.

La discriminación racial de los negros desarrolló la costumbre de impedir la entrada de negros en las sociedades constituidas por los blancos.

Frente a este hecho los negros se vieron obligados a crear sus propias sociedades, pero instituyeron el mismo principio de los discriminadores, esto es, hicieron sociedades para negros solamente, excluyendo de ellas aun a los blancos progresistas, enemigos de la discriminación racial.

Parecería, con esto, que los negros pagaban a una discriminación con otra. Pero esto es sólo aparente. En realidad lo único que hicieron al adoptar el mismo principio de los discriminadores, fué aceptar su validez, justificar su propia discriminación y ayudar a mantenerla, estorbando su desenmascaramiento.

Las Sociedades, clubs, etc., constituídos por los negros son más pobres, peor dotados y más difícilmente mantenidos que los otros. Pertenecer a ellos no es ningún privilegio ni ninguna ventaja. Y cuando se les prohíbe a los blancos en general el derecho de pertenecer a ellos, lo único que hacen los negros es consagrar, justificar y eternizar su segregación y separación empujando a las masas medias blancas en brazos de los discriminadores.

La lucha sostenida intensamente contra todos los prejuicios raciales en los últimos diez años comienza a cristalizar, socialmente, en la creación de instituciones de instrucción y recreo formadas por blancos y negros indistintamente; por hombres y mujeres progresistas, libres de prejuicios raciales, enemigos de la inferiorización racial en todas sus formas.

La discriminación de los negros no es ejercida por todos los blancos, sino por los latifundistas, los grandes comerciantes y los capitalistas más reaccionarios, es decir, por los sectores más agresivos de las clases explotadoras.

Hay muchos negros que no comprenden esto y presentan la cuestión como una oposición de la raza blanca y de la raza negra; como que todos los blancos han urdido una conspiración para perseguir y discriminar a los negros.

Tal modo de entender o presentar la cuestión es absolutamente falso.

La discriminación de los negros no es un propósito de todos los blancos, ni el resultado de una oposición entre la raza blanca y la raza negra, sino que es una política proyectada y realizada por ciertas capas de las clases dominantes cubanas.

Es verdad que muchos blancos pobres, especialmente de la clase media, manifiestan tener los mayores y peores prejuicios contra los negros; pero la mayoría de los trabajadores blancos y no pocos representantes de los intelectuales progresivos se manifiestan contra la discriminación del negro y la combaten. Los blancos pobres que discriminan a los negros no lo hacen porque tengan ningún interés fundamental en ello, sino porque son víctimas del engaño, de los prejuicios, de la propaganda anti-negra que durante siglos han mantenido—y mantienen—los EXPLOTADORES.

Estos blancos pobres discriminadores son los que creen de verdad en todas las historias inventadas contra los negros, son los que creen sinceramente en las teorías falsas de que los negros son, por naturaleza, malos e inferiores.

Son, por tanto, gentes engañadas.

Los capitalistas y los latifundistas y, desde luego sus ideólogos, sus intelectuales, profesores y periodistas, son los que conscientemente cultivan los prejuicios raciales, crean los odios de razas, inventan y propagan las absurdas teorías de la superioridad racial, envenenando, con todo ello, la conciencia pública.

Las CLASES EXPLOTADORAS de la sociedad actual, los capitalistas y los latifundistas, al mantener y avivar los prejuicios raciales, al mantener la discriminación del negro, persiguen tres objetivos fundamentales, que son:

Primero: Dividir a los obreros y al pueblo cubano en blancos y negros, sembrar la desconfianza y la oposición entre estos grupos, a fin de dificultar su lucha conjunta contra el régimen social que oprime y explota a todo el pueblo, a todos los trabajadores, tanto blancos como negros.

Segundo: Crear abundantes trabajadores de reserva para los trabajos más rudos y peor pagados, sobre la base de la depreciación del trabajo negro.

Tercero: Conquistarse una parte atrasada de los explotados blancos para luchar contra el movimiento revolucionario bajo el falso pretexto de defender a los “blancos” de un “peligro” negro que no existe.

Proponiéndose esos tres objetivos principales, las capas más reaccionarias de las CLASES EXPLOTADORAS cubanas mantienen hoy la discriminación racial que heredaron, históricamente del régimen esclavista.

Dentro del régimen esclavista, para justificar la opresión y la explotación infame de los negros fué preciso presentarlos ante los ojos del mundo como seres inferiores, incapaces de progresar por sí mismos, incapaces de vivir en libertad.

La esclavitud partía del principio de que los negros y los blancos NO eran iguales ni podían ser iguales; que los blancos constituían una “raza superior”, que tenía derecho—por su superioridad—a gobernar, apalear, matar y explotar a los negros que constituían una “raza inferior”.

Este principio de los ESCLAVISTAS, se transmitía a todas las clases de la antigua sociedad, aún a los mismos esclavos, a los que se trataba de convencer que debían aceptar con resignación sus males porque ellos eran inferiores. De este modo, los esclavistas lograban que los blancos pobres participaran del menosprecio a los negros, que defendieran y justificaran la esclavitud, y que vivieran convencidos de que tenían que unirse a sus propios opresores, como miembros de una raza dominadora, para luchar contra los intentos de los negros de lograr su libertad.

Las clases dominantes de la Sociedad Esclavista no sólo crearon un régimen de opresión física para los negros, sino que crearon también un sistema de teorías para justificar tal opresión. Del sistema de teorías creado por los esclavistas, se derivan los prejuicios actuales que mantienen la discriminación racial.

Cuando se abolió la esclavitud, los esclavistas eran ya capitalistas, latifundistas y grandes comerciantes, mientras que los antiguos esclavos, se transformaron en obreros y artesanos que siguieron explotados; es decir, aunque se abolió la esclavitud, la EXPLOTACION siguió existiendo, bajo formas diferentes.

Para defender y justificar las nuevas formas de explotación los

capitalistas, los latifundistas y grandes comerciantes, crearon un nuevo sistema de teorías, pero mantuvieron y desarrollaron también algunas de las teorías del régimen esclavista anterior.

Una de estas viejas teorías, mantenida y desarrollada bajo el sistema capitalista, es la teoría de que el negro constituye una "raza inferior". Pudiera decirse que los capitalistas, los latifundistas y los grandes comerciantes no sólo heredaron las riquezas de los esclavistas, de los cuales son descendientes, sino también heredaron las teorías y las propagandas antinegras que desarrollaron bajo las nuevas condiciones sociales del régimen capitalista.

Con el fin de mantener y avivar la discriminación racial bajo las nuevas condiciones, las clases dominantes no sólo han desarrollado la teoría de la inferioridad del negro, sino también del "peligro" negro. Una vieja idea del período esclavista, la idea de "blanquear" a Cuba, de aumentar la población blanca, para aplastar cualquier "levantamiento de los negros esclavos", es hoy propagada, pero con el pretexto de contrarrestar el que Cuba vaya a convertirse en una nación negra.

Determinados factores internacionales han favorecido el desarrollo de esta política discriminadora contra los negros que las actuales clases explotadoras cubanas heredaron de sus antecesores esclavistas.

Uno de estos factores internacionales que han favorecido el desarrollo de la discriminación en nuestra tierra, se deriva de nuestras relaciones económicas y políticas con los Estados Unidos, donde las prácticas discriminativas han alcanzado las formas extremas y repugnantes de los linchamientos y persecuciones en el Sur. Los intereses económicos norteamericanos establecidos en Cuba (Bancos, Ferrocarriles, Aviación, Centrales, etc.), casi sin excepción han sido mantenedores y propagandistas de la discriminación racial.

Otro elemento internacional que ha favorecido el mantenimiento y desarrollo de la discriminación de los negros en Cuba, ha sido el proceso histórico mundial del capitalismo y de su transformación en imperialismo. El capitalismo triunfó y se desarrolló hasta llegar a su etapa imperialista, primeramente, en países de población blanca, lo que, unido al hecho de que el imperialismo es un REGIMEN SOCIAL que se basa en la explotación y en la opresión de los trabajadores de los pueblos de escaso desarrollo económico—que son redu-

cidos a la situación de colonias y semi-colonias—y que la aplastante mayoría de los países de menor desarrollo económico está habitada por pueblos no blancos, ha determinado que los capitalistas de todo el mundo, para sostener y justificar el imperialismo, para combatir la REVOLUCION, para engañar y adormecer a sus propios pueblos, avivan y sostienen los prejuicios raciales, sobre la falsa teoría de las razas superiores y razas inferiores.

El ascenso de Hitler al poder en Alemania, llevando un programa racial desarrollado hasta el absurdo, programa racial que sus agentes agitaron en todo el mundo, sirvió también para avivar los sentimientos anti-negros de los reaccionarios, de los fascistas y falangistas de Cuba. En las teorías hitlerianas contra los judíos y sobre la raza aria germánica, encontraron los anti-negros de aquí nuevos argumentos de todas clases, para justificar y desarrollar su labor criminal de discriminación. Aún hoy, cuando nuestro país le ha declarado la guerra a ese monstruo de maldad y de crimen que es Hitler, los fascistas y reaccionarios mantienen sus monstruosas teorías raciales.

Estos factores internacionales han fortalecido la práctica de la discriminación racial, han ayudado a mantener como cosa cierta la absurda teoría de que los negros constituyen una raza inferior.

Esta teoría es absolutamente falsa: los negros no constituyen una raza inferior, ni constituyen una raza superior, porque en el género humano no hay razas superiores ni razas inferiores.

El mismo concepto de razas, en la época actual, es muy confuso, muy poco científico, porque en todo el mundo, durante siglos, se han estado fundiendo hombres de todas las razas y de todas las regiones, para constituir las naciones modernas, los pueblos de ahora. Y esto mismo ha pasado en Cuba donde es absolutamente imposible hablar de "raza blanca" y de "raza negra", como de grupos sanguíneos desiguales.

Muchas personas encuentran una justificación de la teoría de la inferioridad racial del negro, en el hecho de que se encuentran muchos negros ignorantes, llenos de prejuicios y de supersticiones, que viven en condiciones miserables. Pero esto, naturalmente, no confirma, en absoluto, la teoría de la inferioridad racial, puesto que la ignorancia de esos núcleos, que lo mismo pueden ser blancos o amarillos, no

depende de una determinada constitución racial, sino de la opresión de que son víctimas, de la herencia de los siglos de la esclavitud; de los miserables salarios que les pagan y de las pocas oportunidades de encontrar trabajo; de las dificultades para adquirir la cultura necesaria, en un régimen que se lo niega todo.

Los negros, a pesar de toda esa opresión, a pesar de que han carecido de medios adecuados de instrucción y de que han estado obligados a trabajar rudamente han producido hombres y artistas de verdadero talento. Podrían citarse cientos de nombres de negros cubanos que se han destacado en el arte como Brindis de Salas, Manzano, en la política como Juan Gualberto Gómez, Estenoz, Ivonet, en las profesiones como los cientos de negros que se han graduado, año tras año, pese a todos los obstáculos, en la Universidad. Si los negros, a pesar de todas las dificultades, han podido destacarse en las tareas del arte y de la inteligencia, esto demuestra que no son inferiores a los hombres de cualquier otro color, en cuanto a capacidad para aprender y para expresarse.

A través de las conspiraciones y guerras por la independencia de nuestra patria, en el siglo pasado, muchos negros se destacaron como patriotas, como jefes militares y como estadistas de primera calidad. La contribución de la sangre de los negros, a la independencia de Cuba, está fuera de toda medida, pues fueron los negros los que formaron el contingente principal de los Ejércitos Libertadores. Mariana Grajales, Guillermón Moncada, Antonio Maceo, son símbolos nacionales del patriotismo y del valor insuperables. Esto demuestra que los negros no son inferiores en cuanto a valor, patriotismo y calidad moral.

A pesar de la exclusión sistemática de los negros de ciertos oficios, muchos trabajadores negros se distinguen en su habilidad para realizar tareas complicadas difíciles, en su resistencia para los trabajos más pesados. Esto demuestra que los negros no son inferiores en cuanto a la habilidad, competencia y fortaleza para el trabajo manual y las artes mecánicas.

Una gran parte de la población cubana está compuesta por mestizos de blancos y negros en grado diverso, pues mientras algunos tienen tales características que son considerados blancos en el trato diario, otros son tan oscuros que son considerados negros puros. Estos mestizos se distinguen en las artes, en las ciencias, en el trabajo,

en la política. Esto demuestra claramente que a pesar de todas las barreras artificiales creadas por la sociedad, a pesar de todos los prejuicios, de todas las discriminaciones y de todas las persecuciones, el amor surge entre blancos y negros, y da sus frutos, sin que esto constituya ningún perjuicio ni para la nacionalidad cubana, ni para la moralidad social.

Todos estos ejemplos prácticos y sencillos demuestran lo que ya está probado científicamente; que no hay razas humanas superiores ni inferiores, que no hay razas humanas delimitadas; que todos los hombres, de todos los colores y de todas las religiones tienen las mismas posibilidades de progresar y de hacer progresar a la humanidad.

La necesidad actual de unir a nuestro pueblo en un sólido bloque para cooperar en la guerra que la humanidad libra contra los esclavizadores fascistas del Eje Roma-Berlín-Tokío y para sostener las libertades y medidas que permitan nuestro pleno desenvolvimiento nacional, requiere la eliminación de todas las formas aún subsistentes de discriminación racial.

La guerra contra el hitlerismo y contra todo lo que éste representa como régimen de opresión brutal y de violenta persecución racial, ha hecho ya, a pesar de todo lo que aún subsiste, abandonar muchos prejuicios raciales y abrir un trato diferente a las masas negras.

Mientras más pronto se eliminen todos los prejuicios raciales, mientras más pronto se elimine la discriminación económica, social, política y cultural de los negros, tanto más rápidamente se logrará constituir una sólida y persistente UNIDAD NACIONAL para hacer frente a los problemas de la guerra y de la post-guerra; para hacer frente a los problemas de la reorganización de la economía cubana sobre la base de nuestro progreso nacional.

Precisamente por esto la quinta-columna se esfuerza en mantener y avivar los prejuicios raciales a través de toda clase de propagandas y provocaciones criminales. La excitación por la exclusión y discriminación del negro se ha convertido en un arma de los falangistas, de los agentes degenerados de Hitler, de los quinta-columnistas encubiertos que operan en nuestro país.

La lucha contra la discriminación racial no es, pues, simplemente

un problema de justicia, ni es tampoco una demanda exclusiva de los negros o de los comunistas. La lucha contra la discriminación racial es una necesidad de la guerra contra el Eje, es una tarea de todos los patriotas, de toda la nación.

Unión Revolucionaria Comunista y la clase obrera han estado a la vanguardia de esta lucha.

La clase obrera y Unión Revolucionaria Comunista han combatido todas las formas de discriminación racial, se han esforzado por destruir —mediante la educación y la propaganda— todos los falsos conceptos, teorías y prejuicios sobre los cuales se basa.

Para eliminar la discriminación racial hace falta en primer lugar prohibir legislativamente y penar todas sus manifestaciones en lo social, económico y cultural; en segundo lugar hace falta desarrollar una política positiva de incorporación del negro a todas las actividades económicas, políticas y culturales, sin ninguna limitación y, en tercer lugar, es necesario desenvolver una amplia labor educativa entre todos los sectores sociales, para desarraigar los falsos prejuicios y las falsas teorías sobre inferioridades y superioridades supuestas de las razas.

Tales puntos de vista fueron defendidos en la Asamblea Constituyente de 1940 por Unión Revolucionaria Comunista y en gran parte incorporados en el texto de la Constitución aunque todavía esperan el complemento legal que les dé vigencia real y práctica.

Hoy, como una parte de nuestra lucha contra el Eje y contra la quinta-columna, como una parte de nuestra lucha por la Unidad Nacional, los trabajadores hemos de luchar por la Ley Complementaria contra la discriminación racial.

Bajo el sistema socialista no hay ni puede haber discriminación racial. Como que bajo el Socialismo no hay explotadores, no hay nadie interesado en inferiorizar o disminuir a cualquier grupo social para facilitar su explotación. Cuando se suprime la división de la sociedad en clases antagónicas, cuando se suprimen todas las formas de explotación del hombre por el hombre, de una clase por otra, de una nación por otra nación, reina la fraternidad y la hermandad entre los hombres de todas las razas y naciones como lo demuestra elocuentemente el ejemplo de la Unión Soviética.

CAPITULO VIII

El Estado

El Estado no ha existido siempre. Surgió de la división de la sociedad en clases antagónicas, como un poder de las clases dominantes. El Estado colonial esclavista fué sustituido por un Estado basado en la independencia nacional y en los principios democráticos, aunque dominado por los capitalistas. El predominio capitalista estorba el pleno funcionamiento de los principios democráticos que son burlados en beneficio de los capitalistas. Hace falta instituir un Estado Nacional libre del predominio capitalista y de la amenaza de los fascistas quinta-columnistas. El desenvolvimiento de la Sociedad conduce al Estado Socialista.

El estado es el conjunto de instituciones, organismos y reglas —Cortes, Parlamentos, Reyes, Gobernadores, Generales, Presidentes, judicatura, funcionarios, etc.— a través de los cuales las clases dominantes en cada sociedad mantienen su régimen y lo defienden de las clases opuestas.

El Estado no ha existido siempre en la sociedad humana.

Surgió, por primera vez en la historia, cuando los pueblos antiguos se dividieron en clases, cuando se introdujeron, con la esclavitud, los principios de la explotación de unos hombres por otros. Al generalizarse la esclavitud, para evitar que amos y esclavos se consumieran a sí mismos y a la sociedad en la lucha nacida de sus intereses antagónicos, se hizo necesario un poder encargado de reprimir los conflictos entre estas clases, de mantener en obediencia a los esclavos y, al mismo tiempo, asegurar la unidad entre los amos y sujetar a cada uno a ciertas reglas indispensables para el desarrollo del sistema esclavista en su conjunto.

Así nació el Estado con sus atributos esenciales de coacción: una fuerza pública armada, diferente y separada de la generalidad de la población, es decir, Ejército y Policía, y sus accesorios indispensables, cárceles, tribunales, etc.

De este modo, el Estado, surgido de la sociedad, aparece como un poder colocado por encima de la sociedad, que se le impone, que la ordena y la modifica.

Como que nace a consecuencia de la división en clases de la Socie-

dad, el Estado es, por regla general, un instrumento de la clase más poderosa, de la que domina económicamente. Esto no obstante, excepcionalmente hay períodos en que las clases en lucha están tan equilibradas que el Estado adquiere cierta independencia momentánea respecto a las principales clases antagónicas.

En cada etapa histórica de la humanidad las clases revolucionarias han centrado su lucha en apoderarse del Estado y sustituirlo por un nuevo Estado que refleje sus intereses y que imponga a la sociedad las reglas y modalidades más convenientes para el desarrollo de la nueva clase convertida en dominante.

Así pasó con la revolución burguesa. La burguesía, en su lucha contra el feudalismo, se apoderó del Estado monárquico feudal y lo destruyó sustituyéndolo, generalmente, por el nuevo Estado parlamentario burgués, que impuso a la sociedad los principios más acordes con el desarrollo del capitalismo.

Así pasó también con la revolución socialista. El proletariado ruso, en su lucha contra el capitalismo, se apoderó del Estado zarista imperialista y lo destruyó sustituyéndolo por el nuevo Estado soviético socialista, que impuso a la sociedad los principios más acordes con el desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas generales, que ha hecho innecesaria la explotación del hombre por el hombre y ha impuesto la necesidad del socialismo.

Estos son los conceptos generales sobre el Estado.

En la vida práctica, en el desarrollo histórico y político de cada pueblo, estos conceptos generales se presentan en multitud de variaciones, de formas diferentes, de originales combinaciones.

Miremos, por ejemplo, el desarrollo del Estado en Cuba.

Ya hemos visto, en nuestro primer capítulo, que en Cuba no hubo Estado hasta que llegaron los españoles, se impusieron por la fuerza y constituyeron una sociedad dividida en clases: de una parte, los indios y, más tarde, los negros, oprimidos, explotados, esclavizados y, de la otra parte, los conquistadores, amos y explotadores.

Mientras los indios vivieron bajo el sistema del comunismo primitivo, sin explotación de unos por otros, sin divisiones de clases, no necesitaron Estado. El Estado lo necesitaron los españoles como un instrumento para garantizar el "orden", esto es, para garantizar el

mantenimiento de la esclavitud de los indios y los negros y la sumisión de la Isla al poder de España.

Los indios, para resolver sus cuestiones domésticas, para organizar la distribución de los productos, dirigir las siembras y presidir las asambleas, fiestas y ritos religiosos no necesitaban de ningún poder extraño a ellos ni situado por encima de ellos. Para su modo de vivir sin clases antagónicas, les bastaba con un cacique que, designado por todos, no basaba su poder en ningún grupo especial de hombres armados, ni en la existencia de cárceles, sino, simplemente en su autoridad moral, en el respeto de todos, en la justicia de sus decisiones.

Los españoles, en cambio, para organizar un sistema general que asegurara a los amos el disfrute de los esclavos, para evitar y reprimir cualquier sublevación de éstos ante el trabajo brutal, la opresión y los malos tratos; para evitar que los amos ambiciosos y desalmados destruyeran con sus excesos el normal funcionamiento del régimen esclavista, para defenderse de las incursiones de las fuerzas de otros Estados y para hostilizar las posiciones de éstos, necesitaban crear un poder por encima de amos y esclavos, extraño a la sociedad.

El poder que crearon los españoles fué el Estado colonial esclavista que era un instrumento de los conquistadores y de la monarquía española contra los esclavos, destinados a retener al país ocupado, defendiendo esta ocupación de los ataques de los Estados rivales y utilizándola como base para operaciones militares contra ellos a fin de conquistar nuevos territorios.

Este Estado colonial esclavista no se basaba, ni podía basarse, en principios de autoridad moral ni de justicia, ni podía permitir tampoco el que toda la población, amos y esclavos, estuviese igualmente armada. El Estado colonial esclavista, para ejercer su autoridad, necesitaba disponer de una fuerza armada especial, de ejército y policía, de cárceles y tribunales, para someter a la sociedad a sus dictados y disposiciones y reprimir a los esclavos.

Este Estado representaba los intereses de los esclavistas asentados en territorio de Cuba y, además, el de toda la clase de que ellos provenían y en cuyo poder se apoyaban: la nobleza monárquica y feudal española. Por esto mismo, en Cuba, el Estado no surgió como un poder propio, autónomo, exclusivo de los amos de esclavos

establecidos en Cuba, sino como una extensión del Estado feudal monárquico español, del que dependía enteramente y al cual estaba sometido, como una parte al todo.

En los primeros tiempos de la dominación española en Cuba el Estado se oponía casi solamente a los esclavos, puesto que los intereses de los conquistadores y de los colonizadores, estaban plenamente identificados con los intereses feudales y comerciales dominantes en España.

Pero en el transcurso de décadas, la sociedad cubana se fué modificando. Las fuerzas económicas generales se desarrollaron considerablemente, aunque basadas en el trabajo esclavo. Los descendientes de los primeros colonizadores, asentados definitivamente en el país, comenzaron a desarrollar la ganadería y el cultivo de la caña de azúcar y tabaco. Las ciudades crecieron, estableciéndose en ellas inmigrantes pobres, artesanos, impresores, armeros, panaderos, etc. Algunos esclavos habían alcanzado la libertad y se dedicaban a distintos oficios artesanales como sastres, carpinteros, etc.

De todos estos profundos cambios económicos, surgieron en Cuba intereses sociales diferentes que los que dominaron al principio, originándose nuevos conflictos y contradicciones.

Los intereses de los propietarios descendientes de los colonizadores, asentados definitivamente en el territorio cubano, entraron en conflicto con el monopolio feudal y con los intereses de los grandes comerciantes de España y Cuba que estorbaban ya la expansión de las fuerzas económicas de la Isla.

El surgimiento de este conflicto se reflejó en seguida en el Estado, que ya no representaba los intereses de todos los amos y propietarios por igual, sino que pasó a ser, principalmente, el Estado de los amos y grandes propietarios españoles y de la Monarquía feudal.

El Estado colonialista aparecía entonces más divorciado de la Sociedad cubana. Ya no aparecía solamente como contrario a los esclavos, sino también a los propios amos criollos.

Lo que al principio era muy natural: que los Reyes de España decidiesen sobre todos los asuntos de aquí, comenzó a verse como contrario al "interés de Cuba".

Ya no solamente había amos y esclavos, sino que además había cubanos.

Los cubanos no tenían ningún derecho.

El Rey de España nombraba a los Gobernadores y altos funcionarios.

Los oficiales en su casi totalidad, la tropa y los empleados públicos eran españoles.

Las leyes y los impuestos que se aplicaban en Cuba eran dictados por los gobernantes españoles sin siquiera oír a los propietarios de aquí.

Legalmente estaba establecido que todos los hombres no eran iguales y que sus derechos eran diferentes. Los nobles tenían derechos que estaban negados a los plebeyos. Los esclavos no tenían ningún derecho reconocido; estaban sometidos a la voluntad de los amos.

En la protesta contra tal estado de opresión fué forjándose, lentamente, la nacionalidad cubana.

Los amos criollos comprendieron que para sacudir el yugo del Estado colonial esclavista hacía falta el concurso de los esclavos y proclamaron el fin de la esclavitud, lanzándose a la lucha armada contra el poder del Estado colonial, luchando por destruirlo y crear un nuevo Estado independiente, representante de la nueva fisonomía de la sociedad cubana.

La guerra contra el Estado colonialista abarca decenas de años.

En esos largos años de cruentas y heroicas luchas se fueron fundiendo, hasta el grado en que lo están hoy, los elementos de la Nación Cubana y se fueron forjando sus héroes y libertadores simbolizados por Martí y Maceo que encarnaron y expusieron los ideales de las generaciones que lucharon por la liberación nacional en el siglo pasado. En esos largos años de sacrificios, de abnegaciones, de heroicidades formidables, los cubanos: propietarios, esclavos, libertos, campesinos y artesanos, en lucha común, acumularon suficientes fuerzas para destruir el Estado colonialista y feudal de Cuba, lo que se logró al fin con ayuda de la intervención de las tropas norteamericanas.

Durante la intervención norteamericana, y bajo su tutela, se constituyó un nuevo Estado en Cuba que, a pesar de todas sus limitaciones, representaba un grandísimo paso de avance con relación

al Estado colonialista y feudal destruido por la Revolución.

El nuevo Estado se constituía sobre el principio básico de la independencia nacional, del derecho de los cubanos a gobernarse por sí mismos, a votar sus propias leyes según el concepto de que todos los poderes públicos dimanaban del pueblo.

El proclamar este principio como fundamento del Estado cubano había costado sacrificios y luchas gigantescas y heroicas a generaciones enteras del pueblo y representaba un progreso evidente en el desenvolvimiento y formación de nuestra nacionalidad, a pesar de que estaba limitado en dos aspectos fundamentales:

1º La independencia nacional, bajo el tutelaje establecido en la Enmienda Platt y completado prácticamente a través del dominio económico de los capitalistas extranjeros, no era una independencia completa sino una especie de autonomía concedida hasta cierto límite.

2º Los órganos del nuevo Estado, bajo la influencia del dinero de los ricos, no reflejaban la composición del pueblo cubano y mucho menos de las fuerzas que sostenían la Revolución contra el colonialismo feudal español.

Al constituirse el Congreso, el Poder Ejecutivo, el Poder Judicial, etc., el aparato electoral y administrativo se arregló de tal modo que los que fueron a ocupar los puestos principales eran, en su casi totalidad, propietarios, latifundistas y abogados bajo la influencia de las empresas extranjeras que controlaban las riquezas principales, burlándose en los hechos el principio de que todos los poderes públicos dimanaban del pueblo. El Estado, pues, por su propia composición, resultó un Estado de los ricos, un Estado burgués.

El nuevo Estado se basaba en el principio de que todos los cubanos eran iguales ante la Ley, que la Ley no reconocía ningún tratamiento especial para nadie por razón de haber nacido noble o de haber nacido esclavo. Este también era un progreso muy importante con relación a los principios esclavistas y de castas proclamados por el Estado colonialista y feudal. Pero este principio también estaba limitado por la realidad, puesto que la igualdad ante la Ley se basaba en la desigualdad de la condición social y la fortuna. Aparentemente la Ley es igual para pobres y ricos, pero en la práctica esto significa un privilegio. Pongamos un ejemplo sencillo: la ley prohíbe a todos los ciudadanos—sin hacer ninguna distinción—dormir en

los portales. Está claro que los ricos, con viviendas lujosas, máquinas, chalets, camas cómodas, sillones de extensión y cuanto quieran, no tienen ninguna necesidad de dormir en los portales sucios, mal olientes y duros. Basándose en su situación es muy bueno limitarse a declarar que está prohibido dormir en los portales y en los bancos de los parques, aunque esta "igualdad" consagra la indefensión de los pobres. Además, la igualdad ante la Ley, contrastaba con una política de discriminación racial del negro, impuesta a la sociedad por los ricos, como una herencia del viejo Estado colonial feudal.

El nuevo Estado se basaba en el principio de reconocer a todos los ciudadanos las libertades de prensa, palabra, organización, petición, etc., con sujeción a ciertos preceptos iguales para todos.

Esta fué, después de la independencia, la conquista más trascendental lograda por la Revolución Cubana contra el Estado colonial feudal, a pesar de todas las burlas descaradas de que ha sido objeto, de las limitaciones que tiene a consecuencia del sistema capitalista que impera en Cuba.

El hecho de que el nuevo Estado estuviera dominado por los grupos de propietarios que ya señalamos, ha determinado la burla continuada a todos sus principios en una forma descarada. Esta burla se ha dirigido primero contra los trabajadores. Nosotros sabemos bien cómo, a pesar de que la Constitución de la República garantiza las libertades expresadas de organización, palabra, etc., durante años y años los obreros de los centrales azucareros y de las minas se han visto ferozmente perseguidos y cruelmente reprimidos cada vez que han intentado organizarse para reclamar algún mejoramiento a sus terribles condiciones de vida y de trabajo. Pero en determinadas épocas de nuestra historia no sólo se ha impedido a los trabajadores hacer uso de estos derechos, sino, incluso a los ricos y a los propietarios que no han formado parte del grupo en el poder. Tal sucedió, por ejemplo, en la época de Machado, que culminó todas las burlas y todos los abusos hechos a los principios constitutivos del nuevo Estado cubano.

Aparte de estas burlas de los principios de las libertades, ellas no pueden ser utilizadas igualmente por los pobres y los ricos, por los patronos y por los obreros, aún cuando la Ley les garantice a ambos sectores sociales los mismos derechos.

Tomemos por ejemplo la libertad de prensa. Los patronos y los ricos tienen el derecho de expresar libremente su pensamiento a través de la prensa, pero además tienen el capital suficiente para montar grandes rotativas, para comprar cantidades enormes de papel, para contratar los servicios de las mejores agencias de noticias, para pagar a los periodistas que más brillante y atractivamente sepan hacer la propaganda por sus intereses, etc. Es decir, tienen además del "derecho" los medios materiales indispensables para hacer "uso" del derecho.

Los obreros y los pobres en general tienen también el "mismo" derecho de expresar "libremente" su pensamiento a través de la prensa, pero carecen de capital, no tienen dinero para comprar grandes rotativas, ni para montar empresas periodísticas modernas. Con lo cual resulta que pueden hacer "uso" del derecho tan sólo en la medida limitada y pobre que les permiten sus escasos recursos, cuando tienen la energía y conciencia de clase suficiente para juntarlos. Y lo mismo puede decirse de todas las otras libertades que constituyen el basamento y las conquistas más hermosas de la Revolución cubana de independencia, pero que son mermadas y burladas por la existencia del capitalismo, por la división de la sociedad en clases antagónicas, en explotadores y explotados.

El Gobierno de Machado exageró todas las contradicciones entre los principios establecidos en el Estado que sustituyó al Estado colonialista y la realidad práctica de que el dominio económico de los imperialistas extranjeros y la existencia del capitalismo estorban el cabal cumplimiento de esos principios.

Por esto, el Gobierno de Machado se hizo rápidamente insostenible para la enorme mayoría del pueblo cubano y provocó un nuevo período revolucionario que tuvo sus momentos culminantes en la huelga general de agosto y en el pronunciamiento de los sargentos encabezado por Batista el 4 de septiembre de 1933 y que se cerró con la Asamblea Constituyente de 1940.

En este nuevo período revolucionario el pueblo confirmaba sus aspiraciones de eliminar todos los obstáculos que se opusieran al más cabal cumplimiento de los principios básicos proclamados por la guerra libertadora, esto es: la independencia nacional completa, el ejercicio del poder por el pueblo, la igualdad de todos los cu-

banos, las libertades públicas y la seguridad y el bienestar económico de todos.

A través de una nueva lucha sangrienta, preñada de sacrificios y dolores, el pueblo consiguió derrocar a Machado e introducir algunas importantes modificaciones al Estado cubano.

La más importante de todas estas modificaciones fue la anulación de la Enmienda Platt, formalmente abolida en 1934, quedando con ello reconocida la total independencia de Cuba en el orden jurídico internacional. Esto ha sido, indudablemente, un gran paso en el camino de lograr la completa liberación nacional ahora estorbada solamente por el control económico, que se traduce en predominio político, de los imperialistas extranjeros.

Otra importante modificación ha sido la de incluir específicamente algunos derechos importantes de los trabajadores, que favorecen su relativo mejoramiento económico dentro de los límites estrechos permitidos por la existencia del capitalismo.

Este es el Estado que tenemos hoy en Cuba como producto de las luchas y los sacrificios de todo el pueblo cubano.

Este no es ya el Estado colonial y feudalista que no reconocía ningún derecho a los cubanos, que sostenía la esclavitud y cuyos órganos fundamentales estaban constituidos por los españoles.

Este Estado se basa en el reconocimiento de los derechos de los cubanos, en el reconocimiento de las libertades públicas y en el principio de que sus órganos fundamentales estarán constituidos por cubanos.

Este Estado se basa en los principios democráticos, pero, aunque puede ser influido por el pueblo, sus resortes fundamentales siguen en manos de las clases ricas.

Por eso, aún bajo la Presidencia progresista del General Batista, el Poder Ejecutivo, que no es más que uno de los órganos del Estado, no puede aplicar un plan armónico de medidas en pro de la liberación nacional y del beneficio popular.

El hecho de que los trabajadores y campesinos hayan logrado tener alguna representación en el Congreso y en los Municipios no cambia la composición fundamental de los organismos del Estado y no cambia en lo absoluto la composición de aquellos organismos en que reside el poder estatal de la Sociedad.

Los imperialistas extranjeros y los capitalistas criollos, se han aprovechado de sus grandes capitales, de su predominio económico para presionar al Estado y determinar su política y también para falsear el sentido de la Democracia.

El principio básico de la democracia es que el pueblo determine por su *voto libre* la composición de los diferentes órganos fundamentales del Estado. Los imperialistas y capitalistas falsean este principio a través del infame sistema de la compra-venta del voto, de los chanchullos y violencias electorales de todo género. Mediante estos sistemas ellos se aseguran de que sea elegida para todos los órganos fundamentales, una mayoría capitalista y de defensores de los imperialistas, a la vez que mantienen en sus manos los órganos no elegibles del Estado, que, en ocasiones, son los que juegan el papel más importante.

Con el crecimiento de la conciencia de clase de los trabajadores y de los campesinos, con el desarrollo del sentimiento democrático entre las clases medias urbanas, con el desarrollo de la organización y de la unidad de los obreros, campesinos, profesionales, empleados, artesanos, etc., tales métodos no dan ya los mismos resultados que antes.

Precisamente debido a esto, los capitalistas más reaccionarios y enemigos de la liberación nacional, la burguesía comercial importadora de la Lonja del Comercio, los elementos que se inspiran en el Diario de la Marina y en otras publicaciones anti-cubanas, combaten desesperadamente por apoderarse del Estado y modificar sus principios, echando abajo el sistema de las libertades públicas, de la representación proporcional y del voto universal. Estos elementos, bajo uno u otro nombre, pretenden sustituir el Estado democrático por el Estado fascista. En el Estado fascista los ciudadanos no votan directamente, sino a través de las corporaciones, que aseguran de antemano una mayoría de Banqueros, Capitalistas, Comerciantes y Latifundistas en todos los organismos representativos del Estado. En el Estado fascista se niegan todas las libertades públicas; las organizaciones, sindicatos, etc., quedan sometidos al control del Estado y los obreros son obligados a trabajar en condiciones de verdadera esclavitud. En el Estado fascista toda la industria se somete al control monopolista de los grandes banqueros, reviviéndose insti-

tuciones del mismo tipo de las que bajo el imperio colonial estrangulaban el desarrollo de las fuerzas productivas.

Estos fascistas en su lucha por apoderarse del Estado cubano se han aliado con el nazismo y el franquismo. En Cuba, los falangistas, los reaccionarios fascistas, esperaban tener, como pasó en España, el auxilio de Italia y Alemania, para destruir la república y reinstalar un Estado colonialista, que sometiera al país a esos poderes extranjeros y ahora actúan como quintacolumna activa o potencial.

El Eje nazista ha encendido una guerra mundial por el sometimiento del mundo, por la esclavización de todos los países, por la creación en cada uno de ellos de Estados colonialistas de la peor especie, basados en los más brutales medios de represión y de terror. El nazismo—con la ayuda activa de la quinta columna fascista y falangista de cada país—pretende barrer con todas las libertades públicas para proclamar como principio y base del Estado la superioridad y el dominio de los alemanes sobre los demás pueblos del mundo.

Ante las pretensiones criminales de los fascistas, ante la amenaza del nazismo, las clases populares que defienden la libertad, que aspiran a extender la democracia al campo económico para que pueda aplicarse plenamente al campo político, se levantan vigorosamente contra el fascismo, dispuestas a pelear hasta el fin para que el Estado no caiga en sus manos.

Las clases populares tienen, como tarea histórica inmediata, la de lograr que el Estado cubano, libre de la influencia de los capitalistas extranjeros, dirija la completa liberación de nuestro país. Los organismos de este Estado deben estar integrados por todas las fuerzas auténticamente nacionales: obreros, campesinos, clases medias de las ciudades, burguesía nacional. Debe ser, por primera vez, un Estado representativo de toda la Nación, en el que, naturalmente, formarán mayoría los obreros y los campesinos, puesto que ellos constituyen también la mayoría de la Sociedad.

En el camino de la integración de ese Estado es necesario liquidar el peligro fascista, ayudar a ganar la guerra contra el Eje Roma-Berlín-Tokío, eliminar a los quinta-columnistas hitlerianos y falangistas, defendiendo los progresos que hasta aquí hemos conseguido, evitando un retroceso hacia la época del Estado colonialista,

empeorado con todos los procedimientos feroces de represión del bandidismo nazi de la época presente.

Por eso, en la actualidad, el deber de todas las clases revolucionarias y progresistas de la sociedad consiste en fortalecer el Estado que tenemos, cooperar con Estados Unidos, Inglaterra, la Unión Soviética y China para apresurar la derrota del Eje y librar así a nuestro país del peligro de esclavización. La derrota del Eje fortalecerá en todo el mundo las fuerzas de la libertad y de los principios de la cooperación de las Naciones sobre la base del respeto a su independencia y a su propio progreso económico. Eliminado el peligro nazi y su quinta columna falangista, la marcha hacia la completa liberación y hacia el pleno desenvolvimiento económico, será más fácil.

El logro de la completa liberación de nuestro país, la constitución de un Estado basado en la independencia económica, permitirá un desarrollo no soñado de las fuerzas productivas de la sociedad cubana lo que agudizará más aún la contradicción actual entre las libertades que se prometen y la realidad del predominio de los capitalistas, planteando la necesidad de la transformación socialista de la Sociedad, de la organización del Estado sobre la base de la supresión de la explotación del hombre por el hombre, de hacer que toda la riqueza sea de toda la sociedad, para que, libre del influjo de los intereses privados de los capitalistas, el Estado pueda asegurar, de veras y plenamente, la igualdad de todos los cubanos, la soberanía del pueblo y el pleno ejercicio por todos de las libertades de prensa, palabra, reunión, asociación, creencias religiosas, etc.

CAPITULO IX

La Guerra contra el Eje

Cuba está envuelta en la guerra más gigantesca de la Historia. Esta guerra ha sido provocada por el hitlerismo y los apaciguadores y munichistas. Hay guerras justas y guerras injustas. Las guerras justas son las guerras de liberación, de defensa contra una agresión exterior o contra el intento de esclavización. Las guerras injustas son las guerras que tienen como finalidad la conquista, la opresión o la anexión de otros pueblos o países. Los pueblos apoyan las guerras justas y repudian las guerras injustas. En 1941 Unión Revolucionaria Comunista propuso un programa de movilización nacional por la Victoria. La Liberación Nacional sólo se defiende a través del esfuerzo de guerra contra el Eje. El programa de guerra de Unión Revolucionaria Comunista debe ser defendido con vigor.

Las guerras internacionales son uno de los fenómenos más imponentes y destructivos del desenvolvimiento de la sociedad humana, fenómeno que requiere particular atención ahora, cuando nos encontramos envueltos en la guerra más gigantesca de la historia.

Las guerras no surgen por generación espontánea, ni por castigos de Dios, ni son tampoco el resultado de antagonismos o características raciales de determinados pueblos. Según lo demostró Marx las guerras modernas surgen fatalmente del desenvolvimiento de los regímenes sociales basados en la explotación de unos hombres por otros, en la existencia de clases antagónicas e inconciliables y en la competencia por el afán de riquezas y ganancias.

La guerra en que estamos envueltos ha sido provocada por los imperialistas fascistas de Alemania, Italia y Japón —ayudados por los imperialistas munichistas y apaciguadores de los demás países— con el propósito de esclavizar, saquear y explotar al mundo entero.

Las Naciones Unidas, que es la coalición de los pueblos y gobiernos anti-hitlerianos constituida en Enero de 1942, están en la guerra defendiendo su integridad territorial y su independencia nacional contra los propósitos de dominación mundial germano-fascista-japonesa.

Todo el futuro de la humanidad depende del resultado de la colosal contienda. El triunfo del Eje sería la instauración de la esclavitud.

vitud, de la persecución racial y del terror más bestial en todos los países sin excepción. El triunfo de las Naciones Unidas significaría la liberación de todos los países esclavizados por las potencias del Eje, la preservación de los principios democráticos y el fortalecimiento del derecho de libre determinación de los pueblos.

De parte del Eje esta guerra es una guerra de esclavización, de conquista, de opresión; de parte de las Naciones Unidas esta guerra es una "guerra de los pueblos por su liberación".

Cuba figura en esta guerra como aliada de Estados Unidos, China, Inglaterra, la Unión Soviética y el resto de las Naciones Unidas. Como parte de la humanidad y beligerante en la guerra, Cuba está también en la balanza de esta contienda histórica. Del desarrollo y del resultado de la guerra depende todo el desenvolvimiento presente y futuro de Cuba. Es por esto que todos nuestros problemas, todas las cuestiones de la lucha contra el predominio de los capitalistas extranjeros y por la construcción de un régimen social más justo y humano, están subordinadas y relacionadas con el problema fundamental de ayudar a ganar la guerra. Es por esto también que el eje de la actuación de todas las clases sociales, de todos los sectores ideológicos y políticos es la actitud negativa o positiva frente al esfuerzo de guerra.

Los obreros y campesinos más conscientes, los marxistas y los elementos populares y progresistas apoyan de todo corazón el esfuerzo de guerra, defienden la unidad de las Naciones que luchan contra el Eje y en especial la colaboración de Estados Unidos, Inglaterra y la URSS y procuran hacer todo lo posible para que la derrota de Hitler y sus asociados sea completa y definitiva.

Esta actitud está basada en el convencimiento de que esta guerra, por parte de las Naciones Unidas —y de Cuba entre ellas— es una guerra justa, liberadora, que no persigue ningún fin anexionista, ningún fin de conquista.

Esta es la segunda guerra mundial en que se ve envuelta Cuba puesto que en 1917 tomó parte en la guerra de 1914-18.

Parece conveniente decir algunas palabras sobre las condiciones y causas inmediatas que han originado estas dos guerras en que nuestro país ha sido beligerante.

En 1914, los principales países beligerantes estaban dominados por los imperialistas. El mundo entero estaba dividido entre ellos, a través del sistema de colonias, zonas de influencias y posesión monopolista de las fuentes de materias primas.

Las rivalidades económicas entre los grupos de capitalistas dominantes en los distintos países; la competencia por el mercado mundial y por el control exclusivo de los mercados de los países atrasados, la lucha por monopolizar las fuentes de materias primas fueron las causas fundamentales que originaron la guerra mundial de 1914-18.

Los grupos imperialistas de cada país lanzaron a sus Estados respectivos a la guerra aduanera para proteger sus negocios, llevaron al extremo las diferencias y antagonismos nacionales, envenenaron la conciencia de los pueblos mediante una desesperada propaganda chauvinista contra los otros pueblos, organizaron una desesperada competencia de armamentos y, finalmente, provocaron el conflicto bélico. En esas condiciones, todos los grandes Estados que participaron en la guerra tenían idénticos fines: conquistar los países atrasados, o defender los ya conquistados, para mantener a estos bajo el dominio y la explotación extranjera, para asegurarse el monopolio de sus mercados y fuentes de materias primas.

Por estas razones la guerra de 1914 al 18 era una guerra injusta por parte de ambos bandos beligerantes, pese a toda la fraseología con que se justifican unos y otros.

La guerra actual, en la que Cuba es beligerante desde diciembre de 1941, ha surgido bajo condiciones mundiales diferentes de las de 1914.

Ahora, a diferencia de 1914, existe un Estado Socialista, la Unión Soviética que, por haber eliminado en su inmenso territorio el sistema capitalista, la explotación de unos hombres por otros y con ello las clases antagónicas y toda clase de ambiciones territoriales, está libre de tendencias que lo impulsen hacia la guerra exterior de conquista o competencia.

Ahora, además, existen Estados fascistas, terroristas, enemigos de todo género de libertad, en los cuales dominan los elementos más agresivos y más imperialistas del capital financiero, ansiosos de someter a todo el mundo bajo su control absoluto, eliminar hasta los

más mínimos derechos democráticos y explotar a todos los pueblos.

Los Estados fascistas, principalmente Alemania, después de someter a sangre y fuego a su propio pueblo a una esclavitud infame, basada en el terror y en la ausencia de derechos democráticos, se lanzaron a la preparación abierta de la misma guerra contra todos los países del mundo.

Los Estados capitalistas no fascistas se dividieron interiormente. Mientras una parte de los grupos dominantes estaban contra la guerra que preparaban los fascistas y reclamaban medidas para evitarla, otra parte, los munichistas, apaciguadores y fascistas preferían ayudar a que Alemania se armara y se lanzara a la guerra contra los países del Oriente de Europa para destruir a la Unión Soviética, para aplastar al Socialismo. La política que prevaleció en los principales países de Europa, antes de la guerra, fué precisamente esta política de ayudar a los fascistas, para destruir a la Unión Soviética y convertir su territorio en una colonia alemana y a sus pueblos en esclavos de los fascistas. Es por lo que estos países, a pesar del crecimiento fantástico del poderío bélico alemán, se negaron a concertar un pacto general de seguridad colectiva y de asistencia mutua con la Unión Soviética.

De otra parte, los pueblos, las fuerzas democráticas y progresistas de esos países y, en primer lugar, los comunistas, desarrollaron una intensa lucha contra el peligro de guerra fascista, demandaron la formación de un frente internacional de pueblos y Estados contra la amenaza fascista y reclamaron medidas resueltas contra las agresiones fascistas.

Los pueblos, apoyándose en la consistente política de paz de la Unión Soviética, reclamaron el castigo de los agresores de China, de Etiopía y de España. En todo el mundo los comunistas fueron los más tenaces opositores de la política de guerra del fascismo, denunciando sus propósitos, ayudando al pueblo español contra Franco, Hitler y Mussolini, protestando por la cobarde entrega de Checoslovaquia.

En Cuba el que Unión Revolucionaria Comunista organizara la ayuda al pueblo español y a China, el que protestara contra la en-

trega de Checoslovaquia y reclamara la formación de un Frente Unico Mundial Antifascista por la paz, le valió el calificativo de guerrillista de parte de los falangistas y demás agentes hitlerianos.

Los peores imperialistas de todos los países, que en la mayoría de los casos tenían en sus manos los restos del poder, no quisieron impedir los preparativos fascistas de guerra, sino que ayudaron a su realización, siguieron una política de alentar las agresiones, de facilitar el estallido del conflicto bélico.

En esas condiciones surgió la guerra, injusta de ambas partes, aunque del lado de los países fascistas estuviera la mayor ferocidad, como perros de presa que eran todos los reaccionarios del mundo. Los voceros más destacados de los capitalistas de los distintos países proclamaron la finalidad imperial de la guerra.

En junio de 1941, las potencias fascistas, después de someter a su dominio a Francia y a casi toda la Europa Continental, se lanzaron contra la Unión Soviética en un ataque traidor. En agosto del mismo año Roosevelt y Churchill proclamaron la Carta del Atlántico. En diciembre, los japoneses iniciaron su cobarde y alevosa acción de Pearl Harbor contra Estados Unidos y Cuba declaró la guerra a las potencias del Eje. La guerra se generalizó en su forma actual, como una guerra justa de liberación, antifascista.

De esta breve exposición sobre las causas generales y principales de la guerra se pueden extraer dos conclusiones fundamentales:

La primera es que la humanidad no está condenada fatalmente, como dicen algunos, a vivir eternamente en guerra, a verse envuelta cada cierto número de años en una destructiva contienda internacional.

Las guerras no son inevitables, más que mientras se mantenga a la sociedad humana sometida a la explotación de unos hombres por otros, dividida por antagonismos de clases y por rivalidades comerciales, mientras se permita que existan en los distintos países, imperialistas y fascistas que extiendan propagandas contra los otros pueblos y que pretendan aprovechar el Estado para la guerra comercial y para el control monopolista de las riquezas de otros países.

Cuando los imperialistas y fascistas puedan ser eliminados de todo control estatal y público en todas partes, cuando se pueda constituir una sociedad sin clases antagonicas, sin explotación de unos hombres

por otros, sin competencia desenfrenada por las ganancias, ninguna nación necesitará mantener su poder sobre otra nación, ningún pueblo necesitará conquistar los territorios de otros pueblos, ningún Estado tendrá rivalidades insolubles con otro Estado y, por tanto, las guerras desaparecerán.

La segunda conclusión que podemos extraer del breve examen de las causas de las guerras, es que hay dos clases de guerras, que unas guerras son justas y otras guerras son injustas, contrarias a los pueblos.

Precisamente debido a que la sociedad humana está hasta hoy dividida en grupos explotadores y en masas explotadas; Estados poderosos en manos de los explotadores y países débiles y atrasados, determina el que las guerras engendradas por estas divisiones tengan diferente carácter y, a veces, un doble carácter.

Si debido a la opresión de que es víctima un país cualquiera se levanta en armas contra sus opresores, en defensa de su libertad y su independencia, como hizo Cuba en 1868 y 1895, no hay dudas de que la guerra de ese pueblo contra el Estado opresor está justificada; es una guerra justa.

Igualmente son justas las guerras de los países que se defienden de una agresión no provocada, que toman las armas para evitar su esclavización, para defender su independencia nacional de la amenaza fascista o imperialista.

Las guerras de liberación, las guerras por el mantenimiento de la integridad territorial, por la defensa del pueblo, son guerras justas.

Las guerras injustas son las guerras de agresión, las guerras de conquista, las guerras fascistas.

Si un país cualquiera o varios países entre sí libran una guerra con el fin de anexionarse los territorios de otros pueblos, o por mantener a los pueblos ya conquistados bajo su dominio o por esclavizar a todos los demás países del mundo, no hay dudas que libran una guerra criminal, injustificada e injusta.

Las guerras justas comportan siempre un doble carácter. De una parte, de parte de los pueblos que combaten la opresión y la explotación, son guerras justas; de la otra parte, de parte de los Estados que combaten por la anexión, por la conquista y la rapiña, son guerras injustas.

Martí expresó el concepto fundamental de las guerras justas e

injustas cuando dijo que "son héroes los que pelean para hacer a los pueblos libres... Los que pelean por ambición, por tener más mando, por quitarle a otro pueblo sus tierras no son héroes, sino criminales".

Los pueblos no pueden tener una actitud igual frente a todas las guerras.

Los pueblos son y tienen que ser contrarios a las guerras injustas, a las guerras de agresión, de pillaje, de rapiña, de anexión.

Los pueblos apoyan y tienen que apoyar las guerras justas, las guerras contra la esclavización, las guerras de liberación.

Son estos conceptos generales sobre las guerras los que han determinado nuestra apreciación y nuestra actitud ante la guerra actual.

Cuando la guerra surgió como resultado de las provocaciones criminales de Hitler y de las maquinaciones reaccionarias anti-populares y anti-soviéticas de Chamberlain y Daladier, encontramos que era una guerra injusta por ambos lados, en la cual los pueblos solamente perderían.

Nuestra actitud fué contraria a la guerra en esos momentos.

Pero cuando Hitler invadió los Balcanes y atacó a Rusia, provocando la declaración de Churchill en apoyo de la Unión Soviética, la guerra cambió de carácter. Los pequeños países balcánicos y Rusia fueron atacados sin ninguna provocación de su parte, sin que al verse obligados a entrar en la guerra defendieran otra cosa que su propio territorio, su independencia y sus libertades. De parte de estos países la guerra era completamente justa. El nuevo carácter que la propia guerra había tomado en Inglaterra después de la eliminación de Chamberlain del Gabinete, se hizo patente en esos momentos al declarar Churchill su decisión de ayudar a la Unión Soviética y firmar, junto con Roosevelt, unas semanas más tarde, la Carta del Atlántico, que constituye hoy una bandera de lucha para los pueblos.

Al atacar el Japón a los Estados Unidos la guerra se hizo mundial y general, determinando la entrada de Cuba en la misma.

Al cambiar la guerra de carácter los que hasta el día anterior vociferaban a favor de la guerra y de la entrada de Cuba en la misma; los que defendían el establecimiento de un Servicio Militar Obligatorio reaccionario, se volvieron tibios, abandonaron la defensa del Ser-

vicio Militar Obligatorio y echaron a un lado la propaganda a favor de la guerra.

Pero el pueblo y en primer lugar los comunistas se dieron vigorosamente a la tarea de aclarar las nuevas características de la guerra, y la necesidad de que Cuba ayudara a derrotar al Eje con algo más que con la declaración de guerra.

He aquí nuestro pronunciamiento esencial sobre la guerra.

En la declaración del Comité Ejecutivo Nacional de Unión Revolucionaria Comunista, publicada en folleto bajo el título de "Cuba en la Guerra", nosotros presentamos el siguiente programa de guerra:

"Puesto que Cuba ha declarado una guerra justa por su libertad y por la derrota del Eje, entienden los comunistas que es su deber, independientemente de toda otra consideración, hacer todos los esfuerzos para que nuestro pueblo cumpla dignamente su papel y coopere con máxima eficacia a la Victoria".

"Si queremos evitar para nuestro país las peores consecuencias de la guerra tenemos que ir de inmediato y sin reparar en sacrificios a la total preparación moral y material de la Nación para hacer y ganar la guerra."

"Hay que salir al paso de quienes sostienen que el cubano no ha de salir de su tierra para batir al enemigo. La actitud de negarse a salir para los frentes de batalla después de haber declarado la guerra, sería tanto como invitar que vinieran a destruir nuestro propio suelo. El enemigo está en todas partes y hay que golpearlo sin tardanzas ni tibiezas donde presente batalla".

"Cuba debe defender su independencia con elementos eficaces y ofrecer a las naciones aliadas la oportunidad de hallar en su territorio, llegado el caso, asistencia y colaboración efectivas. Para ello la medida más importante y decisiva es la implantación del Servicio Militar Obligatorio y de la instrucción militar universal y obligatoria para toda la población".

"Otro problema muy importante de la preparación militar es el de dotar a las fuerzas armadas de los armamentos más modernos, emplazar suficientes baterías de costa y anti-aéreas y armar suficientes embarcaciones para el patrullaje de las costas".

"Todas las actividades del país deben subordinarse a la tarea esencial del momento: ganar la guerra, CONQUISTAR LA VICTORIA.

Toda la economía del país debe ser puesta en pié de guerra, transformándola y desarrollándola.

Ahora es preciso producir más y mejor, coordinando los esfuerzos privados con vistas al supremo interés nacional.

Por ello hace falta que se coordinen, mediante Comités de Producción, los esfuerzos del Gobierno, de las Empresas y de los Sindicatos a fin de que todos los recursos y todas las energías sean aprovechadas para la Defensa Nacional".

"Es preciso evitar en este tiempo de guerra las interrupciones en la producción, tanto industrial, como agraria. Para ello debe el Gobierno, en primer término, impedir, mientras dure esta emergencia, el desalojo de los campesinos que trabajan la tierra, y, en segundo lugar, actuando en estrecho contacto con empresas y sindicatos, proteger a la población trabajadora contra los logreros y aprovechadores, contra la avaricia de los patronos sin conciencia, encauzando la solución de los conflictos por medio de arbitrajes, que, sin negar ni disminuir los derechos de huelga de los trabajadores, provean los medios rápidos de llegar a acuerdos sin interrumpir la producción.

Asimismo deben organizarse Comités de Control de precios en que intervengan cuantos están interesados en la marcha de la guerra que son todos los sectores del país".

"Toda la población debe ser movilizada para la defensa. Es preciso que los que no puedan ir al frente de batalla por su edad, por sus condiciones físicas o por su sexo, sean incorporados a alguna actividad útil para la defensa nacional. Es preciso adiestrar a las mujeres como enfermeras e incorporarlas a la producción.

"Parte fundamental de la lucha del pueblo cubano ha de ser la inmediata y oportuna limpieza de la retaguardia, la lucha contra la quinta-columna y, de manera especial, contra el falangismo que constituye en Cuba el peligro más organizado y poderoso".

"Frente a la declaración de guerra, nuestro Partido dice una vez más que sólo la unión sagrada de todos los sectores que integran la nación cubana puede asegurar el triunfo contra la barbarie. Esa unidad tiene que comprender a todos los cubanos, pues sólo quedarán fuera de ella los enemigos de Cuba, los egoístas anti-patriotas, los fascistas agentes de Hitler, los traidores nacionales. Esta Unidad Nacional ha de forjarse alrededor del Gobierno, alrededor del Pre-

sidente Batista, puesto que él tiene el encargo de la Nación de ejecutar su voluntad en estos supremos instantes de nuestra vida”.

“No está nuestro partido ganoso de honores ni de ventajas secretarias. No hacemos caudal político de la presente situación. Nos limitamos a tomar nuestro puesto para servir al país hasta el último límite de nuestras fuerzas y de nuestra capacidad. Sabemos que la lucha es de todos y que ningún sector solo, por poderoso y respetado que sea, puede organizar y dirigir esta gran batalla por Cuba, que requiere la unidad nacional, la cooperación de todos los partidos, congregaciones, grupos y clases”.

Este programa dado a la publicidad el 23 de diciembre de 1941, conserva toda su validez y actualidad, pues, a pesar de que algunas de sus proposiciones han sido realizadas, casi todo está, aún, por aplicar plenamente.

En ese programa puede verse que lo básico y fundamental de la actitud adoptada por Unión Revolucionaria Comunista se encierra en la consigna central de subordinarlo todo al empeño de conquistar la Victoria contra el hitlerismo.

Esta proposición quiere decir evidentemente que nosotros dejamos a un lado toda actividad, toda propaganda y toda reclamación que pueda estorbar la mejor movilización nacional para la derrota de Hitler. Quiere decir, además, que nosotros estamos prestos a echar a un lado cualquier interés presente o futuro del Partido Unión Revolucionaria Comunista, siempre que esto sea necesario para ayudar a conquistar más plenamente la VICTORIA sobre el Eje. Esta proposición debe entenderse claramente en el sentido de que nosotros subordinamos la lucha por la completa liberación nacional y la propaganda por el Socialismo a las tareas que nos impone la guerra contra Roma-Berlín-Tokío; a la necesidad de la cooperación con Estados Unidos y las Naciones Unidas, a la necesidad de la alianza nacional de todas las clases para cumplir las obligaciones que la guerra nos impone.

Hay quienes oponen los intereses de la lucha por la Liberación Nacional y de la propaganda por el Socialismo, a los de la guerra anti-hitlerista y consideran que es un error la subordinación de lo primero a lo segundo.

No hay tal error.

La *única* forma que puede adoptar actualmente en Cuba la lucha por la Liberación Nacional, por abatir el predominio de los capitalistas extranjeros en nuestra economía y por desarrollar una industria nacional fuerte es la de contribuir a la más completa derrota del Eje, cooperar con Estados Unidos, China, la Unión Soviética, Inglaterra y las demás Naciones Unidas para apresurar la rendición incondicional de nuestros peores enemigos.

Hoy, en nuestro país, es imposible desarrollar ninguna lucha verdadera y consecuente por la Liberación Nacional, si no es a través de la cooperación más absoluta al esfuerzo de guerra anti-Eje.

Cualquiera que se desentienda de la lucha contra el Eje, que mantenga una posición de neutralidad o que no coopere activamente a su derrota con éste o el otro pretexto, no fortalece la independencia y el desarrollo de su país, sino su subordinación y su atraso; no hace avanzar la causa de la liberación nacional, sino que la retrasa.

Esta es una guerra de los pueblos por su liberación, es una guerra anti-hitlerista.

Si los pueblos son derrotados, si el Eje logra el triunfo o una paz negociada, las fuerzas de la opresión se impondrán en todo el mundo.

Si las Naciones Unidas triunfan las fuerzas de la libertad crecerán en todo el mundo y al amparo de los principios de la Carta del Atlántico, nuestro país tendrá mayor oportunidad para desarrollarse y ordenar su vida económica de acuerdo con las necesidades nacionales.

Aún más, no es solamente el resultado final de la guerra —victoria de las Naciones Unidas— lo que relaciona a ésta con la lucha por la Liberación Nacional.

La lucha por la Liberación Nacional no es algo separado de esta guerra, no es algo que hay que emprender antes o después de la paz, en oposición a sus condiciones.

La fórmula de la guerra no se resuelve planteando, como dicen algunos, primero la lucha contra el imperialismo y después la lucha contra el Eje; ni tampoco, como dicen otros: primero derrotaremos al Eje, después volveremos a luchar contra el imperialismo.

La fórmula real, la fórmula que dan la vida y la historia es: sólo a través de la lucha contra el Eje y de su derrota podemos obtener la Liberación Nacional.

Es decir, esta guerra y nuestra lucha por cooperar a la derrota de Hitler es la forma actual y ÚNICA de la lucha por la liberación nacional.

La persecución y la destrucción de la quinta-columna es la persecución y la destrucción de los peores enemigos internos de la Liberación Nacional.

El desarrollo de una economía de guerra para las necesidades de la lucha contra Hitler es, al mismo tiempo, una parte del esfuerzo por crear las bases de una fuerte economía nacional independiente.

La formación y desarrollo de un Ejército Nacional basado en el Servicio Militar General de toda la población, su entrenamiento vivo en los campos de batalla de la guerra actual, su adiestramiento en el manejo de las armas y tácticas modernas, es una parte de la lucha por fortalecer al país frente a cualquier apetencia imperialista del presente o del futuro.

La formación de la Unidad Nacional, el fortalecimiento del Gobierno sobre la base de la colaboración de todos los partidos y grupos nacionales a fin de llevar a cabo las tareas que exige la guerra contra el Eje, es una parte importantísima de la lucha por crear un Estado Nacional fuerte, libre de las influencias de cualquier clase de grupos imperialistas, capaz de tomar las medidas económicas y políticas que aseguren la marcha hacia la plena liberación nacional.

Por esto, es indispensable mantener en el centro de la actividad de la clase obrera, de las masas populares y de todas las fuerzas patrióticas y progresistas la lucha en pro del programa de la Victoria, el programa de la cooperación para la derrota del Eje, de la ayuda a las Naciones combatientes, de la movilización militar, económica y política de la Nación, de la Unidad Nacional.

No hay ni puede haber otra tarea más importante para los que luchan por la liberación nacional, por el bienestar del pueblo, por el Socialismo.

CAPITULO X

La Necesidad de los Cambios Sociales y los Instrumentos de su Realización

El predominio de los capitalistas extranjeros y el latifundismo ya no permiten ningún desarrollo del país. Esto obliga a eliminarlos para poder establecer una industria nacional y diversificar y desarrollar la agricultura como medidas básicas de la plena liberación nacional. Los latifundistas, los falangistas y quintacolumnistas se oponen a estos cambios y luchan contra ellos. Los trabajadores, los campesinos, las clases medias urbanas los defienden y luchan por ellos. Estas fuerzas constituyen la mayoría del país, pero no están bien organizadas ni unificadas. Los obreros se unen en la CTC que quieren destruir los trotskistas. Los campesinos, la juventud, las mujeres también tienen sus organizaciones. El instrumento indispensable para unir estas fuerzas y dirigir su lucha es el partido marxista de los trabajadores.

La exposición que hemos hecho de los distintos aspectos de la Sociedad cubana, el examen objetivo de sus contradicciones insalvables y de sus consecuencias para el pueblo, nos lleva a la conclusión de que la situación actual tiene que ser cambiada porque hoy mismo no permite una mejor y más eficaz cooperación de Cuba a la lucha anti-Eje, porque hace ya mucho tiempo que constituye un obstáculo para el desarrollo del país, porque es incapaz de evitar el hambre y la miseria del pueblo.

La lucha por la plena liberación nacional, por la eliminación del monopolio económico extranjero de nuestra economía, no es una fórmula prodigiosa para curar los males de Cuba inventada por algún genial estadista, ni es tampoco una receta tomada de algún manual de sociología. El programa y la lucha por la plena liberación nacional surgen de la realidad cubana cuando se examina ésta con un criterio científico marxista.

El dominio de los imperialistas de nuestros principales resortes económicos y la existencia del latifundismo, con su secuela inevitable de exportación de las ganancias, de desposesión progresiva de los campesinos, del sistema de monocultivo y de obstaculización del desarrollo de industrias fundamentales, son antagónicos con el des-

arrollo de una industria nacional fuerte y con la explotación racional de las fuerzas productivas y de las riquezas de Cuba.

Así como en el siglo pasado el dominio colonialista español había llegado a un punto en que era incompatible con los intereses económicos, políticos y sociales de Cuba, puesto que ya no permitía, ni podía permitir, la expansión de la producción al grado requerido por la sociedad y, por el contrario, ahogaba con sus leyes, impuestos y monopolios, toda iniciativa y todo progreso, ahora hemos llegado de nuevo a un punto en que el dominio de los capitalistas extranjeros y de los latifundistas no permite la expansión de la producción que el progreso reclama, y, en cambio, ahoga, con sus latifundios, truts y monopolios toda posibilidad de industrialización nacional.

El problema se presenta hoy de tal forma que si queremos que nuestro país salga del atraso en que vive, si queremos que progrese y que desarrolle su economía, no tenemos más remedio que poner fin al predominio económico de los capitalistas extranjeros, nacionalizar las empresas que están bajo su control, eliminar el latifundismo, acabar la exportación de las ganancias y emplear nuestros recursos y nuestras fuerzas en construir, mediante un plan previamente trazado, una economía libre del monocultivo que aproveche racionalmente las enormes riquezas naturales de nuestra tierra.

Ya hoy existen las condiciones plenamente maduras para realizar tal tarea.

Los capitalistas extranjeros, para explotar el país, se han visto obligados a desarrollar la industria azucarera, tender líneas férreas, contratar empréstitos para la construcción de carreteras, todo lo cual ha tenido como consecuencia el despertar del campesinado, la unificación económica del país y el inicio de la creación de un mercado interior considerable, la formación de una clase obrera numerosa y organizada y el surgimiento de una conciencia nacional fuerte y extendida que se manifestó muy poderosamente en el proceso de la lucha anti-machadista y que logró, combinada con la política progresista del Presidente Roosevelt, la abolición de la Enmienda Platt.

Por otro lado, en los propios Estados Unidos, país de origen de la mayoría de los capitales extranjeros que dominan nuestra economía, las fuerzas progresistas están creciendo vigorosamente, bajo la presidencia de Mr. Roosevelt. Wallace, Wilkie y otros, con el Pre-

sidente Roosevelt, son portavoces de una política de "nuevo trato" con respecto a los países de la América Latina, política que recoge las aspiraciones de las propias masas del pueblo norteamericano que quieren verse libres de la oligarquía financiera, de los truts y corporaciones.

Los defensores nativos y extranjeros del dominio de los imperialistas se esfuerzan en presentar el reconocimiento de estas necesidades de Cuba y de la aspiración consecuente de liberar económicamente a nuestro país, como una oposición a los Estados Unidos.

Esa es, naturalmente, una acusación falsa.

El pueblo de Cuba necesita y quiere la más estrecha y cordial relación con los Estados Unidos, puesto que de esa relación se derivan nuestras ventajas de todo orden. Esa relación, relación de pueblos hermanos y aliados, es hoy más necesaria que nunca para posibilitar la cooperación de Cuba al esfuerzo de Guerra Anti-Eje. Esa relación seguirá siendo indispensable en el futuro para el mejor desarrollo de una economía cubana basada en el progreso nacional y en el bienestar del pueblo.

El pueblo de Cuba no se opone, pues, a los Estados Unidos. El ansia de liberarse no le lleva a sentirse anti-americano, sino todo lo contrario.

A lo que se opone el pueblo de Cuba es al control y monopolio que sobre su economía ejercen los capitalistas extranjeros.

Es ese control y monopolio el que quiere destruir para ser más fuerte, para ser más libre, para poderse unir más sincera y estrechamente a los Estados Unidos, a los demás países de América y del mundo.

Mientras más libre sea Cuba, mientras más pueda desarrollar y explotar sus propias riquezas para proporcionar bienestar y mejor *standard* de vida a su pueblo, tanto más estrechamente podrá colaborar con los Estados Unidos y con las demás naciones.

Reconocer la necesidad de librar a Cuba de un dominio económico negativo para su propio desarrollo, lleva, de hecho, a una mayor y más íntima unidad con el pueblo y con las fuerzas progresistas de los Estados Unidos, opuestas también a los intereses que nos oprimen.

La política de estas fuerzas progresistas norteamericanas ha

recibido un nuevo y vigoroso impulso proveniente de la guerra anti-Eje.

Los Estados Unidos, como uno de los países líderes de la Coalición Anti-Hitleriana, han trabajado activamente para atraer a los países de la América Latina a la colaboración activa en la guerra, y para lograrlo han eliminado viejas prácticas y han refrenado a algunos grupos de imperialistas agresivos. La guerra, desarrollándose bajo el programa de la Carta del Atlántico, ha reforzado estas tendencias que con el triunfo de las Naciones Unidas se afirmarán definitivamente, favoreciendo y haciendo posible nuestra lucha por el pleno desenvolvimiento nacional independiente.

El crecimiento de estas tendencias anti-imperialistas en los Estados Unidos fué puesto de manifiesto por Wallace en su histórico discurso de mayo de 1942 y por el propio Presidente Roosevelt en su encuentro con el Presidente Avila Camacho en abril de 1943, donde dijo: "Los días de la explotación de los recursos y del pueblo de un país para beneficio de cualquier grupo en otro país han pasado definitivamente".

Cuba es partícipe de la guerra contra el Eje, a cuya derrota se subordina cualquier otro interés. Pero la cooperación a la Victoria contra Roma-Berlín-Tokío exige el desarrollo de nuestras fuerzas productivas, la explotación de nuestros depósitos de combustibles, el beneficio de nuestros minerales, la utilización de barcos, la producción de nuevos artículos alimenticios, todo lo cual está dificultado por el atraso en que se ha mantenido el país.

De modo que la misma y más efectiva cooperación a la Guerra exige libertar nuestras fuerzas económicas del monopolio que ejercen los capitalistas extranjeros.

En la lucha por conquistar la victoria en esta guerra va envuelta la defensa de nuestra liberación nacional.

La derrota del nazismo, la cooperación para la reconstrucción del mundo de la post-guerra, el crecimiento de las fuerzas de la libertad en todo el mundo harán aún más necesaria la liberación económica que reclamamos.

Pero el fin de la dominación de los imperialistas, la terminación del latifundismo, el reparto de tierras a los campesinos, no pondrá término a todos los males del sistema presente.

Como hemos visto, la crisis, la desocupación y su secuela de

hambre y miseria, las clases y la lucha de clases, la explotación de la clase obrera, la ruina de los artesanos y pequeños capitalistas, la explotación de los campesinos, no es solamente un resultado del predominio imperialista, sino también del régimen social capitalista.

La liberación nacional significará un progreso y un paso de avance, pero no será todo.

Con la liberación nacional el proletariado y el campesinado se desarrollarán vigorosamente y continuarán trabajando hasta sustituir el capitalismo e implantar el socialismo.

El desarrollo actual de la sociedad capitalista plantea directamente la necesidad y la inevitabilidad del Socialismo.

La concentración y centralización del capital, la creación de empresas poderosas donde trabajan cientos y miles de obreros, el crecimiento constante del número y de la conciencia de los obreros, la socialización creciente del trabajo, el crecimiento gigantesco de la productividad del trabajo y la repetición periódica de las crisis económicas con su secuela de desocupación, hambre y miseria, todo esto conduce finalmente a plantear a la sociedad el problema tajante de cambiar el régimen económico o conformarse con la degradación y la ruina.

Es claro que ni la Liberación Nacional ni el Socialismo se producirán espontáneamente, como un resultado "natural" y fácil del desarrollo de las necesidades económicas y sociales operantes en nuestra patria y en el mundo.

Los elementos privilegiados de hoy, los que se benefician con la opresión y el atraso de nuestro país, los retrógados, los quinta-columnistas, los grandes comerciantes importadores, los imperialistas, los latifundistas emplearán todos los medios a su alcance para impedir la Liberación Nacional, para sabotear y evitar la reorganización económica que la misma supone.

Por el contrario, los que sienten directamente la opresión, los que sufren la miseria y la ruina, productos del dominio extranjero y del atraso económico, esto es, la clase obrera, los campesinos, las clases medias, la burguesía nacional, en una palabra, la casi totalidad del país, se verán precisados a luchar por la Liberación Nacional en una forma cada vez más consciente y organizada.

Como que los imperialistas, quinta-columnistas, grandes comer-

ciantes y latifundistas tienen en las manos los principales resortes del poder económico y político, tienen la posibilidad, a pesar de su escaso número, de hacer una fuerte y prolongada resistencia.

Las fuerzas nacional-liberadoras, a pesar de su número infinitamente mayor, se encuentran en gran parte desorganizadas y desunidas, son víctimas de las propagandas de sus enemigos y de sus agentes falangistas, trotskistas, reaccionarios, etc., y, por eso, no pueden conseguir la Liberación Nacional con la rapidez debida.

Las fuerzas populares, para poder cumplir las patrióticas tareas que la historia ha puesto sobre los hombros de la generación presente, necesitan adquirir plena conciencia de su papel y de su potencia; necesitan comprender profundamente la necesidad y el carácter de los cambios que reclama el propio desarrollo histórico; necesitan, sobre todo, organizarse y unirse, pues ORGANIZACIÓN y UNIDAD son los instrumentos indispensables para llevar a cabo la Liberación Nacional.

Estas fuerzas están organizándose y uniéndose, más cada día.

De todas las clases directamente interesadas en la Liberación Nacional, en la lucha a muerte contra el fascismo, la clase obrera es la que está mejor y más fuertemente organizada.

La organización de los trabajadores surge directamente de las propias condiciones que impone el capitalismo.

El trabajo de muchos obreros en una misma fábrica une y relaciona a estos y les hace entender que cada uno por separado no puede defenderse de los abusos de los patronos. Desde temprano los obreros aprenden a protestar y a reclamar organizadamente. De este modo, nacen los primeros gremios y sindicatos como un medio de defensa de los obreros frente a la explotación patronal.

Poco a poco los obreros se dan cuenta de que los patronos de las diversas fábricas y de las distintas industrias se unen entre sí para luchar contra ellos. De este modo se desarrolla su conciencia de clase y surge la necesidad de unir los gremios y sindicatos dispersos, de eliminar la competencia de los trabajadores entre sí, de reclamar tipos iguales de salarios y medidas y leyes generales aplicables a todas las industrias para el mejoramiento de sus condiciones de trabajo.

Los trabajadores cubanos a través de más de ochenta años de lucha han venido construyendo sus sindicatos, fortaleciendo su unidad,

extendiendo su solidaridad.

Hoy los obreros han logrado constituir, después de superar muchos obstáculos, la Confederación de Trabajadores de Cuba como su central sindical única, su máximo organismo de unidad.

Esta organización de los trabajadores juega un papel sumamente importante en la lucha por la Victoria contra el Eje hitlerista y en la lucha por la Liberación Nacional. Gracias a ella los trabajadores pueden actuar unidos contra las maquinaciones de los quinta-columnistas, pueden evitar las huelgas durante este período, mejorar y acelerar la producción indispensable para la guerra y mantener su standard de vida, sus salarios y sus condiciones de trabajo.

Precisamente por ello los quinta-columnistas, los grandes comerciantes importadores y los patronos anti-nacionales pretenden destruirla por todos los medios a su alcance.

El método que utilizan preferentemente estos enemigos de la Unidad Obrera es el de enviar provocadores, rompe-huelgas y traidores al seno de las organizaciones de trabajadores para combatir a sus dirigentes honrados, para sembrar la discordia y la división en la masa obrera, para, en una palabra, romper desde dentro la Confederación de Trabajadores. Este es el papel que actualmente desempeña la pandilla de trotskistas, ladrones y aventureros que constituyen el denominado Frente Democrático Sindical y que mangonean la llamada Comisión Obrera del Partido Revolucionario Cubano (auténtico).

A pesar de todas las provocaciones de esta pandilla, la Confederación de Trabajadores de Cuba se ha desarrollado vigorosamente y ha conquistado importantes reivindicaciones inmediatas tales como aumentos de salarios, pago del descanso retribuido, subsidio a los portuarios, extensión de los beneficios de la legislación social a los obreros agrícolas, etc., y ha logrado desarrollar un amplio movimiento de cooperación de los trabajadores al esfuerzo de guerra de las naciones combatientes, bajo el signo de la Unidad Nacional.

Entre los campesinos y la pequeña burguesía de las poblaciones la organización no surge tan naturalmente como entre los obreros.

Aquellos trabajan aislados, individualmente, lo que dificulta el que se relacionen y elaboren peticiones comunes.

Sin embargo, bajo el influjo de la clase obrera y de sus propios intereses, tanto los campesinos, como los empleados, artesanos, etc.,

han constituido organizaciones que juegan también un papel muy importante en la Unidad Nacional contra el Eje, en la lucha por las reivindicaciones parciales e inmediatas de estos sectores sociales y en la acción por la Liberación Nacional.

Las más importantes organizaciones agrarias de Cuba son la Asociación Nacional Campesina y la Asociación Nacional de Colonos de Cuba.

Otras organizaciones que juegan también un papel importante en la lucha por agrupar y unir a la Nación Cubana son la Juventud Revolucionaria Cubana, las asociaciones de mujeres, de estudiantes, de empleados públicos, de maestros, etc.

Las clases poderosas tienen distintas organizaciones como las Cámaras de Comercio, la Asociación de Industriales, los Centros de la Propiedad, los Clubs Rotarios y de Leones, los distintos clubs sociales, la Confederación de Corporaciones Económicas, etc., algunas de las cuales, cuando no están bajo la influencia y dirección de los falangistas y elementos quinta-columnistas activos o en potencia, pueden servir y sirven, a la causa de la Unidad Nacional y de la guerra contra el Eje.

Además de estas organizaciones sociales, las clases se unen y se organizan a través de los distintos partidos políticos.

Todo partido político expresa el programa, la ideología y los intereses de determinadas clases sociales.

Los latifundistas y elementos capitalistas opuestos a la liberación nacional se unen generalmente en partidos de ideología y programas conservadores, puesto que sus intereses los inclinan a defender los viejos conceptos de la propiedad, a oponerse a todo cambio progresivo, que pudiera significar una pérdida de sus privilegios actuales.

Aquella parte de la burguesía nacional que está anhelosa de desarrollar el mercado interior, de restringir el latifundismo que le estorba en su expansión, de librarse del dominio de los capitalistas extranjeros que frenan su desarrollo, se une en los partidos de tendencias y programa liberales o nacionales-reformistas.

Una parte de la pequeña burguesía y de los campesinos se inclina a unirse a los partidos de tendencias nacional-reformistas o a constituir partidos nacional-revolucionarios.

El proletariado y una parte de la pequeña-burguesía se unen al

partido de ideología y programa socialista, marxista.

En Cuba los partidos son, generalmente, bloques de estas clases y tendencias, bajo el predominio de uno u otro sector social, lo que determina la existencia de agudas pugnas interiores, de corrientes contradictorias y opuestas, de la formación de alas progresistas y reaccionarias y del triunfo sucesivo de unas u otras. Así encontramos dentro de un mismo partido y en su dirección a latifundistas retrógrados y casi falangistas y a representantes liberales y progresistas de la burguesía nacional.

Los partidos no son entidades estáticas que permanecen invariables en su composición, en su proyección y en su programa. Al contrario los partidos se modifican profundamente en el curso de las luchas políticas, cambiando incluso de carácter, de dirección y de ideología como consecuencia del trabajo de los fascistas y reaccionarios anti-nacionales, de las luchas internas y aún de la presión exterior.

Por ejemplo, el Partido Revolucionario Cubano cuando surgió en 1934, era un partido de la pequeña-burguesía y de la burguesía nacional-reformista mientras que en la Joven Cuba se agrupó la pequeña-burguesía radical, nacional-revolucionaria.

Como resultado de los cambios operados en la situación de Cuba, entre 1934 y 1939, y del propio proceso interno de dichos partidos, éstos se modificaron grandemente.

Al decrecer la ola revolucionaria, la Joven Cuba, bajo la presión conspirativa de los elementos trotskistas que había en su seno, desapareció, fundiéndose algunos de sus elementos en el Partido Revolucionario Cubano, ingresando otros en distintas organizaciones.

En el Partido Revolucionario Cubano fué eliminándose, poco a poco, a casi todos los primeros dirigentes, siendo sustituidos por elementos más conservadores, por demagogos que se apoyan en trotskistas, bonchistas y aventureros irresponsables. Después de 1940 esta tendencia se ha reforzado aún más con el ingreso de latifundistas y grandes propietarios francamente reaccionarios, anti-nacionales y anti-progresistas. De este modo, las tendencias nacional-reformistas están hoy prácticamente derrotadas en el PRC, eliminadas de todo punto de dirección, aunque la gran masa de afiliados auténticos, los miles de pequeños burgueses, campesinos y aún de obreros que siguen a Grau, sienten y quieren el programa de reformas nacionales y sociales,

prometido bajo el lema de socialismo y anti-imperialismo, que ha sido sustituido por el programa de la histeria anti-comunista, propio de los demagogos fascistas y hitlerianos.

A través de los partidos y de las distintas agrupaciones sociales se efectúa la lucha por el programa de la Guerra contra el Eje, por la Liberación Nacional, por la conquista del Poder y la modificación del Estado.

Los falangistas, los quinta-columnistas y todos los enemigos de la Liberación Nacional, luchan por dominar o influir tales agrupaciones y partidos con objeto de sabotear la movilización nacional contra el hitlerismo, de impedir la Unidad Nacional y aún de apoderarse del Gobierno para desarrollar un programa anti-democrático de persecuciones y crímenes; para aplastar a las organizaciones obreras y a los partidos progresistas, a fin de evitar el progreso hacia la plena liberación.

A pesar de todo, las fuerzas progresistas y democráticas mantienen en gran parte la dirección y la orientación de los principales partidos y organizaciones.

En ello basan los marxistas sus esperanzas de que la Unidad Nacional, al fin, se integre plena y completamente, de que la quinta-columna, los falangistas y profascistas sean completamente derrotados al mismo tiempo que el Eje hitleriano, de que la plena liberación nacional sea conseguida.

Por eso los marxistas trabajan como miembros de los sindicatos, de la CTC, de la Federación Nacional Campesina, de la Juventud Revolucionaria Cubana, etc., para fortalecer estas organizaciones, para defender su unidad frente a las provocaciones de sus enemigos, para unir las entre sí en pro de la guerra contra el Eje y de la Liberación Nacional.

El principal instrumento para dirigir y orientar la actividad de las masas populares, para despertar su conciencia y unir las y organizarlas en el empeño de constituir un Estado Nacional libre de la influencia de los Capitalistas extranjeros, es el Partido político de los obreros, campesinos, empleados, artesanos, profesionales revolucionarios.

Ese Partido es el instrumento indispensable para organizar la mejor colaboración de las masas populares al esfuerzo de guerra

contra el Eje, para orientar la lucha por la Liberación Nacional, impulsándola hasta su triunfo pleno y para organizar y dirigir la acción por el Socialismo.

CAPITULO XI

El Partido Unión Revolucionaria Comunista

Las masas laboriosas necesitan organizarse en un partido político del pueblo y bajo un programa socialista. Los antecedentes históricos del Partido de la clase obrera y el pueblo cubano. Unión Revolucionaria Comunista, por su composición, doctrina y programa es, actualmente, el partido de las masas laboriosas. Las mentiras reaccionarias y la verdadera actitud de URC hacia la patria, la familia y la religión.

Ya hemos dicho que los males del presente régimen no desaparecerán por sí solos, espontáneamente.

Para que esos males desaparezcan es preciso combatir adecuadamente las causas que los producen; hace falta que los que más directamente los sufren; los obreros, los campesinos y las clases medias, luchen contra ellos: que estudien sus causas, que las denuncien y organicen la acción persistente que las elimine y las cure.

Desorganizados, desunidos, actuando cada uno o cada grupo por su cuenta, los obreros, campesinos y clases medias no podrán realizar estas tareas. Tampoco podrán llevarlas a cabo si se disgregan en los distintos partidos, dirigidos y manejados por los burgueses, por los reaccionarios, por los ricos y latifundistas, por muy radicales y revolucionarios que digan ser esos partidos.

Para poder llevar a cabo esas tareas los obreros y los campesinos pobres han de estar unidos y organizados, no sólo en sus sindicatos y en sus asociaciones, sino también en su partido político propio.

Hemos indicado que para liberarse de todos los males y de todas las opresiones de la sociedad actual, para terminar con el nazismo y su quinta-columna, con la opresión nacional y con el capitalismo; para poder establecer un régimen social superior en el que no sean posibles la explotación, ni las crisis económicas, ni la desocupación, ni los desalojos campesinos, ni el hambre ni la miseria, las masas laboriosas necesitan tener un partido político propio, basado en una doctrina revolucionaria y en un programa socialista.

Sin tener ese partido político propio las masas laboriosas jamás podrán alcanzar su liberación. Sin ese partido político propio del

pueblo, la derrota del Eje por la acción militar de la Unión Soviética, China, Inglaterra y los Estados Unidos no le reportaría a Cuba todos los beneficios de libertad, de progreso y de mejoramiento que anhelamos; sin ese partido, la lucha contra el predominio de los capitalistas extranjeros, por la liberación nacional, no haría avanzar sensiblemente el propósito de eliminar toda clase de explotación del hombre por el hombre; sin ese partido las mejoras de salarios, las leyes sociales, etc., no significarían más que mejoras transitorias, sin ninguna relación con el avance progresivo hacia la eliminación de todas las formas de explotación capitalista.

Para que tal partido sirva a la causa de la liberación definitiva de los obreros, de los campesinos pobres y de todo el pueblo, ha de ser un partido formado y dirigido por las propias masas laboriosas, basado en un programa socialista, guiado por la doctrina revolucionaria del marxismo, construido sobre la base de la democracia interna, de la unidad y de la disciplina, fuerte y combativo.

Los trabajadores de la ciudad y del campo, los empleados y profesionales revolucionarios, necesitan un partido dirigido por ellos mismos, pues solamente así se pueden asegurar de que tal partido defienda sin vacilaciones y hasta el final sus aspiraciones y anhelos. Cualquier partido, llámese como se llame y diga lo que diga en su programa, si está dirigido por elementos ricos, por abogados de las empresas, por grandes propietarios, por herederos millonarios; no podrá defender los intereses de los obreros, de los campesinos pobres, de los artesanos, empleados y profesionales hasta el fin, hasta su liberación definitiva. Tal partido, en todas las cuestiones fundamentales, se pasará al lado de los capitalistas, se pasará a la defensa del capitalismo y del latifundismo.

Los obreros y campesinos necesitan que su partido tenga un programa socialista, porque únicamente el socialismo puede solucionar definitivamente las contradicciones del régimen presente y acabar con la explotación, con la ruina y el hambre de las clases laboriosas; solamente el socialismo puede poner fin a la división de la sociedad en clases antagónicas, a la producción anárquica, a las crisis económicas, a la desocupación, a los desalojos campesinos y a todas las miserias que traen aparejados; solamente el socialismo libera a todas las clases sociales al transformar la propiedad de los medios fun-

damentales de producción: fábricas, minas, ferrocarriles, etc., en propiedad colectiva de toda la Sociedad.

El pueblo necesita que su partido esté guiado por la doctrina revolucionaria del marxismo, porque el marxismo es la única doctrina científica que señala el camino para el establecimiento del Socialismo. Esta doctrina ha sido probada por la historia. En el transcurso de los años todas las otras teorías y fórmulas (utopistas, reformistas, anarquistas) se han demostrado falsas, han fracasado y desaparecido. El marxismo, en cambio, ha crecido, se ha extendido entre las masas, se ha enriquecido con las investigaciones de Lenin y Stalin y ha triunfado plenamente en la Unión Soviética. El marxismo gana, cada día, no sólo a los obreros y campesinos sino también a las grandes mentalidades del mundo, a sabios y científicos que comprueban la certeza de sus principios.

Las masas necesitan que su partido sea unido y disciplinado, porque sólo un partido firmemente unido alrededor de sus principios y conscientemente disciplinado en la acción, en el cumplimiento de las tareas, en el avance y en el retroceso, puede asegurar el triunfo contra tantos obstáculos y dificultades. La unidad y la disciplina han de basarse en la democracia interior: en la libre discusión de todos los problemas, en la elección y revocación de los dirigentes por el voto de los militantes, en la subordinación de la minoría a la mayoría. La unidad y la disciplina han de basarse, además, en la conciencia, en la comprensión, en el amor al partido y en el entusiasmo revolucionario por la lucha.

Este partido se ha ido creando en Cuba a consecuencia de la opresión imperialista, a consecuencia del desarrollo del régimen capitalista y del crecimiento de la conciencia de las clases explotadas.

La explotación capitalista engendra al proletariado, lo obliga a organizarse para defenderse de sus abusos, lo une al campesino y a las demás clases explotadas, despierta su conciencia de clase y lo empuja a luchar por poner fin al capitalismo, por establecer el Socialismo.

Los agentes de Hitler, los quinta-columnistas falangistas y sus seguidores reaccionarios acusan al movimiento marxista o comunista de los trabajadores de ser el producto de la agitación de Moscú, de ser un movimiento al servicio de una potencia extranjera. Esta es, como

se sabe, una de las tantas infames mentiras con que los reaccionarios y los hitlerianos quieren justificar su represión y persecución del movimiento popular.

El movimiento marxista o comunista ha surgido en Cuba como una consecuencia del régimen capitalista.

Las masas trabajadoras cubanas, en largos años de dificultoso bregar y a costa de enormes sacrificios han venido construyendo su partido, el que les asegura el avance victorioso, a través de todas las etapas del desenvolvimiento histórico, hacia el Socialismo.

Desde que este movimiento comenzó a surgir los reaccionarios y sus servidores han ensayado contra él todos los medios para destruirlo, sin lograr otra cosa que verlo crecer día a día, ganar en conciencia, en organización y en unidad, superarse en cada nueva etapa.

Los reaccionarios han utilizado contra el movimiento obrero—ya fuera sindical o político—los más salvajes métodos de represión y de terror, han mandado a sus filas traidores y agentes provocadores, han usado el chantaje y el halago para tratar de corromper a sus mejores líderes, han utilizado las calumnias y las mentiras más infames para desfigurar sus verdaderos propósitos.

Pero todos estos métodos puestos en práctica para destruir las organizaciones de los trabajadores han fracasado. Aunque el movimiento obrero haya tenido derrotas y retrocesos, siempre, en un sentido histórico, ha marchado adelante. Desorganizado a veces por la obra del terror, de la provocación o de la traición, se ha reorganizado en cada ocasión sobre bases más firmes, abarcando a más amplias masas, precisando más sus objetivos.

Desde fecha muy temprana los trabajadores de Cuba comenzaron a organizarse y a mostrar su inconformidad con la explotación de que eran objeto.

En la década del 60 del siglo pasado, con el desarrollo de la manufactura comenzaron a surgir las organizaciones mutualistas de los trabajadores, únicas que estaban permitidas entonces por el Gobierno Colonial.

Por esta misma época comenzaron a surgir las primeras huelgas reclamando aumentos de jornales o mejor trato.

En el curso de la guerra de los diez años este incipiente movimiento de los trabajadores fué casi destruído.

Cuando resurge, en 1875, toma la forma gremial y se extiende entre los trabajadores, sastres, albañiles, herreros, carpinteros, zapateros, etc.

En 1878 el movimiento está ya más definido como un movimiento de los trabajadores para su defensa frente a los patronos y abarca a un mayor número. En este tiempo aún no ha surgido un movimiento verdaderamente marxista. Entre los trabajadores circulan toda clase de utopías sociales, de teorías económicas burguesas y de confusiones anarquistas, todo lo cual sirve, sin embargo, para despertarlos, para interesarlos en los problemas generales de la sociedad.

Hacia el 1889 comienzan a extenderse en el movimiento obrero las doctrinas marxistas y empieza a agitarse la idea de constituir un partido socialista, idea sostenida por el periódico "El Obrero" de Cienfuegos y el "Productor" de La Habana, dirigido este último por Enrique Roig, que fué un notable expositor de las teorías de Marx y Engels.

Desde entonces el marxismo comenzó a ganar, lentamente, el predominio ideológico, entre las masas laboriosas.

Ya en el 1892, el primer Congreso Obrero que tuvo lugar en Cuba acordó reclamar, mediante la huelga, la implantación de la jornada de 8 horas y declarar que "la clase trabajadora no se emancipará hasta tanto no abrace las ideas del socialismo revolucionario... que no pueden venir a ser un obstáculo para el triunfo de las aspiraciones de emancipación de este pueblo, por cuanto sería absurdo que el hombre que aspira a su libertad individual se opusiera a la libertad colectiva de un pueblo"

Como puede verse en esas breves palabras, desde su primera declaración, el movimiento obrero de Cuba enlaza la lucha por el Socialismo con la lucha por la independencia nacional, por la libertad de este pueblo.

El Gobierno colonialista español suspendió este Congreso y encarceló a sus principales dirigentes acusados de "recomendar a los obreros el socialismo revolucionario". Los trabajadores no se abarbararon ante el terror gubernamental y extendieron por toda la Isla un amplio movimiento de solidaridad, reclamando la libertad de los presos.

Al mismo tiempo, entre 1892 y 1894—pese a la represión policial—

hubo una verdadera epidemia de huelgas reclamando la jornada de 8 horas, protestando contra las rebajas de salarios, contra los despidos, etc.

Por esta misma época, Carlos Baliño, Diego Vicente Tejera y otros, en Tampa y Cayo Hueso propagaban entre la colonia cubana la doctrina socialista. Baliño con un criterio estrictamente marxista y Diego Vicente Tejera con algunas confusiones utopistas, explicaban después de 1895, la necesidad de que al inaugurarse la República los trabajadores constituyeran su propio partido socialista.

De esa propaganda arranca la Constitución en 1900, bajo la dirección de Diego Vicente Tejera, del Partido Popular, al que no se consideró prudente ponerle el nombre de socialista. Este fué el primer partido de los trabajadores, organizado en Cuba. No era propiamente un partido socialista, pero agrupaba en su seno a todos los elementos de vanguardia del movimiento obrero, a los marxistas.

El Gobierno interventor norteamericano no permitió que dicho partido se desarrollara. Desde el primer día le puso toda clase de obstáculos y finalmente lo dejó a merced de los otros partidos, sin representación en las masas electorales. La enfermedad y más tarde la muerte de Diego Vicente Tejera, contribuyeron a su más rápida disolución.

Las masas laboriosas no cedieron en su empeño ante este nuevo fracaso.

Baliño, el "Club de Propaganda Socialista" y "La Voz Obrera", no cesaron de difundir y popularizar los escritos y los principios marxistas, haciendo propaganda por la constitución de un Partido Obrero Socialista.

En 1904 se organizó el Partido Obrero que proclamó una política independiente, de los trabajadores, y que adoptó un programa completo de las reivindicaciones parciales e inmediatas de la clase obrera y de todas las capas explotadas de la sociedad. En 1905, bajo la insistencia de Baliño y del Club de Propaganda Socialista, este partido abrazó abiertamente la doctrina marxista y adoptó el nombre de Partido Obrero Socialista.

Este acontecimiento señaló el rumbo que ha seguido el movimiento de los trabajadores cubanos hasta nuestros días. Siguiendo todos los violentos acontecimientos de la historia cubana el Partido

Obrero Socialista creció, decreció, se desorganizó y se reorganizó sucesivamente, hasta que en 1925 sus elementos más firmes se reunieron con las jóvenes fuerzas surgidas en las luchas universitarias y sindicales para formar el Partido Comunista, al frente del cual figuraban Julio Antonio Mella y Carlos Baliño.

Desde el mismo instante de su nacimiento el Partido Comunista fué declarado ilegal por el Gobierno de Machado, sus líderes fueron procesados y perseguidos.

En 1926 murió Carlos Baliño, mientras le instruían uno de los procesos machadistas; en 1929 Julio Antonio Mella fué asesinado en México por orden de Machado.

Pero ni los procesos, ni las persecuciones, ni la muerte, ni el asesinato, pudieron esta vez destruir o desorganizar al partido de los trabajadores. La conciencia política era más alta, la decisión de las masas era más firme. Al cobarde asesinato de Mella contestaron cientos de trabajadores ingresando al Partido Comunista que, a pesar de su ilegalidad, se iba desarrollando a través de toda la Isla.

Durante trece años el Partido Comunista se desarrolló y creció en la ilegalidad ganando el aprecio y la confianza de los trabajadores, de los campesinos, de las clases medias de la ciudad.

De nada valieron los salvajes asesinatos ordenados por Machado, de nada valieron las persecuciones, las calumnias infames y los chantajes viles; de nada valieron las provocaciones canallas de los trotskistas y traidores de toda laya. Contra todo esto se levantó gallardo el Partido Comunista, que en poco tiempo se transformó en el Partido dirigente de una clase obrera aguerrida y valiente, organizada bajo las banderas de la Confederación Nacional Obrera de Cuba.

En 1940 este Partido Comunista, ya legal, se fusionó con Unión Revolucionaria para constituir el actual Partido Unión Revolucionaria Comunista.

Así han ido construyendo las masas laboriosas cubanas el Partido propio que necesitan para su liberación. Ese partido, el partido de los trabajadores, de los campesinos y de todo el pueblo de Cuba formado a través de decenas de años de luchas y sufrimientos se llama actualmente Unión Revolucionaria Comunista.

Unión Revolucionaria Comunista es un partido formado por las masas laboriosas y dirigido por las masas laboriosas.

En todos los otros partidos de Cuba, no importa el número de trabajadores engañados que forme parte de sus filas, no importa lo revolucionario que sean sus nombres, los dirigentes, los que ocupan los altos cargos representativos son los grandes propietarios, los ricos y sus abogados.

En Unión Revolucionaria Comunista, los miembros del Comité Ejecutivo Nacional, los miembros de los Comités Provinciales y Municipales, los representantes y concejales son todos pobres; obreros, campesinos, profesionales e intelectuales revolucionarios, maestros, empleados, estudiantes, entre los cuales hay blancos y negros, mujeres y hombres, para mostrar prácticamente la verdadera igualdad entre las diferentes razas y entre los sexos.

Unión Revolucionaria Comunista es un partido con un programa neta y verdaderamente socialista.

El programa de Unión Revolucionaria Comunista es el programa de la guerra implacable contra Hitler y su quinta-columna.

El Programa de Unión Revolucionaria Comunista es el programa de la completa liberación nacional mediante la nacionalización de los bancos, ferrocarriles, minas, grandes empresas y latifundios, en manos de los capitalistas extranjeros; el desarrollo de una fuerte industria nacional y la destrucción del latifundismo a través del reparto de tierras a los campesinos.

El programa de Unión Revolucionaria Comunista es el programa de la instauración del Socialismo a través del establecimiento de la propiedad colectiva, social, sobre los medios de producción; de la abolición de toda explotación del hombre por el hombre y de la organización de un gobierno libre de capitalistas y latifundistas.

La doctrina en que basa su programa y su acción Unión Revolucionaria Comunista, es el marxismo, la teoría elaborada por Marx y Engels y genialmente aplicada y desarrollada en Rusia por Lenin y Stalin.

Unión Revolucionaria Comunista es un partido unido en su doctrina, unido en su programa y unido en sus propósitos, unido en su acción. En Unión Revolucionaria Comunista no se da el caso que un Comité o un Representante defienda lo contrario de lo que defiende el otro. En Unión Revolucionaria Comunista todos los comités, todos los

representantes, todos los militantes defienden un programa idéntico, una política común y las mismas reivindicaciones.

Esa unidad de propósitos y de acción se expresa en la disciplina que caracteriza a Unión Revolucionaria Comunista.

Esa disciplina es igual para todos los miembros: igual para los simples militantes y para los más altos dirigentes.

Gracias a esa disciplina Unión Revolucionaria Comunista puede organizar, como ningún otro partido, manifestaciones y mítines formidables y lograr éxitos grandiosos en las más difíciles campañas.

Gracias a esa disciplina se hace difícil a los arribistas, oportunistas y logreros penetrar o permanecer mucho tiempo en Unión Revolucionaria Comunista.

Unión Revolucionaria Comunista es, pues, actualmente el Partido de las masas laboriosas, el único partido que puede unirlas, organizarlas y dirigirlas hacia el triunfo; hacia la derrota del Eje y la quinta-columna, hacia la liberación nacional, hacia el Socialismo.

Por esto, precisamente, Unión Revolucionaria Comunista es el Partido más querido y más odiado.

Los trabajadores y campesinos pobres conscientes, las masas populares, los militantes y simpatizantes de Unión Revolucionaria Comunista, aman apasionadamente a su partido, se entregan a él con entusiasmo, con devoción; por él, por la santa causa que representa, son capaces de todos los sacrificios y de todas las abnegaciones.

Los quinta-columnistas, los falangistas, los reaccionarios y sus agentes trotskistas en cambio concentran contra Unión Revolucionaria Comunista todo el odio bestial que son capaces de sentir contra la clase obrera, contra el progreso, contra el socialismo, contra la libertad. Saben que Unión Revolucionaria Comunista es el instrumento indispensable para la liberación nacional y para la liberación definitiva de las masas laboriosas de todas las formas de explotación y concentran contra él todos sus ataques, todas las calumnias. Es claro que no pueden combatir a Unión Revolucionaria Comunista, con la verdad, diciendo que lo atacan porque lucha por la derrota del fascismo o porque lucha en defensa de las reivindicaciones de los obreros, de los campesinos, de los empleados, de todo el pueblo o porque lucha contra la discriminación racial, o porque procura ganar la completa liberación nacional, o porque trata de establecer el Socialismo. Ellos

saben que si combatieran a Unión Revolucionaria Comunista con estas razones se desenmascararían ante las masas y determinarían a estas a ingresar en su partido. Por eso, para combatir a Unión Revolucionaria Comunista, los quinta-columnistas, los reaccionarios y sus agentes necesitan desfigurar su programa, tergiversar sus principios, inventar las más burdas y escandalosas mentiras sobre sus propósitos y actividades.

Uno de los argumentos favoritos de los reaccionarios, de los falangistas y hitlerianos contra Unión Revolucionaria Comunista es el de que su internacionalismo es contrario al patriotismo, que es una organización sometida a los dictados del extranjero.

Los antipatriotas, los que, herederos del espíritu de la colonia, luchan contra los esfuerzos nacional-liberadores del pueblo de Cuba, los que viven sometidos a los dictados de las oligarquías extranjeras, acusan a los mejores defensores de la patria, a los más ardientes defensores de la independencia nacional, de ser contrarios al patriotismo.

¿Quiénes acusan a Unión Revolucionaria Comunista de ser una organización sometida a los dictados del extranjero, de ser contraria al patriotismo?

Son, en primer término, los falangistas, los agentes encubiertos de Hitler, es decir, los verdaderos enemigos de nuestra patria y de nuestra independencia nacional, los verdaderos agentes del extranjero que trabajan por la esclavización de nuestro país.

Son, en segundo lugar, los trotskistas, hermanados ideológicamente a los falangistas, servidores políticos del Eje en el seno del movimiento obrero, aventureros a quienes nada le importan ni la patria ni la nacionalidad.

Son, en tercer lugar, algún que otro político corrompido y reaccionario, de esos que van a los cargos públicos a traficar, a robar, a saquear los tesoros nacionales, sin pizca de patriotismo ni de responsabilidad.

Esos son los que mienten y calumnian a Unión Revolucionaria Comunista, presentando el internacionalismo de los obreros como contrario a la Nación y al patriotismo.

El movimiento obrero y marxista desde que comenzó a desarrollarse fué internacionalista, por la propia naturaleza de la clase obrera y de

la época presente en que el mercado es mundial y las comunicaciones acercan y relacionan estrechamente a todos los países.

El internacionalismo de los trabajadores se basa en el concepto de que los obreros de los distintos países tienen intereses iguales, que todos son hermanos, que no hay ninguna razón para que sean enemigos.

El internacionalismo práctico significa hoy, en primer término, la colaboración estrecha de los trabajadores y de los pueblos del mundo para desarrollar la guerra y conquistar la victoria contra el Eje germano-fascista-japonés.

El internacionalismo—concretado en la frase de Marx, “proletarios del mundo, uníos”—significa el deber de los trabajadores de cada país a prestar ayuda y solidaridad a los trabajadores y a los pueblos de otros países en la lucha que sostienen con sus enemigos.

El internacionalismo, por esto, no se opone al verdadero amor a la patria, al verdadero amor a la nacionalidad, sino que, por el contrario refuerza el amor a la libertad y al progreso de la Patria propia.

Julio Antonio Mella, el gran líder del pueblo cubano asesinado en 1929 por los sicarios de Machado, glosando los pensamientos de Martí, escribió lo siguiente sobre el internacionalismo:

“No es necesario para ser internacionalista odiar el suelo en que se nace, olvidarlo, despreciarlo y atacarlo. Así afirman estúpidamente las plumas reaccionarias y mercenarias que somos los internacionalistas de hoy, los revolucionarios del proletariado. No. Internacionalismo significa, en primer término, liberación nacional del yugo extranjero imperialista y, conjuntamente, solidaridad, unión estrecha con los oprimidos de las demás naciones”.

El internacionalismo se opone al feroz nacionalismo fascista que tomando de pretexto el amor a la patria, convence al propio pueblo de que constituye una raza superior cuyo destino consiste en subyugar, atropellar y asesinar a los demás pueblos. El nacionalismo fascista se basa en la oposición y la lucha de unos pueblos contra otros.

El internacionalismo se opone al estrecho nacionalismo burgués que degenera en chauvinismo, que linda con la ideología fascista, que predica el aislamiento del propio pueblo en beneficio de los particulares intereses de una pequeña casta explotadora.

Los obreros, los marxistas, favorecen y predicán el sano nacionalismo revolucionario, que se basa en la alianza de los trabajadores y de los pueblos del mundo en la lucha por la derrota del fascismo y por la liberación nacional completa de todos los países oprimidos militar, política o económicamente.

El patriotismo de los marxistas fué definido por Lenin en 1916 con estas certeras palabras:

“Tenemos cariño por nuestra lengua y por nuestra patria, trabajamos más que nadie para que sus masas trabajadoras (es decir, las nueve décimas partes de su población) se eleven a una vida consciente de demócratas y socialistas”.

Este sentido internacionalista de las luchas de los trabajadores se manifestó organizativamente en 1864 con la creación de la Primera Internacional que después de una vida fructífera de ocho años acordó disolverse en 1872, dejando paso para el desarrollo de los Partidos Obreros Nacionales en los países más avanzados de Europa y América.

En 1889 los marxistas se organizaron internacionalmente, creando la Segunda Internacional que quebró políticamente en 1914 cuando la primera guerra mundial llevó a sus líderes a apoyar a los distintos bandos beligerantes echando a un lado la solidaridad internacional.

En 1919 los elementos marxistas, ante la quiebra de la Segunda Internacional y de sus principales partidos, constituyeron partidos comunistas en casi todos los países y se unieron internacionalmente a través de la Tercera Internacional o Internacional Comunista. Esta fué, como las anteriores, una alianza libre de los partidos marxistas del mundo, alianza que se disolvió en mayo de 1943 por el acuerdo unánime de todos los partidos que la integraron.

La Internacional Comunista, en sus veinticuatro años de existencia ha cumplido una alta misión histórica. En estos 24 años pasados, la Internacional Comunista defendió tenazmente la herencia revolucionaria del marxismo, contra la vulgarización y falsificación oportunistas; ayudó a la formación de partidos obreros auténticamente marxistas y realizó el más completo desenmascaramiento del fascismo, descubriendo su verdadera fisonomía terrorista y sus planes de guerra por la esclavización del mundo. La Internacional Comunista ayudó en todos los países a despertar a las masas trabajadoras a la lucha por las libertades democráticas y por sus reivindicaciones económicas

y políticas y en apoyo de la Unión Soviética como baluarte fundamental de la lucha contra el fascismo.

Los obreros del mundo entero le deben a la Internacional Comunista las más eficaces enseñanzas en cuanto a los problemas de la estrategia, de la táctica y de los métodos de organización de la lucha nacional y mundial contra el fascismo.

Estas enseñanzas son hoy patrimonio de toda la humanidad progresiva y avanzada, de todos los anti-hitlerianos y antifascistas. La bandera del frente mundial de los pueblos contra el fascismo; de la unidad nacional y de la unidad internacional de todas las fuerzas contrarias a los agresores germano-fascistas-japoneses, que fué levantada hace ocho años por la Internacional Comunista es sostenida hoy por todos los partidos obreros, progresistas y democráticos del mundo, por los pueblos de las Naciones Unidas.

Cumplida su misión, ante las nuevas condiciones creadas por el desarrollo histórico de los últimos años y por la guerra, la Internacional Comunista resolvió su propia disolución, en interés de un mejor desarrollo del movimiento obrero de los distintos países y de una unidad más estrecha entre todas las secciones del bloque mundial anti-hitleriano.

“La profunda diversidad de los caminos históricos de desarrollo de los diferentes países del mundo, —dice la resolución de la Internacional Comunista explicando las causas de su disolución— el carácter distinto e incluso contradictorio de sus regímenes sociales, la diferencia del nivel y del ritmo de su desarrollo social y político y finalmente, la diversidad del grado de conciencia y de organización de los obreros, impusieron también tareas diferentes a los obreros de los distintos países”. “Al mismo tiempo—dice más adelante—la guerra liberadora de los pueblos amantes de la libertad contra la tiranía hitleriana, al poner en movimiento las más amplias masas populares que se unen sin distinción de partidos y creencias religiosas en las filas de la poderosa coalición anti-hitleriana, ha puesto de manifiesto, con la mayor evidencia, que el auge general nacional y la movilización de las masas para acelerar la victoria sobre el enemigo, pueden ser realizados de manera mejor y más fecunda por la vanguardia del movimiento obrero de cada país, dentro de los marcos de su Estado”.

Este acto de la Internacional Comunista desnuda a los hitlerianos,

les quita hasta el último pretexto para su Pacto-Anti-Komintern, para su pretendida cruzada contra la invasión del comunismo; echa por el suelo toda la propaganda criminal de que Unión Revolucionaria Comunista y los partidos comunistas del mundo son agencias rusas manejadas desde Moscú. Los hitlerianos y sus agentes falangistas y trotskistas no se conforman con haber perdido este pretexto, este argumento podrido construído sobre la base de la existencia de la Internacional Comunista. Desde Goebbels hasta los redactores del Diario de la Marina y los propagandistas de la llamada Comisión Obrera del PRC, gritan desesperadamente que la disolución de la IC no es verdadera, que es un *bluff* de la propaganda soviética.

La Internacional Comunista no se ha disuelto atendiendo sólo a conveniencias pasajeras del momento mundial, sino a razones profundas de los mejores intereses del movimiento obrero. Una nueva etapa histórica se abre en el curso del desarrollo del movimiento socialista y en las relaciones fraternales de los trabajadores de todo el mundo.

El internacionalismo, la cooperación y la solidaridad de todos los trabajadores del mundo, no se disuelve con la Tercera Internacional, como no se disolvió con la Primera, sino que será ahora, mucho más fuerte y mucho más amplio al expresarse sobre las nuevas bases creadas por la lucha mundial contra la tiranía hitleriana y sobre las bases de la lucha posterior por la reconstrucción del mundo, por la organización de una paz justa y duradera fundamentada en los principios de la Carta del Atlántico.

Otro de los motivos preferentes de agitación de los falangistas y reaccionarios contra Unión Revolucionaria Comunista, es el de su pretendida defensa de la Religión “que los comunistas persiguen y destruyen”.

Esta propaganda falsa y mentirosa de los reaccionarios y falangistas no tiene otra finalidad que la de utilizar el fanatismo religioso y la fe sencilla de las masas en la existencia de un Ser Superior en contra el movimiento obrero y marxista, en contra de las propias aspiraciones de mejoramiento y bienestar de los pueblos.

Estos falangistas y reaccionarios que no tienen ninguna religión, que no creen en ningún Dios, que contradicen con su vida y sus acciones todos y cada uno de los principios cristianos, se presentan como

defensores de la Religión, sólo para tomar a la Iglesia como escudo de sus privilegios infames y de sus vicios inconfesables.

Los marxistas no son los perseguidores y destructores violentos de la Religión que pintan los demagogos reaccionarios. Unión Revolucionaria Comunista tiene como un punto de su programa la defensa de la libertad religiosa; de la libertad de profesar cualquier religión o de no profesar ninguna. Los marxistas somos totalmente opuestos a toda violencia, a toda persecución anti-religiosa y rechazamos en nuestro programa y en nuestra actividad todo lo que pueda afrentar u ofender el sentimiento religioso de los creyentes.

Los marxistas son, en cuanto a filosofía, materialistas consecuentes.

Los reaccionarios fascistas se esfuerzan por desfigurar el concepto del materialismo marxista, presentándolo como un materialismo vulgar y grosero. Estos mentirosos descarados tratan de hacer ver que el materialismo de los marxistas consiste en negar todos los ideales, en rechazar la actividad creadora del espíritu humano, para reducir todo el concepto de la vida a una simple cuestión de comer y dormir.

Que éste no es el concepto del materialismo marxista lo demuestra la misma actividad de los dirigentes y militantes de Unión Revolucionaria Comunista que levantan sus sublimes ideales de liberación nacional y humana por encima de cualquier otra consideración; que rechazan todas las tentaciones de mejoramiento material personal, sacrificando diariamente sus intereses materiales particulares, en pos de la consecución del progreso y del mejoramiento para todos. Los militantes de Unión Revolucionaria Comunista son hombres abnegados, llenos de fe en la justicia de la causa que defienden. No hay ningún otro partido que se preocupe tanto por las cosas del espíritu, por la educación, por la fortaleza moral, por la rectitud de los principios de todos sus militantes como Unión Revolucionaria Comunista.

Los marxistas, como materialistas consecuentes, entienden que el mundo, que la naturaleza, que la sociedad, que todo lo que nos rodea, tiene una existencia material real, independiente de nuestras sensaciones, independiente de nuestro modo de concebir o conocer las cosas.

Los marxistas, como materialistas, entienden que el mundo no fué creado por ningún ser sobrenatural ajeno al mismo, sino que es un

producto de las propias leyes naturales que rigen el desenvolvimiento de la materia. Entienden que el universo no fué creado en seis días por una voluntad todopoderosa, sino que eternamente surgen mundos y soles en el trabajo laborioso de millones de años de acumulación de materia y energía.

Los marxistas, como materialistas, entienden que el pensamiento, la conciencia, el espíritu, no son anteriores a la materia e independientes de ella, sino que son más bien un producto de la materia, de un órgano material: el cerebro. "La materia no es un producto del espíritu, sino que el espíritu es un producto de la materia", dice Engels, el genial colaborador de Marx en la elaboración de su doctrina.

Precisamente por esto, buscan la explicación de los hechos históricos y de los fenómenos sociales en razones materiales, tangibles; del mismo modo que procuran acabar con la miseria material y moral que soportan las masas laboriosas, a través de medios materiales, humanos.

Partiendo de estos puntos de vista, el marxismo aprecia que la Religión, surgida de la indefensión del hombre primitivo ante las fuerzas imponentes de la naturaleza, se mantiene como una consecuencia del régimen social actual, de su funcionamiento anárquico y sujeto a violentas crisis seguidas de períodos de prosperidad, de la sujeción de la mayoría del pueblo a una vida miserable sin esperanzas de mejoramiento.

Por ello, los marxistas no persiguen ni se proponen "destruir" la religión; sino que lo que persiguen es destruir al capitalismo, acabar con las crisis, con la miseria, con la desocupación, sabiendo perfectamente que a medida que las masas se liberan de todas las formas actuales de opresión y de explotación y se hacen dueñas de sus propios destinos, se liberan de todos los prejuicios religiosos de un modo natural y lógico.

Los marxistas saben que más importante aún que los criterios sobre la religión, es la lucha práctica y unida de las masas por sus reivindicaciones y por el socialismo. Es por eso que se esfuerzan en unir a las personas de todas las religiones y de todas las tendencias filosóficas y políticas en el inmediato empeño de destruir al

hitlerismo, a los peores enemigos de todos los hombres, de todas las religiones, de todas las ideologías.



La familia es otro de los pretextos preferidos de los fascistas y reaccionarios para combatir a Unión Revolucionaria Comunista.

Sabido es que el régimen capitalista, cuyos privilegios monstruosos defienden, conducen a la disolución y disgregación de la familia.

La miseria de los obreros, la vida en solares con habitaciones estrechas y sucias; la expulsión de los campesinos de la tierra; la ruina de los artesanos independientes; la emigración forzosa de grandes masas de trabajadores en busca de ocupación; el creciente empleo de mujeres y niños en condiciones de repugnantes opresión y explotación, todo esto conduce a la disolución de la familia, a su disgregación definitiva y fatal.

La prostitución —el amor convertido en mercancía repugnante y peligrosa— es uno de los resultados más visibles de la disolución de la familia, de la miseria y de las limitaciones y desigualdades absurdas que imperan bajo el capitalismo.

También la familia burguesa y pequeño burguesa, con mejores condiciones para su mantenimiento, se disuelve y corrompe bajo el actual sistema. Los vicios, el adulterio, las aberraciones sexuales, el horror a los niños, etc., cultivados en ciertos medios burgueses, son las peores formas de disolución de los vínculos familiares.

Los defensores del capitalismo, los que defienden precisamente el sistema que de tal modo ataca a la existencia de la familia, los que personalmente son unos corrompidos y crapulosos, acusan a Unión Revolucionaria Comunista y al marxismo de ser contrarios a la familia, de pretender la destrucción de la familia.

Unión Revolucionaria Comunista lucha por la conservación de la familia.

Unión Revolucionaria Comunista lucha contra la miseria de los obreros, contra los desalojos campesinos, contra la prostitución, contra los vicios, contra todas las absurdas desigualdades instituidas por el presente régimen, propendiendo con ello a que la familia pueda perdurar, que sea más sana y mejor.

En la Unión Soviética, 25 años sin capitalismo, 25 años de Socialismo han producido el "milagro" de terminar con los lupanares, con la prostitución, con los antros de vicios y han producido una nueva familia, la familia soviética, unida, fuerte, libre de corruptelas, libre de la preocupación del hogar deshecho por la miseria, la explotación o el abuso.

CAPITULO XII

La Unidad Nacional

La unidad nacional es indispensable para organizar el esfuerzo cubano contra el Eje y a favor de la Liberación Nacional. En la Unidad Nacional caben los trabajadores y los burgueses, los campesinos y los latifundistas. La Unidad Nacional exige combatir implacablemente a la quinta-columna, y exige sacrificios de derechos y privilegios que deben ser aceptados patrióticamente. Unión Revolucionaria Comunista ha trabajado por la Unidad Nacional. También han trabajado por ella la CSD y el Presidente Batista. La Unidad Nacional debe mantenerse en el período de la post-guerra y para la tarea de la Liberación Nacional completa.

Hemos visto en los capítulos precedentes que, para acabar definitivamente con la amenaza que representa el fascismo, para lograr la liberación nacional completa y para superar todos los males del presente régimen social hace falta la existencia de un partido marxista como Unión Revolucionaria Comunista que organice, encauce y dirija la lucha de todo el pueblo contra sus enemigos.

Pero es evidente que la sola existencia de un partido que represente, con la ideología y el programa de la clase obrera, los intereses de los campesinos, de las clases medias, del pueblo todo, no es bastante para asegurar la realización de tales tareas históricas, puesto que la existencia de tal partido no asegura de por sí el que todas las masas populares se organicen y se unan bajo su dirección.

Aunque los obreros, los campesinos y las clases medias forman la aplastante mayoría de la nación, no pueden decidir sobre las grandes cuestiones históricas con la eficacia requerida, debido a que están divididos, disgregados en distintos partidos, generalmente bajo la dirección de los grandes propietarios, de los latifundistas, de los herederos millonarios del Vedado, de los abogados de las compañías extranjeras. Esto hace que, a pesar de su aplastante mayoría, los obreros, los campesinos y las clases medias no determinen en la política del país, están a merced de los latifundistas y grandes propietarios, algunos de los cuales son fascistas, y otros contemplan y toleran a los fascistas.

Para vencer al fascismo y adelantar hacia la liberación nacional

completa hace falta, además de la existencia del partido marxista, la unidad de acción de la inmensa mayoría de los obreros, campesinos, profesionales, empleados, pequeños comerciantes, etc.

Aún más, al lograr que la derrota militar del Eje conduzca realmente a la definitiva muerte del fascismo en nuestro país; a la eliminación de la quinta-columna y de la amenaza fascista interior, al fortalecimiento de nuestro desarrollo económico y, finalmente, a la liberación nacional completa requiere el concurso de toda la Nación, la unidad de todas las fuerzas anti-hitlerianas y patrióticas en un sólido bloque nacional, es decir, se requiere la Unidad Nacional.

La Unidad Nacional es una Unidad más amplia que la Unidad Popular o que cualquier otro tipo de unidad entre diversos sectores.

Al decir Unidad Popular nos referimos, en general, a la colaboración política y orgánica, establecida a través de organizaciones, partidos y actividades entre los obreros, los campesinos y las clases medias, sobre la base de un programa de reivindicaciones determinadas.

Al decir Unidad Nacional nos referimos, en cambio, a la colaboración de todas las clases y de todos los sectores de la Nación, a través, fuera y por encima de organizaciones, partidos y Gobierno, a favor de un objetivo nacional tal como prevenir el peligro fascista o lograr la liberación nacional o salvar al país de una catástrofe, de la miseria o de la ruina.

En la Unidad Popular caben solamente las clases populares: los campesinos, los trabajadores, los empleados, los profesionales, etc.

En la Unidad Nacional, en cambio, caben todas las clases sociales, desde los trabajadores hasta los burgueses, desde los campesinos hasta los latifundistas.

Por esto mismo, la Unidad Nacional no puede tener como programa el atacar o destruir los intereses de alguna o algunas de las clases sociales que existen en el país, sino que todos sus propósitos tienen que estar subordinados al objetivo de defender al país en su conjunto del peligro de esclavización hitlerista, o de liberarlo de cualquier forma de opresión, o de salvarlo de alguna amenaza inminente. Pero, también por ello, la Unidad Nacional tiene que proponerse medidas drásticas contra cualquier clase de agentes o servidores del enemigo exterior, es decir contra los quinta-columnistas, cualquiera

que sea su nacionalidad o su clase social; tiene que proponerse tomar medidas contra todos aquellos individuos o grupos que por egoísmo, por afán desmedido de ganancias, por interés de mantener un privilegio caduco o por cualquier otra causa, saboteen o estorben la realización del programa indispensable para ganar la guerra.

Para organizar la defensa del país, para cooperar a ganar la guerra anti-hitleriana, para movilizar las fuerzas militares o productivas de la Nación pueden hacerse inevitables algunas medidas que lesionen algunos privilegios o derechos de determinadas clases o grupos, como, pongamos por ejemplo, la medida de prohibir los desalojos campesinos por el término que dure la guerra.

Es indudable que esta medida restringe, aunque sea transitoriamente, el privilegio que tienen actualmente los latifundistas y terratenientes de poder expulsar de las tierras a los arrendatarios, precaristas y partidarios, en el momento que estimen conveniente.

Pero en el nombre de la Unidad Nacional, de sus fines y propósitos, la prohibición de los desalojos es indispensable y tiene que ser adoptada, puesto que, al no hacerlo, se pondrían en peligro el abastecimiento del país, se crearía un agudo problema social y se estorbaría el desarrollo del sentimiento patriótico, del ambiente moral de la solidaridad nacional para la guerra.

Los latifundistas y terratenientes que tengan verdadero espíritu patriótico, que deseen realmente que nuestro país dé el máximo de su cooperación a las Naciones combatientes contra el Eje, comprenderán su necesidad y aceptarán la medida.

En la historia de Cuba hay un magnífico ejemplo del sacrificio de un privilegio de una clase en una lucha de Unidad Nacional por la independencia. Es el que dieron en 1868 los patriotas propietarios de esclavos, renunciando a sus derechos y privilegios esclavistas, con el fin de incorporar a la gran masa negra en la guerra contra el colonialismo español.

Los latifundistas anti-patriotas deberán ser obligados a aceptar la medida, porque la causa de la derrota del Eje es más importante para la Patria y para la Unidad Nacional que el mantenimiento de cualquiera de sus privilegios caducos y absurdos.

Otro sacrificio de un derecho en aras de las necesidades de la producción y el abastecimiento es, por ejemplo, el acuerdo adoptado

por la Confederación de Trabajadores, renunciando, en general, al arma de la huelga, mientras dure la guerra. En este caso no ha hecho falta Ley ni Decreto alguno porque los trabajadores, que constituyen el núcleo social más patriótico de la sociedad actual, adoptaron por sí mismos este acuerdo de Unidad Nacional que sólo ha sido quebrantado por las provocaciones intolerables de algunos patronos falangistas, anti-nacionales y carvéricolas.

La clase obrera al proponerse resolver sus demandas y aspiraciones, sus problemas y sus diferencias con los patronos sólo mediante el arbitraje mientras dure la guerra, ha hecho la más importante y profunda contribución a la Unidad Nacional y ha dado la más alta prueba de patriotismo, sentando al mismo tiempo las bases del espíritu de colaboración nacional que debe inspirar a las demás clases.

Tales son las bases de la Unidad Nacional tal como nosotros la entendemos.

Esa es la Unidad Nacional por la cual ha venido luchando Unión Revolucionaria Comunista, desde que la guerra fascista amenazó a la humanidad, desde que el fascismo también amenazó a Cuba.

Es una enseñanza fundamental del marxismo que sin la Unidad, el pueblo no podrá prevalecer jamás sobre sus enemigos. En el momento presente los marxistas entienden que sin unidad del pueblo y de la Nación no es posible ni soñar siquiera con derrotar a los fascistas o con abrir el camino de la liberación nacional completa.

Unión Revolucionaria Comunista, como partido de los trabajadores, ha venido orientando cada uno de sus pasos hacia la creación, la ampliación y consolidación de la Unidad.

Dentro del movimiento sindical, por ejemplo, los marxistas batallaron hasta constituir la Confederación de Trabajadores y hoy luchan contra los trotskistas por conservarla, por mantener su unidad, por extender su organización a todos los trabajadores sin excepción.

Unión Revolucionaria Comunista luchó por constituir la CTC y lucha hoy por fortalecerla por dos razones principales: primera, porque la unidad sindical garantiza los intereses inmediatos de los obreros frente a los patronos, les asegura mejores salarios, más respeto, más derechos y, segunda, porque la unidad sindical de todos los trabajadores es la mejor, más efectiva y más sólida contribución a la Unidad Nacional y facilita, en estos tiempos de guerra la solución

de los conflictos entre el Capital y el Trabajo mediante el arbitraje.

Del mismo modo Unión Revolucionaria Comunista ha desarrollado y desarrolla una gran actividad por unificar a otros sectores sociales como los campesinos, los negros, los jóvenes, los empleados, etc.

Asimismo Unión Revolucionaria Comunista ha venido luchando incansablemente por unir a los diferentes partidos políticos sobre la base de una plataforma de Unidad Nacional.

De 1934 a 1937, cuando aún no se había constituido la fusión Unión Revolucionaria Comunista, en los momentos en que, derrocado Machado, el auge revolucionario había quebrantado los partidos tradicionales y la inmensa mayoría del pueblo se orientaba por las decisiones de los numerosos "sectores revolucionarios", el Partido Comunista luchó incansablemente por la Unión de todos los sectores revolucionarios, unión que no pudo lograrse por la negativa obstinada del Dr. Grau y de otros dirigentes del autenticismo.

Desde 1938 en adelante, el Partido Comunista y Unión Revolucionaria, ante el nuevo curso de los acontecimientos nacionales, ante el crecimiento del peligro mundial del fascismo, ante la amenaza de guerra fascista de agresión mundial —comenzada con la invasión de Etiopía, con la intervención italo-alemana en España, con la agresión japonesa a China— plantearon la necesidad de una unidad más amplia que el simple acuerdo de los partidos revolucionarios: una unidad en que ingresaran todos los partidos y elementos democráticos, progresistas o, simplemente, no fascistas.

En 1939, Unión Revolucionaria Comunista contribuyó a la creación de la Coalición Socialista Democrática, formada alrededor de la candidatura presidencial del entonces coronel Fulgencio Batista y de una plataforma de ardiente oposición al fascismo, de apasionada defensa de la democracia, de seguro camino hacia la liberación nacional completa, de garantía de los intereses y reivindicaciones de las masas.

Desde 1940 la lucha de Unión Revolucionaria Comunista por la unidad ha estado en relación con el fortalecimiento del apoyo popular al Presidente Batista pues éste, con su política progresista y resueltamente antifascista ha encarnado la defensa de su plataforma de Democracia, Justicia Social y Defensa de la Economía Nacional frente al ataque y al sabotaje de todos los elementos reaccionarios, pro-

fascistas y fascistas, de dentro y de fuera de la Coalición Socialista Democrática.

Ante la declaración de guerra a los países del Eje por parte de Cuba, Unión Revolucionaria Comunista redobló su actividad a favor de la Unidad Nacional, actividad que encontró un eco profundo en todas las capas sociales de la Nación.

El Presidente Batista, con plena comprensión de las necesidades patrióticas impuestas por la guerra contra el Eje, encarnando la voluntad de toda la Nación y apoyándose en la Coalición Socialista Democrática convocó insistentemente a todos los partidos y a todos los cubanos para estructurar orgánicamente la Unidad Nacional a través del Gobierno.

A este llamamiento sólo contestaron negativamente los auténticos y los conspiradores reaccionarios que hoy constituyen el llamado Partido Republicano, que, desde el seno del propio Gobierno hicieron todo lo posible por sabotear la Constitución de un Gabinete de Unidad Nacional.

En el terreno político son estos elementos opositores quienes por intereses políticos o por espíritu reaccionario obstruyen la plena integración de la Unidad Nacional.

En el terreno social los elementos falangistas obstruyen y sabotean la política de Unidad Nacional. Mientras que la Confederación de Trabajadores proclamó su decisión patriótica de evitar las huelgas, de resolver los problemas que surgieran, a través de la conciliación y el arbitraje, en la discusión entre patronos, obreros y gobierno, y ajustó toda su conducta a esa decisión; algunas grandes empresas y patronos falangistas han preferido el sistema del lockout, de la negativa cerril, del sabotaje de las discusiones, con el objeto de provocar a los trabajadores y de hacer inevitables las huelgas. Los mismos elementos falangistas procuran mantener y agudizar los prejuicios raciales, la división entre negros y blancos. La lucha por la unidad nacional exige la eliminación de los prejuicios raciales como elementos de división, campo propicio para las maniobras y provocaciones de la quinta columna.

En algunos sectores todavía se manifiestan ciertas confusiones y conceptos equivocados con respecto al carácter y al alcance de la política de Unidad Nacional sostenida por los marxistas.

Para algunos la política de Unidad Nacional se aparta de los principios marxistas. Suponen que es algo así como la suspensión por un tiempo de las convicciones socialistas o que para sostenerla es preciso "olvidarse" del Socialismo.

Tales concepciones son completamente falsas.

Es sabido que uno de los principios marxistas consiste en luchar por la Unidad necesaria a cada etapa revolucionaria, necesaria a la consecución de los fines que la historia plantea a la humanidad en cada momento.

En el presente la historia ha planteado a la humanidad una lucha gigantesca entre los pueblos y el Eje hitlerista. Ningún pueblo, ningún partido pueden plantearse propósitos ni tareas que "ignoren", que pasen por encima de este problema planteado por la historia a todos los países, a todas las clases sociales, a los partidarios de todas las ideologías.

Siendo la tarea histórica de hoy el derrumbamiento de la tiranía del Eje hitleriano; la defensa de los países esclavizados o amenazados de esclavizamiento por el Eje y estando cada nación entera interesada en su realización, es claro que los principios marxistas y hasta los más elementales principios del sentido común exigen que para cumplir tal tarea se junten todas las fuerzas, todas las clases y todos los pueblos interesados en ella, posponiendo toda otra consideración, pues cualquier propósito, ideal o aspiración está supeditado al resultado de la contienda gigantesca.

De otro lado los falangistas se esfuerzan por hacer ver que la política de Unidad Nacional es una maniobra de los marxistas destinada a tomar el control del Gobierno o a influir para que se adopten tales o más cuales medidas soviéticas.

Eso también es falso.

Esto no es más que una variedad de la agitación anti-comunista de Hitler destinada a sembrar confusión y provocar la división entre sus oponentes.

Esta es la manera que tienen los falangistas de sabotear y de oponerse a la Unidad Nacional, bajo el pretexto de que esta sirve a los comunistas, aunque en realidad lo hacen sólo porque la Unidad Nacional es mortal para Hitler y sus secuaces en todas las partes del mundo.

Los marxistas defienden la Unidad Nacional porque ella es ne-

cesaria para ganar la guerra al hitlerismo, porque ella es necesaria para que nuestra patria dé su mayor y mejor cooperación a las Naciones Unidas.

Los marxistas dentro de la Unidad Nacional no aspiran al control del Gobierno y defienden solamente aquellas medidas que contribuyan a la movilización de nuestro país para la guerra, que ayuden a las Naciones Unidas, que desarmen y reduzcan a la impotencia a la quinta-columna, que faciliten el incremento de la producción y la explotación de nuevas riquezas, necesarias para el abastecimiento del país y para cubrir necesidades de la guerra.

Esas medidas, cualesquiera que sean y quienes quiera que sean los que las propagan, serán combatidas por los falangistas bajo el calificativo de proyectos comunistas o medidas soviéticas, puesto que su oficio, como agentes de Hitler es sabotear la producción, impedir la movilización nacional. Puede ser que algunas de esas medidas, como ya hemos indicado limiten los privilegios de los latifundistas o reduzcan un tanto las cuantiosas ganancias de los grandes comerciantes o de los grandes capitalistas, pero no será más que en la medida en que tales privilegios o ganancias exageradas estorben el esfuerzo de guerra.

Los marxistas defienden la Unidad Nacional como una necesidad impuesta por la guerra, pero entienden que después de la Victoria sobre las potencias del Eje las condiciones que prevalecerán en Cuba exigirán el mantenimiento, desarrollo y fortalecimiento de la Unidad Nacional.

La reconstrucción del mundo de la post-guerra y el ajuste de la economía de Cuba a las nuevas circunstancias mundiales requerirán, tanto como la guerra, la colaboración de todas las fuerzas nacionales y de Cuba con todas las Naciones Unidas.

La política de Unidad Nacional es para los marxistas una política de largo alcance, una política trascendental destinada a producir profundos cambios en la estructura económica de Cuba; destinada a romper los restos colonialistas y la moderna dominación extranjera; destinada a desarrollar una verdadera economía nacional.

El desarrollo impetuoso de todas las fuerzas económicas cubanas, el establecimiento de una fuerte industria nacional y de una agricul-

tura desarrollada plantearán problemas económico-político-sociales que no podrán ser resueltos más que aplicando fórmulas socialistas.

Es casi seguro que en ese momento, contra esas fórmulas socialistas indispensables, se levanten los elementos capitalistas y prefieran el derrumbe de la Economía Nacional, el estancamiento y el desastre económico, la ruina de todos los intereses del país, antes que permitir el que se anulen sus privilegios de clase explotadora.

Del mismo modo que hoy los falangistas defensores de Hitler y Mussolini se levantan contra la Unidad Nacional, en el futuro histórico esos elementos capitalistas de que hablamos se levantarían contra la Unidad necesaria.

Pero es casi seguro también que las nueve décimas partes de la población (obreros, campesinos, clases medias, empleados) manteniéndose unidas, emplearían su poder para salvar al país, para evitar la ruina y el desastre económico mediante las fórmulas socialistas aún a costa de los privilegios capitalistas de las clases explotadoras.

De este modo—aunque la historia no se presenta en esta forma simple y esquemática—se entronca teóricamente la política de la Unidad Nacional con la lucha por el Socialismo.

CAPITULO XIII

Liberación Nacional y Socialismo

La Liberación Nacional, tarea histórica inmediata del pueblo cubano. El programa de la liberación nacional. Consecuencias de la liberación nacional para las distintas clases sociales de Cuba. El Socialismo como única solución a los grandes problemas nacionales. Lo que la Cuba socialista significará en el porvenir del pueblo cubano.

Ya hemos visto como la situación de dependencia económica en que se encuentra nuestro país, que es la causa principal de su atraso, impone como la tarea histórica inmediata del pueblo cubano la de completar la Liberación Nacional.

La liberación nacional, iniciada por los patriotas y libertadores del 68 y del 95 en sus heroicas luchas contra el yugo colonialista español, debe ser completada hoy, más que nada, en el terreno económico, eliminando el control de los capitalistas extranjeros de nuestra economía a fin de posibilitar el desarrollo de una Industria Nacional fuerte y de una agricultura diversificada con vistas a los verdaderos intereses del país.

La lucha por la Liberación Nacional completa requiere, en primer término, que el Estado cubano—en sus distintos organismos constitutivos—se base enteramente en las fuerzas nacionales, que se libre de los abogados y agentes de las empresas extranjeras y de la influencia anti-nacional de aquellas capas parasitarias que, como la gran burguesía comercial importadora y ciertos latifundistas, derivan su posición dominante y privilegiada de la propia opresión imperialista de nuestro país.

Un Estado Nacional basado preferentemente en las fuerzas de los campesinos, clases medias, obreros y capitalistas nacionales, contando con el apoyo de toda la Nación organizada y unida, tomaría medidas para nacionalizar los bancos extranjeros, los ferrocarriles, las minas, las plantas eléctricas, los teléfonos y las grandes empresas en manos de capitalistas extranjeros. Estas simples medidas permitirían, en primer lugar, dirigir el crédito bancario en el sentido que realmente

convenga al desarrollo económico cubano, y en segundo lugar emplear más de cien millones de pesos, que se exportan anualmente como ganancias, para el fomento y desenvolvimiento de las riquezas nacionales. Cada año, bajo la dirección del Estado se invertirían algunos cientos de millones de pesos en desarrollar la industria, en montar grandes fundiciones, en organizar la explotación de los depósitos de combustible y en perfeccionar la producción de un combustible a base de alcohol, en implantar la industria textil y mejorar la del cuero y el calzado, etc.

Otra medida básica e inmediata de tal Estado sería la de nacionalizar la tierra y repartir los latifundios entre los campesinos, dándoles además semillas, aperos y animales de labranza. Gracias a la Nacionalización de los Bancos extranjeros y a las medidas indicadas antes, el Estado tendría en sus manos los medios económicos para construir rápidamente grandes obras de regadío y para dar crédito barato a los campesinos favoreciendo la introducción del cultivo del trigo y la extensión de los del maní, arroz, papas, etc. El reparto de las tierras entre los campesinos pondría a estos en condiciones de consumir cantidades crecientes de productos industriales, mientras que el desarrollo de la industria crearía en las poblaciones una gran demanda de productos agrícolas formándose así un fuerte mercado nacional como motor del desarrollo económico futuro.

La nacionalización de los ferrocarriles, la dedicación de los ferrocarriles privados al servicio público enlazándolos entre sí y con las vías principales que funcionan hoy, junto con la reparación de las carreteras existentes y la construcción de algunas indispensables convertirían a Cuba, de un día para otro, en el país de América con más comunicaciones, permitiendo el transporte rápido y barato de los productos de las distintas regiones. La creación de una Marina Mercante Nacional haría posible ampliar el Comercio exterior cubano.

El Estado tomaría medidas inmediatas para reorganizar la industria azucarera, una parte de la cual habría sido nacionalizada. Esta reorganización comprendería la reducción de las áreas sembradas de caña mediante la aplicación de métodos científicos de cultivos, el aprovechamiento racional de los subproductos de la caña con lo que el equipo industrial y los trabajadores podrían emplearse todo el

año, lo cual reduciría el costo de producción y aumentaría el rendimiento.

Gracias al desarrollo de las nuevas industrias, a la diversificación de la agricultura y a la formación, mediante ello, de un fuerte mercado nacional, la economía cubana dejaría de depender sólo de la exportación del azúcar y se liberaría del control de un solo mercado exterior.

Al desarrollar de este modo sus fuerzas productivas la demanda en Cuba de productos importados crecerían en vez de disminuir, puesto que se crearían nuevas necesidades y posibilidades. De este modo Cuba requeriría mayores cantidades de maquinaria y otros productos de los Estados Unidos y de otros países, aumentando su comercio exterior en beneficio mutuo. Aun más, el desarrollo industrial y agrícola exigiría la inversión de capitales cuantiosos que podrían venir del exterior, pero subordinados a la dirección nacional del Estado cubano, porque sólo así servirían a los intereses del país.

Todo este desarrollo puede alcanzarse en el marco de la Liberación Nacional sin eliminar el capitalismo. En realidad ese desarrollo representa el máximo de libertad y progreso que nuestra patria puede alcanzar bajo el sistema capitalista.

Todas las medidas que hemos indicado reforzarían a los capitalistas nacionales, aumentarían su riqueza y su poder. Muchos que hoy son solamente medianos y pequeños industriales podrían convertirse en propietarios de grandes empresas. La explotación más adecuada de la agricultura y la eliminación del latifundismo aceleraría el proceso de formación de la burguesía rural, de los capitalistas del campo.

A los marxistas no les asusta esta perspectiva, sino que la consideran con criterio realista, dialéctico.

Esta es la perspectiva del progreso histórico necesario para acercar a Cuba a la superación definitiva de todos sus males, para acercar a la clase obrera a la realización de sus grandes ideales.

Los marxistas saben que aunque la liberación nacional fortalecería a los capitalistas nacionales también fortalecería a la clase obrera. El desarrollo de las nuevas industrias, de los transportes, del comercio y la agricultura, requerirían un número siempre creciente de obreros que se concentrarían, no en los pequeños talleres de hoy, sino en industrias fuertes, estables, libres de los vaivenes de la exportación

y con un más alto standard de organización y de técnica que las industrias actuales, con lo cual la clase obrera crecería en número, en organización y en unidad; aumentaría su conciencia de clase y su homogeneidad.

La liberación nacional convertiría a Cuba, en pocos años, en un país económicamente fuerte, desarrollado agraria e industrialmente, con beneficio tangible para la Nación y para todas sus clases sociales.

Es posible que el capitalismo cubano no sea capaz de proporcionarle estos beneficios a nuestra patria—que es todo lo más que puede darle—y que sólo bajo el Socialismo los alcance.

Pero de todos modos, cualquiera que sea el curso que siga la historia, sabemos bien que, desgraciadamente, el desarrollo, que es posible de alcanzarse a través de la Liberación Nacional bajo el sistema capitalista, no eliminará las crisis, no eliminará la desocupación, no eliminará la miseria y la ruina.

En la Cuba liberada del control de los capitalistas extranjeros, pero aún bajo el sistema capitalista, la competencia entre los capitalistas nacionales llevará como ahora, a la derrota y la ruina de los más débiles, tanto en la industria como en la agricultura, produciéndose la centralización y concentración del capital y de la producción. La contradicción entre el carácter social de la producción y la apropiación privada, el sistema de producción para la ganancia y la anarquía de la producción, provocarán inevitablemente crisis periódicas tan destructivas como las actuales, que pondrán en peligro la estabilidad de la sociedad entera. Bajo tal sistema llegará un momento en que, si no se adoptan medidas socialistas para conjurar las crisis y evitar la desocupación y la miseria, Cuba entera iría al desastre, a la ruina económica y moral.

De este modo el mismo desarrollo económico e histórico planteará, como la condición indispensable para la salvación de la patria y el mantenimiento de la sociedad, la necesidad de implantar el Socialismo.

Es muy probable que aún entonces, la mayoría de los capitalistas, ciegos por la ambición de la ganancia, no quieran comprender que tales medidas socialistas serán indispensables para salvar a la patria y se opongan violentamente a ellas, combatiendo contra el resto de la nación, saboteando la producción, utilizando sus resortes económicos y políticos.

En tal caso hará falta que tales capitalistas sean desalojados de todas las posiciones, que el Estado pase a estar bajo la dirección de la clase obrera en alianza con los campesinos y las clases medias para vencer, a través de medidas gubernamentales, la resistencia de tales capitalistas, puesto que, llegado ese momento, el mantenimiento de sus privilegios resultaría absolutamente contrario a los intereses de la patria y de la conservación de la sociedad y de la civilización.

El único modo de evitar la crisis y la desocupación y de asegurar al mismo tiempo el crecimiento de la producción, de la riqueza y de la cultura es el de eliminar la contradicción entre el carácter social de la producción y la apropiación privada, esto es, hacer que la apropiación sea social como la producción.

Por tanto, la medida básica del Estado bajo las nuevas condiciones que hemos indicado sería la de establecer la propiedad colectiva sobre los medios *fundamentales* de producción, es decir sobre las grandes fábricas, los ferrocarriles, los centrales azucareros, etc.

Subrayo que se trata de los medios fundamentales de producción porque los reaccionarios se han esforzado por hacer ver que el Socialismo establece la propiedad colectiva sobre todas las cosas y todas las propiedades grandes y pequeñas.

Esto es una falsedad de los reaccionarios y fascistas.

El socialismo no impondrá la propiedad colectiva sobre los pequeños talleres de zapatería, ni sobre las tabaquerías, ni sobre las boticas de propietarios particulares, ni sobre las bodegas de las esquinas. El socialismo **IMPONDRÁ**, eso sí, la propiedad colectiva sobre los ferrocarriles, plantas eléctricas, centrales azucareros, grandes empresas, la droguería Sarrá, los edificios de los propietarios que tengan decenas de casas, etc.

Bajo el sistema socialista se respetará la propiedad de los artesanos y pequeños propietarios, llevándolos hacia el socialismo a través de la formación de cooperativas, que les permitan usar de todas las ventajas de la gran producción, sin explotación del trabajo humano.

El Estado repartirá la tierra nacionalizada entre los campesinos, pero procuraría convencer a estos de que se asociaran en forma cooperativa para organizar el cultivo colectivamente.

Está comprobado que el sistema de pequeñas fincas no es el más beneficioso para los campesinos porque no es suficientemente produc-

tivo, porque no les permite utilizar la maquinaria moderna, porque los obliga a usar los mismos anticuados instrumentos de labranza que se usaban hace trescientos años.

A fin de que los campesinos puedan utilizar todas las ventajas de la técnica moderna el Estado les ayudará a constituir cooperativas agrarias procurando que todos los campesinos individuales de una región o barrio junten sus parcelas, —dejando naturalmente un pedazo para sus animales de corral y para su conuco particular— y empleen tractores, máquinas modernas y regadíos para cultivar la tierra. Esto les permitirá, por primera vez, hacer más fácil su trabajo, laborar sólo ocho horas diarias y obtener mayores rendimientos que los actuales. Con los créditos del gobierno las cooperativas de campesinos así constituídas podrán construir almacenes con refrigeración, grandes edificios para viviendas, *creches* para la atención de los niños etc. La electricidad, el radio, el cine y todos los adelantos modernos entrarán al campo para hacer más fácil y feliz la vida del campesino.

Bajo el sistema socialista cada obrero, cada campesino, cada profesional, cada técnico e intelectual recibirá un salario por su trabajo proporcional a su cantidad y calidad, asegurando, sin embargo, que nadie reciba menos de lo que es indispensable para vivir decentemente. La jornada de trabajo se reducirá inmediatamente a seis y siete horas según la naturaleza de las distintas industrias, disminuyéndola progresivamente según aumente la productividad del trabajo.

Lo que hoy se embolsan los capitalistas, latifundistas, grandes comerciantes, usureros y otros parásitos, en forma de ganancias, rentas e intereses, se empleará en desarrollar la producción, en mejorar las fábricas, en construir viviendas decentes, en organizar la atención médica y sanitaria en una forma que hoy no es posible ni soñar, en construir grandes casas de descanso, *creches* y otras instituciones similares para el disfrute de toda la población; en embellecer las ciudades y dotar de aguas saludables a todos los pueblos; en formar cajas de seguro social para atender a los enfermos y pagarles pensiones a todas las personas que pasen de cierta edad, etc.

En cada provincia se establecerá, por lo menos, una Universidad para ingenieros, químicos, médicos, etc., a fin de cubrir las necesidades técnicas de la producción y de la salud del pueblo.

El Gobierno, bajo el sistema socialista, formulará planes para pro-

ducir conforme a ellos lo que la sociedad necesita, lo cual contribuirá a eliminar toda posibilidad de crisis económica.

El Gobierno no podría ser aprovechado para el enriquecimiento de los políticos como lo ha sido hasta ahora y lo será bajo cualquier sistema capitalista, pues, en primer lugar, se impondrán fuertes penas a los defraudadores y, en segundo lugar, el sueldo máximo de cualquier gobernante desde el Presidente para abajo será de doscientos cincuenta o trescientos pesos mensuales.

La cultura se extenderá a toda la población, llevando las escuelas hasta el último rincón de nuestros campos y creando brigadas de jóvenes voluntarios para enseñar inmediatamente por lo menos a leer y a escribir a los analfabetos. Se harán grandes ediciones de los libros de Martí, de Mella, de Baliño, de Poey, de todos los grandes pensadores, científicos, poetas y literatos cubanos, y del Dante, de Marx, Engels, Lenin, Stalin, Cervantes, Shakespeare, Rousseau, Franklyn, Diderot, Tolstoi, de todos los grandes pensadores y literatos del mundo para darlos a conocer a la generalidad del pueblo cubano. El radio y el cine también serán utilizados como medios de divulgación cultural y científica, al alcance de todos.

Mediante el castigo de todo acto de discriminación racial y, sobre todo, mediante una intensa labor de educación pública se desarraigaran rápidamente los últimos restos de prejuicios raciales, formando en negros y blancos el mismo espíritu de hermandad, de iguales consideraciones. Con esto desaparecerán hasta las últimas trazas de la odiosa discriminación racial y se fundirá definitivamente toda la población cubana en un elevado espíritu fraternal de igualdad y cooperación.

La mujer, igual en el trabajo, igual en la sociedad, igual en la política, será elevada con todos los dulces encantos de su feminidad, hasta la dignidad de compañera del hombre en la construcción de la vida y la felicidad común.

Con todo esto, con el fin de los desalojos campesinos, con el fin de la desocupación y la miseria, con la seguridad que cada mujer y cada hombre tendrá de encontrar trabajo decente y remunerado, y con una activa campaña de sanidad social y mental, desaparecerán la mayor parte de los vicios actuales y, en primer lugar, la prostitución. Una nueva juventud surgirá, sin complejos mentales, sin vicios degradantes, fuerte, digna, sana, libre y feliz. La familia se edificará sobre la base

de la seguridad económica, de los iguales derechos, del respeto mutuo y del amor verdadero.

Las clases antagónicas de la sociedad presente se extinguirán. Despojados los instrumentos de producción de su carácter de medios de explotación de unos hombres por otros y transformados en propiedad socialista de todos; prohibido todo género de explotación de unos hombres por otros, los que hasta el advenimiento del socialismo hayan sido capitalistas, se convertirán en trabajadores, encontrarán empleos en las fábricas, en las oficinas, en los campos. Los que tengan conocimiento técnico y quieran realmente servir a la sociedad ayudarán activamente a la construcción de la nueva economía socialista. De este modo, en seguida desaparecerán las clases explotadoras y parasitarias. Con la extensión de la cultura, con el progreso del campo, con el empleo creciente de las máquinas desaparecerán los antagonismos actuales entre el campo y la ciudad y entre el trabajo manual y el trabajo intelectual. En la nueva sociedad socialista las clases fundamentales: obreros, campesinos e intelectuales, marcharán sin antagonismos, sin choques, sin oposición entre ellas, hacia la definitiva superación de todos los distinguos de clase, hacia la sociedad sin clases.

Al desaparecer las clases antagónicas, al desaparecer la oposición entre explotados y explotadores, las libertades públicas serán extendidas y garantizadas a toda la población. Al desaparecer los grupos explotadores desaparecen también los falseadores de la Democracia, desaparecen los compradores de votos, los chanchulleros electorales, los obstaculizadores de la organización de los obreros y los campesinos, etcétera.

Bajo el socialismo la libertad de conciencia será realmente respetada. Todos y cada uno de los cubanos tendrán el derecho de profesar y practicar la religión que tengan por conveniente o no profesar ni practicar ninguna. Cada cual será libre de creer en un Dios o no creer en ninguno.

Tal sistema socialista fortalecerá los lazos de unión entre Cuba y el resto del mundo. Libre nuestro país de toda forma de opresión y de explotación mantendrá las relaciones más fraternales con México, Chile, Estados Unidos, todos los países de América, la Unión Soviética, China, Inglaterra y todos los países del mundo, muchos de los cuales habrán adoptado, igualmente, el Socialismo.

Estas no son utopías irrealizables.

Todo esto puede hacerse en Cuba y se hará cuando el pueblo entero se convenza de que no hay otra forma de salvar nuestra patria que instituyendo el Socialismo.

Otras regiones del mundo que en 1917 eran mucho más atrasadas e incultas que Cuba, lugares donde sólo se conocían los camellos como medio de transporte, adoptaron en esa época, el régimen socialista y entraron a formar parte de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y hoy son naciones florecientes, ricas e instruidas, con modernas fábricas, ferrocarriles, aviones, institutos y Universidades.

Con los adelantos que ya tiene Cuba, con la fecundidad prodigiosa de su suelo, con la inteligencia, la vivacidad y el espíritu emprendedor y fraternal de los cubanos, la aplicación de los principios socialistas producirá milagros, transformando esta tierra en unos pocos años en el paraíso del mundo.

Por eso trabajamos nosotros.

Por elevar al pueblo de Cuba a una vida digna.

Por colocar a nuestra patria a la cabeza de las naciones progresistas del mundo.

Lograr esto requiere grandes sacrificios, lucha constante, firmeza de carácter, abnegación y heroísmo.

Lograr esto requiere que hoy demos todo nuestro esfuerzo al empeño de ayudar a ganar la guerra contra el Eje, al empeño de construir la sagrada unidad nacional de todos los cubanos que arrolle a la quinta-columna y a todos los enemigos de nuestra plena liberación nacional, de nuestro progreso y de nuestro futuro.

Lograr esto requiere que los obreros y los campesinos pobres adquieran plena conciencia de clase, que dominen la teoría del marxismo, que se fundan en un solo Partido, bajo la bandera de la liberación nacional y del socialismo.

Agosto, 19, 1943.